

DARWIN-FREUD

Por: Joel Otero Alvarez

ACTUALIDAD DE FREUD Y DEL PSICOANÁLISIS

INDISPENSABLE ACLARACIÓN

De manera excepcional, la corrección de este texto impone mantener su inicial justificación: de hecho, de entrada concebido como conferencia universitaria, la argumentación -que a través de todo el escrito cuenta con ello- hace imposible renunciar a tal explicitación. Cuanto de tono irónico -que, a su vez, se impone de modo inevitable- sí ha exigido una rigurosa revisión de cuanto, en una primera descuidada redacción, pudo haber congestionado el libre discurrir de la disquisición, acaso entonces ajustada apenas a las exigencias de la eficacia expositiva y al servicio de su más escueta consolidación.

Es de esperarse que con estas reformas, el documento se haya aligerado en relación con esa retorcida oferta inicial y que torne ahora, por ende, menos ardua su exploración. Y no se desea menos, que la descuidada presentación formal original - apenas justificable por estar entonces sobrepasado por urgencias de tiempo y por variadas exigencias de contenido- haya conseguido un lugar más pertinente y una ajustada definición en referencia con su definitiva unificación.

INTRODUCCIÓN

UNO. No sólo desde la psicología se le cuestiona al psicoanálisis porque no cumple con las tradicionales exigencias que corrientemente se imponen a una ciencia para ser realmente tal; de hecho, muchas de sus formulaciones no pueden ser demostradas, llevadas al laboratorio, repetidas y clasificadas, etc. Sin duda es esto algo que se sabe desde que el tema de los sueños se planteara como un primer asunto a descifrar. Desde entonces, debe decirse a su vez, se supo también que el impedimento del modelo científico tradicional no debía marcar de modo negativo un empeño de

abordaje de objetos y de asuntos, indiscutiblemente presentes y para nada despreciables, aunque ajenos a las restricciones racionales que impone una metodología en extremo selectiva. Dado lo cual, el abordaje de tales objetos y de tales asuntos debiera decidir los procedimientos y las estrategias empleados para su desciframiento, y no al revés.

Sin embargo, fue a la inversa como la psicología decidió sus criterios siempre. Las condiciones para dar cuenta científicamente del fenómeno psíquico, es bien sabido, presuponen como condiciones inevitables para tenerles en cuenta, que sea de una parte normal, conciente de otra.

La selectividad, así afirmada como criterio indiscutible, anunciaba ya la hiperespecialización contemporánea de las ciencias, ni qué decirlo.

DOS. El sueño no cumple, al menos, la segunda de esas condiciones (lo conciente), la locura no se ajusta con las exigencias de la primera (la normalidad). Sin forzar decisivamente las cosas, el inconsciente que reúne y da cuenta de uno (sueño) y de otra (locura), no podría ser entonces el objeto de ninguna psicología de científica pretensión.

De otra parte, si bien lo psíquico no sólo comporta lo individual, que por razones científicas debe incluirse y reducirse ya en la generalización que desde la localización de claves más vastas (leyes) le rigen y deciden, inevitablemente debiera incluir la singularidad, la cual en tanto se le define como del orden de “lo único e irrepetible”, riñe entonces por definición con esa pretensión generalizante, al parecer forzosa cuando de la ciencia se trata.

Pues bien, si a partir de allí, para pensar lo psíquico se asumiera como indispensable la inclusión de un modelo trans-disciplinar más que disciplinar, se impondría reconocer en cambio una importante fortaleza en esos supuestos impedimentos.

Si bien entonces no se niega la urgencia de rigor -más bien se da por sentado que la exploración de campos tan arriesgados implica una redoblada exigencia- resulta indispensable cuando de lo trans-disciplinar se trata, apoyarse en el arte y en la filosofía para ampliar el espectro de la ciencia; se reitera, tan frecuentemente dada a la creciente y rígida especialización de sus modelos. De hecho, el exceso de rigor puede resultar también inconveniente a partir de un determinado punto, y el mencionado colmo de la excluyente y minuciosa instalación en un puntual asunto, en un específico objeto donde se ignora al resto, asfixia de modo creciente las aplicaciones científicas. Ello se evidencia hoy así, del más dramático de los modos.

TRES. Existen dos tipos de razones que impulsan a excluir a Freud, a dejarlo definitivamente atrás; unas se dan en referencia con asuntos que han derivado por vías distintas de cuanto él previera; otras, tanto más arbitrarias, cuyo condición principal torna así después de la desaparición de su persona.

Ahora bien, a pesar de ello y más allá de esto, nada excluye entonces dar al pensamiento freudiano, a sus aportes y descubrimientos, reconocimiento de actualidad. Por el contrario, de ser eso asumido, se podría asumir que un retorno a sus metodologías, no sólo clínico-aplicativas, sobre todo teóricas, resultaría de indudable validez y significación. Se quiere decir -por nombrar algo más específico- que antes de reñir a nivel de sus escritos con la ausencia de una solución frente a temas como las drogadicciones o el terrorismo, tan decisivos hoy en día, o de rabiarse sobre posiciones supuestamente endebles frente a temas como la homosexualidad, o tanto peor aún, sobre el asunto de las mujeres, se debiera ceder el paso al reconocimiento de cuanto, a nivel procedimental, implementara en su momento

Freud. No sólo frente a esas y frente a otras problemáticas, hasta entonces no menos inexploradas; también en relación con aquellas otras, entonces francamente imprevistas; así no por ello, menos factibles de ser abordadas contando con las previas reflexiones psicoanalíticas y con los mismos contundentes develamientos freudianos.

Acaso se imponga remover conceptos y modificar estrategias; lo decisivo ha de ser mantener la actitud investigativa, el rigor metodológico, la lúcida capacidad develativa, los creativos y flexibles ajustes del método al objeto, por encima de las apropiaciones y los acumulados que no hacen más que obstáculo al desciframiento de lo nuevo, de lo aún no develado, de lo insuficientemente explicado.

CUATRO. Incluso, temas supuestamente resueltos, admiten nuevos abordajes cuando las condiciones cambian y cuando el propio despliegue interpretativo abre nuevas posibilidades para mirarles.

Dígase los sueños ¿Acaso no es sospechoso que después de más de un siglo se haya avanzado tan poco en relación con un tema que sigue ofreciendo perfiles sorprendentes, aristas esquivas, señales tanto más enigmáticas e inaprensibles?

O bien, la locura ¿No ha cambiado de ropajes la demencia? ¿Podrían mantenerse sin problema alguno los mismos criterios clasificatorios del desorden mental, cuando las claves de ese desorden evidencian alteraciones decisivas y coberturas agresivas, renovaciones tan indiscutibles como escasamente comprendidas?

Se insiste ¿no es ello sólo suficiente evidencia de que después de la muerte de Freud se ha progresado escasamente, en relación al menos con cuanto ha avanzado el desorden?

Y que no se venga a armar excusas alegando los aportes de Lacan, sin duda incomparables y decisivos también, hasta que a su vez, la muerte suya sobreviniera.

CINCO. No sólo se trata de la detención de esos despliegues reflexivos a nivel personal, de hecho interrumpidos abruptamente por la muerte (duelo congelado, masiva depresión post-mortem). Desgraciadamente sí, ello paraliza a su vez los aportes teóricos de quienes sobreviven.

Se ha dicho, no acontece así en cambio con el creciente e incontenible despliegue de las renovadas modalidades de lo psico-patógeno. Allí, en efecto, entre más desciframientos sobrevienen, también más evidencia se da de que ello no deja de portar distintas alternativas y recursos aún mas agresivos y contundentes. Como si detrás de cada recubrimiento, el núcleo intocado irrumpiera de modo tanto más contundente y directo, con mayor e incontenible fortaleza.

Nuevas formas, refrescadas modalidades de morbilidad surgen pues, cada que determinada modalidad estabilizadora se desarma y analiza. Y se impondrían por ende recursos nuevos de abordaje, sin detención posible, en cambio de cultos excesivos a los difuntos y a sus indiscutibles, pero a partir de entonces, insuficientes aportes.

Ahora bien, si es ya un logro abordar -desde una metodología a nivel racional convalidable- un objeto tan francamente irracional como ha de serlo de modo inevitable el inconsciente descubierto por Freud, no resulta por ello indispensable derivar del lado de una progresiva especialización clínico-aplicativa desde que se sabe que el propio Freud -por más clínica que fuera la exigencia- no se restringió allí más que a nivel de los apuntalamientos estrictamente metodológicos.

De hecho, nunca renunció a reflexionar sobre contenidos procedentes del arte ni a incluir los aportes de los filósofos. Por el contrario, cuando las circunstancias así lo

impusieron, la proximidad con esos modelos resultó siempre promovida y rescatada por él.

SEIS. Ahora bien, no aspira esta reflexión a llover sobre mojado. Que sean actuales o no Freud y su pensamiento, interesan aquí en tanto se asume un escenario específico donde se reúnen varios pensadores, tantos como resultan indispensables al abordaje mínimamente trans-disciplinar.

Podría esto parecer arbitrario, si no se asume que el objetivo que mueve condiciones expresas desde esta específica rigurosidad, no ha de ser escuetamente académico, ni de cualquier otra forma, rígido y convencional; al menos, una vez se reconoce que no es precisamente la universidad -aunque debiera serlo ¿dónde, si no?- el lugar desde el cual la trans-disciplinariedad pudiese reinar a plenitud.

Sin ir tan lejos, es claro que no ha de ser lo mismo pensar a Freud estrictamente a partir de su obra que asumir su actualidad desde la perspectiva de su problemática relación con Darwin, lo cual es el reto y el concreto interés de este escrito. Y de cuanto, a partir de allí, inevitablemente se sume.

SIETE. Debe decirse de entrada que tampoco la psicología coincide con la clínica. La clínica, desde Grecia antigua porta la impronta de lo médico, y hasta resulta siendo, como reflexión más que como aplicación, asunto filosófico antes de podersele reconocer a título de rama de la psicología.

De hecho, antes de que hiciera suya la alternativa clínica, primero fue la filosofía la que dio cuenta de la psicología como de un capítulo suyo.

Esta modalidad de clínica rigurosamente psicológica sólo aparece tan tardíamente como Freud. O sea, nace con Freud, como aporte de Freud, y sin ser Freud graduado como psicólogo por universidad alguna, aunque sí como médico.

Más allá de ello, antes de dar con la oferta del psicoanálisis, deslumbrante y original como ninguna, Freud ya había realizado indiscutibles aportes a la ciencia médica. O sea que se auto-consolidó como psicólogo por superiores e indiscutibles condiciones intelectuales; no por encubiertos impedimentos.

LA OFERTA ESTÉTICA INAUGURAL

UNO. Si Schopenhauer y Darwin eran relativamente contemporáneos, de igual modo se puede afirmar respecto de Freud y de Kafka.

No importa mucho esto para auscultar posibles encuentros o influencias mutuas; interesa sobre todo reconocer la forma como el entorno socio-histórico les afecta y decide.

Schopenhauer incluye la marca del siglo XVIII mientras que Kafka y Freud, así nazcan en el XIX, resultan instalados ya en el siglo XX. Darwin pertenece al siglo XIX. Y nosotros, sin ser remotamente de la altura de ellos, ni más allá ni más acá, estamos de hecho ya en el siglo XXI.

¿Qué comportan estas temporales demarcaciones?

Ante todo, eslabonan pensamientos que de modo corriente se abordan como modelos autónomos, aparentemente a-históricos. Pues bien, la combinación entre estos autores y de sus respectivas reflexiones obliga a asumir una posición pro-activa, no sólo a

dejar evidencia del mero despliegue de lo especializado, a salir en cambio de ese espíritu receptivo -que sobre todo cuando se trata de ilustres y preclaros aportes- se resigna apenas a resumir lo ya dicho, a sólo obligarse a la mera exigencia ecléctico-integrativa, sin ofrecer por encima de todo un decisivo plus.

DOS. Una cosa es sin duda tomar los aportes, presentes en las obras de esos autores, como verdades últimas e irremontables; otra cuestión muy diferente habrá de ser incluirles apenas como sólida base, y en tanto tales como soportes de nuevos despliegues, de decisivas y renovadas incursiones.

Es claro que se corre el riesgo de caer en extremos. O bien, ante el reconocimiento de tanta grandeza reunida allí, pecar por ello de modestia excesiva, permaneciendo paralizado frente a la posibilidad de cualquier pronunciamiento. O, peor aún, de tanta personal prepotencia negadora y compensatoria, colocándose en el otro polo, terminar naufragando en una posición excluyente, triunfalista y vana.

Una actitud equilibrada en cambio comporta, reconociendo lagunas insuperables, intentar apenas comenzar por un primer aporte posible, así fuere sin pretensiones de plena cobertura, aunque sin renunciar nunca a acceder en lo posible a ella.

Pues bien, aquí ¿cuál podría ser éste inicio?

Se trata, ya ha sido dicho, de partir de una aspiración trans-disciplinar. Y una primera forma de empezar a consolidarlo ha de ser, además de buscar no negarle a la exposición de pretensión científica el aporte del arte y de la filosofía, mirarlo todo desde un doble enfoque que inicialmente reúne lo clínico con lo estético.

Lo nuevo no es esta aspiración, precedida de esfuerzos innegables. Lo nuevo habrá de ser retomar esta ruta, tan rica siempre, y sin embargo cancelada a cada paso.

TRES. Y a nivel estrictamente personal esta oferta, así suene arriesgado y hasta pretencioso decirlo, no resulta tampoco ser nueva en el registro de esta reflexión, como que de hecho se apoya ya en antecedentes de vieja data.

En efecto, apenas resaltando la presencia de un trabajo sostenido en una definida dirección, deberá explicitarse que igual que hoy, hace varias décadas, esta misma escritura. -para dar cuenta del asunto alcohólico- realizaba ya una incursión paralela con el abordaje de una obra literaria, “El gato negro” de Edgar Allan Poe. Es más, buscaba auscultar un poco las cosas de esa patología mental escasamente descifrada - el alcoholismo-, intentando apoyarse en antiguas míticas de procedencia griega.

Pues bien, esa exploración incluyente del arte en la reflexión clínico-psicológica, en los casi cuarenta años de escritura sostenida que este esfuerzo recoge, nunca se abandonó. Por el contrario, se buscó sumar el aporte de lo filosófico, de un modo progresivo, nunca coyuntural ni menos parasitario.

Al menos, la intención de un aporte allí, nunca se quiso que faltara. Otra cosa habrá de ser que ello no siempre se lograra; o que no fuese, de modo uniforme, feliz el resultado; o que la síntesis trans-disciplinar no se explicitara desde entonces; al menos, tal cual cabe hacerlo ahora.

CUATRO. Pues bien, más allá de justificaciones personales esa escritura, en suma, aspira a fundamentar el método clínico-estético, a remontar a nivel trans-disciplinar, la creciente tendencia a la especialización de lo clínico-psicológico.

O sea, intenta dar cuenta de lo clínico desde referencias envolventes renovadas, donde lo estético ocupe un lugar decisivo.

Y dado que lo bello es más que asunto exclusivo del arte; tanto como lo estético cubre un territorio más vasto que lo artístico -entendido lo estético como tratado de

las formas, antes que como develamiento de lo bello; y asumiendo, que ni lo artístico cubre la totalidad de lo bello, ni lo bello reviste los territorios donde, sobre todo en la actualidad, se despliega lo artístico- se impone tomar el arte como soporte demostrativo, como referencia inabandonable; lo cual no implica pretender ser artístico de modo escueto, en el desciframiento del cual se trate.

Aunque si bien se le mira, lo clínico-aplicativo -en cuanto aspiración plástica de modificación de una materia prima altamente compleja y elaborada ya- puede en más de una ocasión, acercarse a una resultante artística tal. Y ha de ser por ello que resulta más factible comenzar asumiendo el abordaje trans-disciplinar, desde lo clínico que desde lo generalizadamente psicológico; pues de todos modos, lo estético está siempre más cerca de lo artístico -como que lo incluye en tanto modalidad suya- que de lo científico y/o filosófico.

Sin embargo, es porque se trata siempre de lo intangible que anima al cuerpo, de la forma de fondo, emergente desde su puesta en movimiento -o sea, en tanto ser vivo en ejercicio- que se impone la urgencia de lo estético. Y ha de ser por ello también, que la tradicional reflexión psicológica -al no incluir todo eso como decisivo, como prioritario, deriva sintomática.

CINCO. Como ha de ser claro ya, no se desea aquí resultar literal en esto de reunir arte, ciencia y filosofía.

Se insiste, así nunca se quiera olvidar el arte, no sólo no se trata ahora específicamente de lo artístico; sí de una oferta que recupere la dimensión de lo estético, en tanto partiendo del análisis de las formas busca dar cuenta de las resultantes, cualesquiera fueren.

Se impone una oferta que rearme el territorio donde rueda lo psíquico y donde se apuntalen los soportes que subtienden la reflexión psicológica; más específicamente aún, una oferta que demarque, y propicie a partir de allí la incursión renovada desde el campo de lo clínico.

O sea -como ha sido tantas veces resaltado en textos nuestros anteriores a éste- para recuperar el enlace entre lo psicológico y lo clínico, de hecho injuntables a nivel histórico, retomar la explicitación aristotélica -sólo anunciada, nunca desarrollada- que definiera de manera precisa y rigurosa, el alma como forma¹.

SEIS. A partir de entonces la psicología debió ser, tratado de la forma, de la forma más enigmática y rica, real tratado del alma. Abordaje estético, antes que compendio de descripciones o de esfuerzos restringidos de explicación; explicaciones no sólo insuficientes; en el mejor de los casos de generalizaciones, más tarde o más temprano, insuficientes.

De hecho, la cuestión más decisiva de la psicología, la clave que da cuenta de la singularidad, de la irreductible diferencia, se escapa de modo irreparable cuando se apuntalan generalizaciones como “conducta”, “mente”, “aparato psíquico”, donde con ánimo cientifista se trata de reunirlo todo en un solo saco de sobredeterminación y de uniformidad.

Desgraciadamente pues, Aristóteles no siguió la ruta que propicia e inaugura tal definición (alma como forma), perdiéndose en cambio en una precoz exploración teórico-especulativa sobre la sensación; reflexión, de entrada con escasas

¹Cf. Aristóteles. “Tratado del Alma” OBRAS COMPLETAS. Aguilar, Ed. Buenos Aires, 1964.

Es claro que se trata de una tarea cuyo norte ilumina estas incursiones, nunca de la pretensión de remontarlo, y menos aún de tenerlo resuelto de modo definitivo. Eso sería sin duda, prepotente e inadmisibile.

posibilidades develativas, dado que el desconocimiento de las condiciones fisiológicas y anatómicas del cuerpo por aquella época, impedía progresos significativos y válidos.

Pues bien, por desgracia, reincidiendo en el desenfoque, fue en esa última dirección que las psicologías de todo corte y época se orientaron siempre.

No sobre recalcar que aún hoy, sabiéndose tanto más sobre el cerebro y sus conexiones, no ha dejado de ser la sensación un tema inmenso y complejo, del cual al menos resulta absurdo intentar partir, como que alude ya al encuentro entre lo anímico y lo somático, allí donde ambos son tanto más incapturables de cuanto de por sí resultan serlo².

LO UNO Y LO MÚLTIPLE

UNO. Pues bien, si rompiendo con esa dirección tradicional se ha decidido -a cambio de centrarse apenas en Freud para justificarlo en la actualidad- incluir el paralelo con Darwin ¿qué aporta en realidad ese complejo y arduo rodeo? ¿Por qué se hace necesario o conveniente ello, para dar cuenta de cuanto de hecho se busca localizar aquí?

Quizá lo primero que habría de reconocerse es la coincidencia, en Freud y en Darwin, de dar lugar preponderante al cambio.

Ambos pensamientos, en efecto, reconocen como decisiva y dominante la condición de lo transformador sobre la urgencia perpetuadora de las estructuras, sean estas entidades mentales patógenas o trátense de especies.

La plasticidad de la materia y de lo anímico, expresa en las resultantes humanas y vitales, deja entrever ya un primer reconocimiento de la decisiva y dominante influencia de lo estético.

DOS, En esto de asumir lo transformador, acaso no sólo sea Freud más contenido que el propio Darwin; aunque resulta a su vez indudable que también para éste, la selección natural es la constante que da pie de soporte y equilibrio a las urgencias metamórficas que comporta la evolución.

Ahora bien, dado que prima allí la urgencia de rigor racional y cientifista, existe en tal sentido una curiosa paradoja en Freud; como fuere, lo cierto es que este último, es uno cuando piensa y ubica las estructuras mentales patógenas, y otro cuando se decide a modificarlas.

En efecto, cuando alude a las especificidades de ellas, a las claves conceptuales que las demarcan y a las condiciones que las deciden y diferencian de las otras, Freud piensa más en verdaderas entelequias, en armados inalterables, en realidades consolidadas e insuperables.

A pesar de esto, haciendo caso omiso de tal circunstancia decisiva, al tiempo, cuando se trata de lo aplicativo, sin pensarlo dos veces Freud aspira a la radical modificación de tales estructuras.

² Y en referencia con un inaugural apuntalamiento de la clínica psicológica, si bien en Sócrates ya hay modalidades decisivas que podrían asumirse de algún modo como un posible inicio (mayéutica, transferencia, etc.), es Freud quien lo toma de allí; y es Sócrates, quien al apuntalarlo, menos lo sabía. Si se asume, de otra parte, la obra de Aristóteles como punto de partida para una versión clínico-estética de la psicología, no ha de ser porque sea él el primer autor que reconoce el alma como forma, aunque sí es el primero que se propone una reflexión por primera vez reconocida como tratado.

O sea, desde el punto de vista teórico el modelo es más estático, más esencialista; por contraste, en la aspiración clínico-aplicativa se trata de abrir las puertas a las ofertas de lo transformador.

Como todo marcha al unísono y tiene inevitables consecuencias a medida que se da su generalizado despliegue -no sólo en Freud- esto conduce sobre todo en las derivaciones que a nivel del psicoanálisis en su conjunto llevan hasta la circunstancia actual; a una cierta inamovible certeza, en referencia con los núcleos, con los centros estructurales; mientras que el modelo tiende a desdibujarse y a diluirse en las fronteras de tales registros, donde, de modo diverso, se dan combinaciones, entrecruzamientos y hasta verdaderas contaminaciones.

TRES. Es claro que no se trata apenas de una clave subjetiva, de una apuesta personal de específicos autores -Darwin, Freud- quienes desde sus peculiares maneras de proceder apuestan, de un modo u otro, por este o por aquel predominio. La verdad es que las cosas aparecen siempre signadas por polaridades decisivas (quietud-movilidad, estructura-resultantes particulares, etc.).

De hecho -para decirlo a la manera de la filosofía- todo comenzó a moverse entre la aspiración a resolverse, de una parte, en lo uno; mientras desde otra, a partir de inagotables resultantes, irrumpe apabullante lo múltiple.

Entre esos polos, cada quien reflexiona y demarca. Por decir algo, cuando Schopenhauer distingue entre voluntad (como polaridad de base desde donde se define y se re-denomina lo uno) y representación (extremo opuesto de lo más inmediato, visible, empírico) se trata de ello, tanto como acontece cuando denomina Kant “cosa en sí” al extremo de lo más distante e indescifrable; mientras decide como registro del “fenómeno” a la polaridad otra de lo directamente perceptible. O, incluso cuando a la inversa, más temprano aún, Platón concluye que sólo resulta cognoscible y redonda “la idea” que subtiende; mientras la variedad de directas resultantes empíricas, aparece atravesada por lo impreciso, por lo pasajero, por lo mutante; o sea, por el no ser.

En todos esos casos pues, se trata siempre de la contraposición entre lo uno y lo múltiple; en primera y en última instancia, idénticos de sí e irreductibles; y, sin embargo, por encima de todo fusionados de modo inevitable.

CUATRO. Pues bien, en la actualidad ¿cómo se mueve ello?

Sabido es que el comienzo del siglo XX se caracterizó en todos los campos por una decisiva ruptura con la tradición; y no sólo, fractura de pensamiento en ciencia, en arte, en filosofía; también a nivel de las condiciones de lo social y de lo político, en el despliegue de lo tecnológico, de lo urbano -y ¿por qué no?- en la emergencia de lo terrorista, acaso hasta entonces, si no ausente, francamente contenido.³ En todos esos registros se desató una radical alteración que aún no termina y que reacondiciona los lugares que en el mundo ocupa ahora lo humano.

Si se lee a Schopenhauer -por ejemplo, si se recuerda el tercer libro de “El mundo como voluntad y representación-, se verá que su versión sobre el arte resulta sin duda más que válida. Sólo que en retrospectiva.

Más próxima y decisiva -a partir de esta localización de lo contemporáneo- las demarcaciones del filósofo en cuestión resultan insostenibles. Ni qué decir de Platón,

³ No sólo de formas locales y temporales como de hecho aconteciera, por decir algo, en la revolución francesa; en realidad, como radical involucración que en tanto tal, a partir de entonces, califica de modo progresivo e irreversible las resultantes humanas.

contemporáneo en más de un sentido, salvo en cuanto hace referencia a su oferta metafísica, coronada por el reino de las ideas.

Freud y Kafka han aportado de modo más directo a esa crisis -y si se quiere reconocerlo así- más bien la han agravado. El propio Darwin está más cerca de esto que de aquello, qué duda cabe; como que lo captó e hizo irrumpir desde la prelación de lo histórico.

CINCO. Es como si el modelo de lo uno y lo múltiple se hubiera desde entonces, más que alterado, invertido. A no ser porque, previo a ello, todo resulta desarticulado.

Como si no fuera posible reconocer en los trasfondos de las resultantes actuales, más que imprecisa multiplicidad, mientras lo uno -si es que sale a flote- lo hace de un modo no menos evasivo y desdibujado, no más aprensible; más bien fusionado con un caos definitorio que califica ahora a la totalidad de las emergencias, re-unificadas a partir de ello, de manera extraña.

Lo uno se infesta en la mezcla con lo múltiple; y así no resulte por sólo ello más ordenado, lo múltiple hace otro tanto al uniformarse. Y a pesar de la exuberancia de las emergencias y por tales razones -tampoco éstas menos vigorosas en sus irrupciones- arriesgando siempre a estallar.

SEIS. ¿No se hace este fallido intento de precisión, más contaminado e insostenible?

Lo cierto es que -ampliando los terrenos y redefiniendo los entornos; descalificando la estrechez de miras de cuanto precediera a nivel de entendimiento- es aquí donde lo estético viene a resolver, a reordenar y a replantear la nueva distribución de los asuntos.

Donde fuere y como fuese, lo estético autónomo, como pura potencia expresiva, responde de modo simultáneo por el caos que se hace presente en las resultantes, y por la compensatoria uniformación de ello derivada.

Lo estético da cuenta al tiempo de tales claves unificadoras, tanto como de la multiplicidad de las variantes, y no se limita a responder apenas por el ordenamiento y por la coherencia de las formalizaciones; más bien, desde sus puntas más arbitrarias, alude a la justificación y comprensión de los sintomáticos desórdenes y de las crecientes malformaciones. Y es que también a lo estético pertenecen las manifiestas expresiones de lo desbordado, de la desmesura, de lo monstruoso, de lo caótico.

Sólo con este recurso es posible dar cuenta de cuanto por encima de todo, se sigue dando; tanto como, de cuanto ya nunca más volverá a ser igual que antes.

SIETE. Esta decisiva prelación de lo estético -desmembrado de toda aspiración sublimizada; ajeno a toda coronación ordenada, impecable y pura; concebido como apabullante potencia expresiva (no sólo salvaje e irreductible; tanto más, inagotable y constante); al tiempo, aún más enigmático sostén de toda emergencia y de toda perpetuación, tiene consecuencias contundentes e imprevisibles. Y en tanto tal, comporta la urgencia de una renovada manera de enfrentarse a los asuntos; tanto a las especificidades, como a las resultantes de conjunto.

Además, lo estético sale a primer plano porque se dan decisivos desplomes de lo más sacro y reconocidamente sólido; por ejemplo -por decir lo más fuerte- lo ético se desploma. De manera compensatoria, sistemática, suplido lo ético por lo hiper-moral

-que no es otra cosa que lo terrorista-⁴ por ello y a partir de entonces, se arma clara perforación, creciente escisión que sólo lo estético puede ahora recubrir.

La razón que privilegia lo verdadero no cubre ya la urgencia de explicaciones que lo bueno y lo bello de hecho tampoco resuelven. Pero lo estético es otra cosa cuando se trata de lo ético y de lo científico. Como fuere, una banda más ancha en el conocer se impone ahora, si es que se quiere dar cuenta de las irrupciones y de las problemáticas actuales.

OCHO. De hecho, se podría continuar por esta ruta, pero no se trata en realidad de ello más que en un sentido muy preciso.

Así sonara desencantador tal quiebre, todo lo dicho ha sido mencionado apenas para dar cuenta de cuanto se desgaja de un primer asunto más que puntual: la actualidad o la definitiva improcedencia del pensamiento de Freud.

Ahora bien, es claro ya que lo anacrónico no es calificación que convenga aplicarse a la reflexión freudiana; que resulta ser tanto más válida la urgencia de Freud y la necesidad de su aporte, cuando se trata de armarse de indispensables recursos para el abordaje de las dramáticas circunstancias que ofrece lo contemporáneo.

Si la mirada clínico-estética -por decir algo- es válida y posible, ha sido Freud quién la ha inaugurado; la insuficiencia presente allí ha de entenderse como carencia de un despliegue argumental -que, de modo simultáneo con las presencia de alteraciones que ese mismo pensamiento hizo irrumpir- dé cuenta de ellas.

No ha de ser tampoco este bache atribuible a Freud, pues cuanto resulta tanto más decisivo, es que su la muerte no puede ser un argumento contra la validez de su pensamiento.

Sobre todo si se sabe, que de no ser por ello, Freud estaría diciendo lo suyo, si bien de una manera diferente de cómo en su momento él lo implementara, y tal cual lo impone la realidad de los tiempos actuales.

LO ABSTRACTO, LO GENERAL Y LO UNIVERSAL

UNO. La diferencia entre universalidad, generalidad, abstracción, sólo torna precisa cuando se les reúne con las parejas conceptuales que les completan por oposición; o sea, sumando a lo abstracto, lo concreto; a lo general, lo particular; a lo universal, lo individual. Es entonces cuando se descubre que corresponden, al menos por tendencia, la primera pareja, abstracto-concreto, a la filosofía (siempre y cuando se les piense como empeño de equilibrio entre ambos extremos). La segunda pareja se asimila de modo principal con la ciencia (en tanto lo particular se somete a lo general, ley). Finalmente el arte -de manera más fina y compleja aún- se realizará como condición de excepcional y feliz encuentro entre lo individual y lo universal; en cuanto, desde entonces, hace emergencia la singularidad como decisiva expresión.

⁴ En escritos previos se ha desarrollado y puesto a prueba esta sorprendente idea, que choca con la radicalización moral -que de modo habitual se emplea como el más espontáneo e ingenuo recurso- cuando se trata de dar cuenta de lo terrorista. En realidad -y así moleste- esa posición es ya ilustrativa de cómo el tono terrorista ha hecho pleno recubrimiento sobre el registro de lo social.

Pues bien, sólo un modelo que comience por reconocer estas tres dimensiones podría empezar a resolver cuanto ahora resulta infructuoso apuntalar, apenas desde cada de una ellas por separado.

DOS. Una vez esto se asume de modo envolvente surge la urgencia de necesarias prelacones.

En efecto, si se piensa de nuevo en la especificidad que decide el territorio de lo psíquico, habría que re-comenzar reconociendo que como en ninguna otro registro, lo individual, lo concreto, lo particular, se reúnen allí del modo más definitorio e inocultable; sin poderse permitir por ello, sin embargo, la generalización, desde siempre asumida y exigida por la ciencia.

En efecto, algo se fugará y ha de ser esencial. De hecho, por esa ruta, las más definitorias diferencias se escapan de modo inevitable.

Tampoco la abstracción a la cual la filosofía aspira daría cuenta de ello; por más equilibrante que sea, en referencia con lo concreto.

Acaso apenas por la vía de la universalización -que de manera excepcional consigue el arte en tanto (como quedara planteado) no sólo suma, además incluye como indispensable, la singularidad- podría dar cuenta de esa paradoja fundadora e indubitable.⁵

TRES. El mérito, y acaso también la desgracia de la oferta de Freud -sin duda la más problemática y completa pensable cuando se trata de la clínica psicológica- estriba en que localiza un registro imprevisto, desde que se incluye la dimensión de lo negativo-universal, el inconsciente. Toda singularidad, a partir de entonces, debiera someterse al imperio de esa sobredeterminación; explicarse a partir de allí.

Lo cierto es que con ello, antes de resolverse nada, explota todo. Sin pensarse ni saberse cómo, la singularidad coartada da paso a la emergencia de lo singular más contenido. Pero Freud desconocía esa condición, pues emergía más como efecto a posteriori que como conciencia clara, intencional, en sus escritos.

Esa clave de progresiva explosividad -creciente, en proporción directa con la ampliación de los campos de incidencia- sería razón suficiente -así no necesariamente favorable sí francamente lúcida e irremediable- para reconocerle a Freud, no sólo garantizada actualidad sino, con toda certeza, tanto más incidencia a futuro.

Ahora bien, que la generalización del tono trágico no sea sólo atribuible a Freud, es cosa más que reconocible y evidenciable. Pero, sin duda -y es esto cuanto más en realidad importa- la falta de esta captación no podría mantenerse en una reflexión psicológica con pretensiones de actualidad.

⁵ Resulta claro que se alude al objeto de estudio y no a la idea de hacer de la psicología un arte. Se trata en cambio, de incluir decisivamente lo estético allí, si es que se aspira a remontar tan evidente circunstancia de exclusión.

A su vez, ha quedado claro que lo trans-disciplinar presupone dos condiciones indispensables: reunir lo artístico, lo científico y lo filosófico, de una parte; de otra -previo a esa integración- reconocer esas tres dimensiones como modalidades de lo estético.

Es claro que nunca la ciencia se asumió de esa manera, y sólo de modo excepcional lo hizo la filosofía. El arte en cambio se asimiló tanto a lo estético que nunca se reconoció por fuera de una definitoria sinonimia. Como modalidad de lo estético, el arte es también otra cosa de cuanto de modo habitual se asume.

CUATRO. No ha de ser igual la singularidad gratuita e inocente, que lo singular (que apunta a lo explosivo). Más bien cabe decirse que lo singular retrata la forma como la singularidad coartada, impedida para su normal despliegue, estalla.

Es en ese lugar donde, de modo nuclear, se juega ahora el asunto humano. La derivación inusitada del terrorismo en todas sus modalidades, se apuntala a partir de allí, al punto que se podría empezar por ofrecer una posible definición de terrorismo, en tanto reconocida polaridad desde donde, como salvaje estallido, lo singular irrumpe; e irrumpe -más fácilmente camuflado, suplido, compensado, sintomatizado- que a título de literal reposición.

Una psicología de lo singular es cuanto se impone ahora como indispensable allí donde antes no fuera prevista ni desplegada.

Y dado ello, si nada resulta ser tan válido y apropiado como partir de allí, cuando de lo psíquico se trata; y si entonces se impusiera como inevitable dar definitiva prelación a lo clínico, habría de ser en tanto se incluya, de modo tanto más decisivo, lo estético; lo estético más excluido; tan impedido, tan acallado, como la singularidad misma.

CINCO. Lo clínico pues, enlazado a lo estético, es la única vía real para el develamiento de las claves que rigen y deciden toda emergencia de lo terrorista, en tanto camuflado efecto; y, al tiempo, resultante reconocidamente mórbida desde que la singularidad, antes que reflexionada, deriva sometida.

Lo clínico-estético deberá desentrañar las implicaciones de eso irreductible. que siendo reticente a todo desciframiento, resulta imprevisible y volátil, antes que evidente y literal.

Y así ello no se haga visible por la ruta de obvias evidencias y de modalidades empírico-causales, sólo una vez asumido esto, convendría volver a preguntarse por la viabilidad de conceptos como evolución, progreso, racionalidad, conocimiento, etc.; y de asuntos tales como estructuras psico-patógenas, locura, sueño. Todo ello, entonces, tendría que resultar no sólo decisivo, si no que lo sería apenas en tanto diferente.

SEIS. Colindante con esta tarea -más bien del lado de lo imposible-, la refundición propuesta entre filosofía, arte y ciencia como condición para un abordaje transdisciplinar, comporta un esfuerzo tan enorme que resulta desbordante; al menos, muy difícil de realizar a partir del mero esfuerzo personal. Ni siquiera de modo colectivo parecieran darse condiciones suficientes para el apuntalamiento decisivo de una prelación tal.

Sin embargo nada excluye, una vez ubicada esa opción teórica como pertinente, arriesgarse a reflexiones ajenas a toda aspiración de reconocimiento y involucencia; meros campos de aplicación que propicien enriquecimientos para las desgastadas posibilidades de lo interpretativo, en la medida en que se restringen a ser ejercida recuperación de singularidad.

Cuanto sigue es la muestra de un intento tal, que por lo demás, ha de ser eslabón que se suma a la cadena de escritos previos.

A PROPÓSITO DE UN ESCRITO DE KAFKA⁶

INTRODUCCIÓN

UNO. Se diría que intentar enlazar a Darwin con Freud pensándolos a partir de “El informe para una academia” de Franz Kafka podría parecer una elección feliz, de no ser por existir allí la posibilidad de una mordaz ironía, dado que “aquí y ahora”, en este particular encuentro universitario, podría de algún modo pensarse en una operación similar. Pero sería vano quedarse atrapado en algo así. Sin duda alguna - donde bien se lo quiera, o desde donde se lo mire; independiente de todo plan y en referencia con acontecimientos, la mayoría de las veces ajenos de toda condición académica- nada excluye pensar -que como obra de conjunto- se escenifica en los textos de Kafka una amplia y radical crítica a lo pedagógico-educativo.

Puede que no se trate sólo de ello, pero de ello sin duda también se trata.

Menos decisiva aún deviene la academia si se piensa en aportes de este autor a asuntos más precisos, como de hecho acontece cuando desde diversos y concretos contextos, Kafka alude a la educación sin someter las cosas al refinamiento de lo pedagógico envolvente.

DOS. A Kafka -debe decirse- la mera distinción teórica entre lo pedagógico y lo educativo apenas le importa; así no por ello el problema no resulte siendo para él tanto más decisivo.

Y es que, aún aceptando que lo pedagógico nombra por sobre todo el gesto amplio de la transformación culta -mientras lo educativo sería más bien su ejecutoria- la suma de actos que reordenan las resultantes humanas en tanto tales -y aunque por todo esto lo pedagógico subtienda en lo educativo- ha de ser, por eso y por mucho más, que uno y otro asunto comportan, retratan, de modo general e indiscriminado, un trágico sino para los hombres todos.

La verdad es que no sólo acontece esto a los humanos, pues es la vida misma la que se deja conducir y someter; como si la condición de su decisiva incompletez, pendiera de su enigma más fundante.

Por todo lo cual, y de manera independiente de cuanto se alegara más allá de las indispensables condiciones escenificantes, la coincidencia de entrada señalada habrá de darse frente a cualquier posible auditorio.

Incluso, sería más fácil reconocer que podría tratarse de algo diverso que el escrito literario incluye de modo inevitable como ficticio; mientras por contraste, a nivel de la exposición presencial, todo pareciera imponerse como cierto y real.

Aunque al final de este texto, podría suceder que tanta certeza resultara, no sólo desdibujada, incluso disuelta; pues con Kafka cualquier cosa pudiera acontecer.

TRES. Es más que sabido que los animales, los monos sobre todo, son tanto más educables si se quiere que los mismos humanos; así a su vez, en algún punto, pronto se detengan.

⁶ Se sugiere, por supuesto, la lectura reciente de “El informe para una academia”.

Los humanos en cambio -y esto se asume con tanta mayor facilidad- resultan materia prima inagotable, cuando de expectativas pedagógico-educativas se trata; tanto peor aún: urgen de ello a tal punto, que resultaría imposible pudiesen renunciar a un yugo tal.

Acaso por ello, en la totalidad de la obra kafkiana se alude a lo humano, asumido como trágico traspiés; expreso, sobre todo, en el preciso registro de conjunto que lo pedagógico-educativo retrata de la manera más dramática.

Y en ese concreto escrito que se apela “Informe para una Academia” no resulta menos mordaz la crítica que Kafka adelanta a la condición humana, a partir de esta retoma de lo pedagógico, que aún en referencia con los registros más logrados no consigue remontar basales niveles desde los cuales parte.

Es difícil que pueda existir un escrito más duro y radical en tal sentido; como que allí, no sólo lo humano parece segundo al lado de la prelación de lo simio; en realidad, resulta silenciado por ello; apenas reducido a un lugar de escueta y de pasiva observación.

CUATRO. Puede parecer más válido que la academia fuese únicamente un escenario de pretensión paradigmática; que Kafka apenas le usaría para darle, más bien de modo desprevenido, un título a su relato; su lugar allí, por ende, sería meramente nominal; y, si bien no se pudiera demostrar que en otros sentidos resultase el tema excedente, en su historia, Kafka no pareciera llamado a desarrollar el asunto en todas sus implicaciones.

Ahora bien, si al parecer se trata de un lugar segundo, más bien estático, casi ajeno e intangible, consistente apenas (si se prefiere, en un escueta referencia meramente espacial -dado que, a pesar de sus aspiraciones de logro máximo, la academia cada vez menos consolida sus objetivos; que más bien los invalida, refinando además a cada paso las lamentables consecuencias que sin proponérselo, produce) nadie podrá negar que la presencia de un mono en sus terrenos, no deja de ser sorprendente; algo -que si es que no se le quiere considerar como un mero desafuero- urge de explicación.

CINCO. Acaso, si más allá de Kafka se recalcase en que, a nivel institucional (separada la universidad del mundo de las primeras letras) la academia -que lo cobija todo, desde los jardines infantiles, los colegios de primaria como los de secundaria, tanto como la propia universidad- vuelve a reunir los hilos del entramado, dando paso así al reconocimiento de una condición que pudiera de otro modo pasar desapercibida; se volvería a enfrentar la constatación de esa clave que es lo pedagógico, y que recalca de modo insistente en el señalamiento de lo humano en tanto forma, que entre más se consolida pareciera carecer de real soporte, de verdadero fundamento.

Asunto que en el escrito kafkiano -a pesar de no figurar de modo expreso, de aparecer apenas como sugerencia implícita- decide allí tanto más; su involucencia es indiscutible, su importancia inocultable.

SEIS. Antes de un reproche radical frente a asuntos factibles de reforma, se trata del reconocimiento de cuestiones fundantes e inmodificables. Dígase, la condición que -en tanto utilizada para cualquier aprendizaje, como inevitable modalidad primera en cualquier posible influencia educadora- comporta la imitación.

En efecto, es esta la clave primordial de marca que permite reconocer en las resultantes que fueren, la opción real de incidir sobre ellas sin necesidad de imposiciones represivas ni de forzadas dominaciones exteriores.

Y a su vez, esa básica condición imitadora no sólo permite alteraciones decisivas, a nivel de lo pedagógico comporta una dominante y definitoria condición negativa, desde que a la incompletez y a la incompetencia de las mencionadas resultantes, las decide el inevitable impedimento de ellas para hallar su propia ruta, las posibilidades de su autónomo despliegue.

SIETE. Lo cierto es que más allá de esta condición, lamentable pero al fin y al cabo inaugural, las cosas no resultan ser tanto más previsibles por el hecho de anteponer las urgencias de optimistas planes educadores y de convencionales pretensiones colectivas con metas siempre definidas.

Tanto peor aún, cada quién terminara siendo el inevitable resultado de esas improntas pedagógico-educativas que a cada paso en la existencia modifican la materia prima que inicialmente tú o yo fuéramos, alterándola de modo indefinido y decisivo. Pero por sobre todo, generando progresivos efectos del lado de criterios adaptativos empobrecedores; al menos de manera creciente, distantes de expectativas íntimas.

OCHO. Incluso, radicalizando las cosas hasta extremos inusitados, Kafka pareciera querernos demostrar desde ese texto suyo del cual aquí se trata, que allí donde se instala la pretensión orgullosa de lo pedagógico es más bien el azar cuanto decide; y lo hace a tal punto; de modo tan radical como arbitrario, que bastaría con recursos extremos e impensados para conseguir, por sólo ello, los más imprevistos, los más inesperados resultados. Dígase, que embriagando a un mono; enseñándole a remontar sus iniciales repugnancias por la bebida; un poco apenas por eso, se puede conseguir, no sólo incluirle en la humanización, sino que -entonces sí- aún dadas las más exigentes demarcaciones; los más serios testimonios académicos, el simio podrá empezar a hablar y a disertar en público, con plena solvencia y con indiscutible coherencia.

NUEVE. Pues bien, esta exageración ¿por qué, más allá de todo efecto cómico, de cualquier irónico recurso, antes que invalidar el escrito de Kafka, lo eleva a un nivel de producción artística tal, que la calidad de su escrito no podría, a pesar de ello, resultar siendo ni discutible ni menos válida que el resto de su obra, igual o tanto más reconocida?

Más grave aún ¿por qué se hace -si no indispensable, al menos de entrada posible- recurrir al rodeo de este texto suyo, cuando en realidad se debiera tratar del directo enlace Darwin-Freud? Y ¿por qué, por encima de todo, una vez se le localiza y explícita, resulta la apelación al escrito de Kafka de todos modos, si no inabandonable, al menos no inconveniente?

EL PÚBLICO INVISIBLE

UNO. Se podría reconocer que sin tanto sondeo previo, ya en el comienzo del relato de Kafka se establece un explícito enlace con Darwin desde que se alude al tema de la evolución. Pero, de ser todo tan literal, cuanto resultaría más difícil de justificar sería la simultánea coincidencia allí también, de alguna casual referencia a Freud.

En efecto, a su vez podría cuestionarse con mayor vigor, que más que de posibilidades de entronque con lo psicoanalítico, son previsibles cercanías con el discurso pavloviano, de hecho más próximo al tema y menos forzada, por ende, su incorporación.

Pues bien, una vez más, no sería lo comportamental más que el instrumento visible que se utiliza para cuestionar con toda radicalidad la humana aspiración pedagógica; su empleo es una constante, que sólo por ello, encuentra plena justificación; o sea, por vía de su eficacia y de su arbitraria necesidad. Y acaso, con más sorna que distensión argumental, en el fondo cabría más bien incluir una crítica vigorosa a la aspiración de responder por lo humano, apenas desde la certeza de su simiedad.

Pero no debiera olvidarse, más allá de todo ello, la condición dual-linderal, que si bien -con burla o sin ella- hace más justificable el modelo pavloviano cuando del simio se trata, refiriéndose también allí al ingreso en lo humano, habría de ser Freud quién entonces pudiese ofrecer más posible y viable aporte.

DOS. Ajeno a todo ello y sin buscar refuerzos teóricos aún no plena ni suficientemente reconocidos como indispensables deberá reconocerse que si algo se problematiza desde esa ficción literaria kafkiana es que se dé, o se pueda dar paso evolutivo, por encima del imperio de las ideas y de las formalizaciones que subtienden y deciden las posibilidades de las resultantes.

Dicho de un modo tanto más contundente: si se tratase de especies redondas, inmodificables, el paso de una a otra resultaría ser un real exabrupto, una refutación del modelo imperante desde que se apuntalaran, a nivel de lo filosófico, las ideas platónicas y la teoría aristotélica de la forma; y no habría de serlo menos la modificación que cada especie realiza a través de los tiempos, sin necesidad de que las amibas se vuelvan paramecios, ni los alacranes cangrejos submarinos. Tanto más aún, si a pesar de toda matización de lo temporal se entrase, desde cualquier afuera, al mundo humano por una ruta -tan arbitraria que más parecería milagrosa- y, que una vez dado este ingreso, resultase ello irreversible.

O sea que, independiente de que resultara impensable pasar sin más a lo humano desde su otredad, y haciéndose caso omiso de ello, a partir de entonces haya de ser tanto más imposible, salir de allí (pues esto sí que no deja lugar a dudas).

Y es eso de lo que se trata cuando de lo humano se trata; que no era un hombre el hombre antes de hacerse hombre (si es que no se quisiera discutir esto último).

TRES. El mono de Kafka se cuida mucho de ser indiscutible en sus explicaciones a propósito de sus circunstancias; se reduce a informar; y aclara siempre, que aún entonces, sus afirmaciones se imponen como arbitrarias y difícilmente sostenibles; sus argumentaciones, sobre todo válidas para él, han de ser en extremo arriesgadas al intentar generalizarlas; y, por tanto, es más sospechosa la seria curiosidad de un público académico, que la posible validez de sus planteamientos más fríos y de sus afirmaciones más vigorosas.

De hecho, como ya fuere sugerido aquí, el público presente en el escrito de Kafka, sobresale por su negatividad. Más bien personaje colectivo, invisible e impreciso, hace fondo necesario para las iluminaciones circenses del personaje principal, demasiado humano, y ello de modo en extremo reciente.

Pero ese coro imprevisible resulta indispensable, no sólo como a su vez ya fuere resaltado en el sentido de la caricaturesca versión académica que el texto de Kafka busca promocionar,-es que además, con ello se invierte una realidad dada para lograr

así (desde una reversión especular tanto más sorprendente) hacer visible lo hasta entonces más oculto e ignorado.

No que no se sepa que se está en referencia con la simiedad; es que a la simiedad coexistente -acallada a pesar de todo reconocimiento- si se le dejase hablar silenciaría y refutaría, del modo más tajante, lo más reconocido de lo humano, lo más sacro, lo más válido e irreversible, lo más orgullosamente promovido.

CUATRO. Basta pues con sospechar de toda literalidad allí, para tener que verse obligado a derivar significaciones más allá; sentidos, que si bien no resultarían ocultos, al menos no serían nada evidentes.

A partir de entonces, y si se puede señalar todo esto, ha de ser porque en realidad no se trata allí apenas de un simio; consiste, en efecto, en un hombre ya; de un hombre, que en tanto precedido por el simio, hace piruetas que retratan, desde una peculiaridad circense, la verdad del género humano en su conjunto.

Al menos, la cosa consiste en una doble implicación, que sólo el cambio radical de simio a hombre presupone. O sea, comporta de una parte las consecuencias de dejar de ser simio, y efectos sucesivos e imprevistos, de otra; derivaciones que se consolidan en el modelo nuevo; resultantes, emergentes a partir de allí, desde la envolvencia que se hace humana de modo progresivo.

La renuncia a lo simiesco no puede ser tan simple para asumirla apenas a título de paso fugaz, el cual en tanto tal invalidaría toda historia previa. Y, si no, la historia en su acepción más rigurosa, al menos sí la hasta entonces reiterada, terca y persistente unidad formal; la condición determinante de una estructura, desde que resulta siendo interrumpida.

Salir de una especie para ingresar en otra, torna pues tan complejo y de consecuencias tan imprevistas ese abandono, como inaudito el paso mismo del lado de una especie nueva en la cual el modelo se perpetúa a partir de allí; tanto más, si el paso no es conseguido de modo redondo; si restan rastros del estado dejado atrás y no se logra asumir del todo la nueva adecuación. Más fácil hubiera sido reconocer apenas un despliegue posible para el simio; recorrido entonces apelado humano.

CINCO. Una vez se acepta la realidad que permite dejar de ser mono, es tan complejo permanecer allí como instalarse en otro modelo, que en tanto humano, entre otras cosas presupone la consolidación de la oferta cultural derivada de ello. Porque tampoco se es humano apenas porque se deje de ser mono, porque se remonte el más inocente predominio animal. Se impone desde entonces y sobre todo, el sostenido suplemento de la Obra, para que lo humano florezca y se perpetúe; y de manera simultánea -entre otras muletas a partir de allí indispensables- la condición pedagógica, que sostenga el artificio de lo consolidado por sobre las constantes de cuanto se venía dando.

Pues bien, el público es eso, la medida invisible de eso que, más allá de "Informe", arma forma; encarna y multiplica consolidación humana.

El mono, de su parte, ha de ser la constancia empírica del paso que lleva de lo animal a lo humano; y es por ello que el público -al revés- ha de ver en él su propio espejo; o sea, lo humano, que sin lograrlo ser de modo pleno, aspira a sepultar lo animal; antes bien, condenado a reconocer cuánto olvido de sí comporta el sostenerse en un empeño de cultura que se olvida; que impone olvidarse a cada paso, de la animal procedencia.

UNA CUESTIÓN IMPREVISTA

UNO. No deja de ser injusto con el arte pretender que Kafka -su exponente aquí- se limite sin saberlo a juntar dos pensamientos de heterogénea procedencia. Más allá de todo riesgo, se impone la mínima justificación de tal recurso.

Si se reconoce, en cambio de la expectativa de una coincidencia, donde por la ruta de un parricidio gastado y convertido ya en evidencia, en lugar común, se recupere el mítico origen de la especie; si se asume pues, que antes que de un hombre superado, se trata de un mono disfrazado; de un refinado simio, a pesar de todo sostenido al final de la historia; de un mutante impedido para toda variación adicional; de un ente extraño, recluido en una frontera de indefinición; en fin, de un ser perplejo, condenado a perpetuarse en esa estabilización precaria. Y, dándose de manera apremiante tal demanda metamórfica, sólo viable por la ruta imprevisible que demarca el desborde de las circunstancias externas -las cuales suman productos y consecuencias, de modo inagotable, incontrolable- habría de reconocerse, que de esa manera, se ha impuesto una modificación, a pesar de demente, tanto más radical e inevitable.

Acaso, visto todo así, se tuviese un retrato más pertinente de cuanto Kafka quiso ilustrar desde la desmesura de su insuperable singularidad.

DOS. Efecto al final -no causa al comienzo- este mono tiene la urgencia de re-instalar el mito en el sitio gastado donde ya no cabe la ilusión. Su esfuerzo, de lograrse el éxito en la operación -asunto del cual Kafka parte, como si ejerciera un riguroso experimento reconstructivo -y asumiendo el supuesto de que la hipótesis se confirmara- de consolidarse entonces el milagro, ello apenas daría para una mueca de poca monta y de insignificante efecto mutante.

La versión dionisiaca inaugural ha pasado a ser mórbida ingesta alcohólica que hace hablar hasta a los monos; reclusión enfermiza, encierro irremontable.

El simio no hace más que reponer el recorrido de conjunto dejando la irónica certeza de que un esfuerzo de transformación tan extremo no arroja mínimos resultados compensatorios. Sólo así se entendería que los seres humanos, aún ahora, no sean más que monos que aún brincan de manera torpe como saltimbanquis en las alturas de las toldas circenses, o que apenas de modo precario alcancen a ser cultos, “como un europeo medio”.

TRES. Kafka pues da un giro especular a su versión; una rotación -entonces sí platónica en tanto mirada hacia el fondo de las rocas⁷ donde no se ven más que sombras- descubriendo la realidad de lo dado; y sobre todo, de lo dado ahora; para que quienes aún puedan oírle, al interior del conjunto que arman los humanos, encuentren un retrato objetivo, real, de sus propias verdades, las cuales para nada resultan siendo motivo de orgullo (aunque tampoco de vergüenza).

La pregonada cultura, antes que garantizar un progreso, difícil pero seguro, crece de modo más fácil del lado de la atrofia de lo humano en tanto tal. El modelo, al menos, se ha agotado; y de modo creciente, a partir de entonces debiera más bien esperarse resultantes sombrías. Las emergencias que dan aún motivo de esperanza son apenas excepcionales y cada vez más esporádicas, razón por la cual se impone un diagnóstico antes que un reencauzamiento; pues se perdieron las guías, y no existe el

⁷ Cf. Platón. “La república”. OBRAS COMPLETAS. Aguilar, Ed. Madrid, 1969.

recurso que realindere y reencuadre. Viajando a ciegas por el devenir, no han de esperarse beneficios al final del camino. Todo, en cambio, resulta desdibujarse, ingresando en callejones sin salida; y lo peor, es que a nadie pareciera importarle. De hecho, no puede verse ello con claridad si al menos no se remonta la contaminación reinante entre lo humano y lo tecnológico.

CUATRO. Para no dejar duda de que su escrito se impone como un real campanazo de alerta; y aunque, a pesar de ello, quizá no sea la cosa del todo irremontable; y con lo cual, sin embargo, Kafka no pareciera hacerse ilusión alguna, en cuanto se libera de su celda -preso apenas en el polo más visible de lo tecnológico- Pedro el Rojo exclama: “Sólo he querido informar”.

En efecto ¿quién, prendado de su lugar, va a tomar en cuenta los argumentos de un mono, sin mayor soporte ni justificado sentido (emergencia apenas curiosa y excepcional, sin posibilidades mínimas de progresión y permanencia)?

Y ¿sería menor ello si se tratara apenas -como de hecho ha de acontecerle a ese colectivo pseudo-docto e infatuado por compensación- de ese público académico que ha venido escuchando la perorata de la extraña criatura? ¿No figura este anónimo y silencioso agrupamiento humano, para materializar tal desgano?

Más allá -siendo imprevisible el ejército de lectores, público inagotable y siempre diverso- no ha de faltar una esperanza de captación que remonte la escucha humana -hiperdefensiva y anestesiada- y convenza a los otros de urgentes, obligatorias rotaciones.

CINCO. Ya no es posible ni siquiera intentar repetir el recorrido, pues nada garantiza que se lo pueda corregir. De hecho, la verdad es que se sigue siendo animal en lo más esencial y definitorio. El sexo triste -véase el final del escrito de Kafka- sigue, de un modo u otro, repitiéndose de manera inagotable; y así fuere absurda e injustificada, ya ni siquiera para bien de una reproducción reiterada. Y ha de ser a partir de Kafka -acaso en ello apenas premonitorio de tanto inaugural- que se puede reafirmar esto, pues nada garantiza que una mona domesticada y un mono, de modo definitivo perdido de su simiedad, puedan dar a luz un ente nuevo.

Al menos de perpetuaciones, el relato kafkiano nada dice; más bien, concentrando la mira, pareciera aludir a alguien que ha tornado estéril después de su experiencia metamórfica. Si no es que se trata simple y llanamente de un solterón empedernido quien -como el propio Kafka- quisiera renunciar con toda firmeza, a toda posible reproducción; también pues, auto-retrato suyo, Pedro el Rojo no habría de ser entonces mera ficción desde que -a pesar de su sustancia incapturable de mero personaje- puede ser más verdadero que lo verdadero

Anti-heroico paradigma humano -pero paradigma al fin y al cabo- Kafka termina dando descarnada cuenta de sí; y, en consecuencia, como ningún otro, descifrando aristas decisivas de lo humano.

LIBERTAD Y LOCURA

UNO. La simiedad era el reino de la libertad; es a ello a cuanto de hecho se renuncia. Y, en apariencia, se consiguen dos resultantes: sometimiento ciego, de una parte; locura, no necesariamente lúcida, de otra.

Pues bien, en el texto de Kafka ¿dónde va la locura?

En primer lugar en ella, se diría; en esa compañera de las noches; o, mejor aún, en el encuentro erótico que sucede a todas las adaptaciones. Ella, simia sometida hasta la más ciega obediencia, es de hecho quien porta esa mirada que retrata la demencia animal, que denuncia la perturbación a la cual da paso el amaestramiento, que comporta la más radical esclavitud -a nivel interno, tanto más reforzada- desde que se le denuncia así como tajante castración de libertad.

No sólo se trata de que Pedro el Rojo sea quien únicamente le perciba; además y sobre todo -y así haya dicho que al lado de tan curioso complemento “la pasa muy bien”- ello le debiera en realidad resultar insoportable.

Si en algo se humaniza el simio en cuestión, es pues en esto de hacerse inmune al sentido y a las verdades más constitutivas. Esa anestesia defensiva le libra de la locura que desde entonces repone ella, antagónico complemento suyo, quien le retrata en inverso la real dimensión de su entrapamiento.

Como fuere, la constante es pues el sometimiento, asumido o repudiado hasta la más extremada impotencia. Es por esa vía como se puede derivar del lado de lo humano, aún tratándose de su parodia más refinada. O bien, para no naufragar en lo impreciso, resulta más fácil caerse -y de manera definitiva- en la estabilización extrema, que da paso a la evidencia del desajuste (aún cuando éste resultase casi imperceptible para quien no lo observase a fondo).

Dado el encuentro animal -insuperable por encima de toda acumulación de cultura; recuperado oscuramente y a hurtadillas por todos- de cuanto en realidad se repugna ha de ser del reconocimiento de la humana verdad, que el simio del relato de Kafka hace emerger a plena luz del día y sin atenuante alguno.

DOS. ¿Qué duda cabe que a pesar de todo, la anestesia pesa más y hace sorda a la colectividad por encima de cualquier decisiva evidencia?

Y ha de ser por ello, que una vez lo humano arma sólido apuntalamiento, no hay reversa posible.

Nuestro antiguo animal, ahora humanizado, sólo halla puerta de salida a su simiedad, no solución real a su infortunio; nunca recupera su libertad, de manera definitiva erradicada; se salvará acaso de la forma más extrema de dominación (la celda, la prisión), pero no alcanzará con ello ni la libertad ni el estado que la remontase, compensándole de algún modo, convalidando tan desmesurado esfuerzo.

Pues bien, en esa pérdida se da el retrato de una perforación, de un agujero negro inllenable, que Pedro el Rojo vuelve a encontrar en su complemento sexual. Es allí donde este efecto se reconoce como insoportable. El modelo se escinde desde esa dualidad entre lo logrado y lo perdido. Y de entrada, Pedro el Rojo ha reconocido, que por todo ello, lo esencial cae de modo inevitable del lado de lo inefable; cuanto logra verbalizar, en efecto, no hace más que ocultarlo; es desde esa impotencia para hablar de quién es, que Pedro el Rojo se avergüenza de sí y reconoce el fracaso de su papel de conferencista académico;⁸ su verdad resulta intransferible, el silenciamiento de su sentido se impone como irremontable.

⁸ Si alguien - dado de manera escasa a las formalidades- quisiese llevar las cosas hasta los extremos máximos de incomodidad, indagase por el real lugar del autor de este escrito, sería muy fácil zafarse de la trampa respondiendo que no aparece retratado allí menos que cualquiera; y, al tiempo, tanto como el propio indagante; por supuesto portando sus propias especificidades; aunque, de hecho, la explicitación de las mismas poco aportaría al interés de esta reflexión. En cambio, sería mucho más complicado, si con igual o más arbitraria saña, nuestro supuesto cuestionador pretendiera denunciar, que detrás de la mona de Kafka en realidad se esconde la más agresiva y hostil generalización en referencia con el género femenino. Lo cierto es que es difícil que Kafka estuviera aspirando a colar en su ficción una impertinencia tal. Más válido habría de ser reconocer, que como en toda circunstancia

TRES. Ese impedimento, esa incompetencia, se concentran en la mirada de ella que lo descifra todo desde que todo lo calla; en realidad, desde que pareciera no saber nada, para consolidarse en su más plena enajenación. Libertad cercenada, tajantemente convertida sin más, en aire imperceptible de sinrazón; locura, amarrada desde el aplastante sometimiento; desde la esclavitud, ilustrada por esa su obediencia ciega; retrato de sí, que le habla al hombre-simio más de la verdad de él, que de su propia circunstancia; y, que si lo hace desde afuera, ha de ser apenas para que resulte siendo tanto más cierto en relación con la condición interior; la cual, de otro modo, resulta inaprensible, imprevisto espejo: más que devolver imágenes, repone en camuflado un doble, en tanto tal, repudiado; alternativa única de real complemento sin embargo, desde el encubrimiento que se impone a su directa y primaria asunción. Se trata de la emergencia de lo humano a partir de lo animal; de la latencia de lo animal en referencia con lo humano, ahora dominante; forzosa unidad, que al tiempo les excluye y repudia.

Y, en Kafka, las connotaciones de esto resultan siendo aún más problemáticas; como que vuelven a contraponerse más allá de lo soportable

En el amor -impedido desde el más escueto ejercicio de la sexualidad- se ilustra lo trágico, al tiempo que se recupera la más pertinente opción de la ficción (más verdadera que lo verdadero; como de hecho, desde su oferta literaria, siempre quiso Kafka que aconteciera).

CUATRO. Veámoslo de nuevo ahora.

Se ha dicho antes: Kafka, en el comienzo de su escrito, hace mención al término evolución; y es así por ello, como al menos existe un obvio primer enlace con Darwin. Pues bien, a medida que se ha avanzado en este escrito lo cierto es que se hace cada vez más visible, que donde Darwin ordena y halla rutas decisivas de enlace, acaso Freud sólo empiece a coincidir de modo mínimo; mientras Kafka allí, descrea con toda radicalidad.

Pero no importa mucho este reconocimiento retrospectivo. Cuanto ello permite ver - y es por esto que torna de prioritaria validez- es la compartida incapacidad, tanto de Darwin como de Freud; no sólo para adivinar ese otro polo; para asumirlo como prioritario, como tanto o más definitorio y en tanto tal, decisivo para ubicar la resultante que es en la actualidad lo humano, reconocido a nivel de sus resultantes como modalidades consolidadas a partir del desbordante despliegue de lo tecnológico. Acaso Kafka lo ignorara igual, pero su condición artística permitió que lo previera de un modo indirecto, anunciándolo incluso con toda contundencia.

Sin duda, ha de ser por esa vía de la metamórfica humano-tecnológica, que lo animal en lo humano se escinde cada vez más, tal cual lo ilustran las actuales resultantes

metafórica, la semejanza marca en concretos niveles, y su incidencia no sólo se reduce de modo progresivo ahí, hacia la periferia de su influencia, sino que se detiene a partir de un determinado punto, en cuanto deja de ser válida y pertinente. Es claro que Kafka ha escrito lo suyo, y primero que todo alude al encuentro erótico como irremontable punta de animalidad. Quien quiera llevar más lejos de allí las cosas tendrá que cargar con ello. Y quien lea con seriedad este texto, sabrá hasta dónde está lejos de pretender aprobar o sostener tan burdas derivaciones.

En realidad, sin tanto alarde pendenciero, la verdad es que el impedimento de la simia para instalarse como mujer, hace no sólo posible la opción erótica para Pedro el Rojo; de hecho, delata la insuficiencia humana de su mutación; la peculiaridad de un cambio, de modo inevitable a mitad de camino; y, que en tanto tal exige más bien reconocimiento de intransferible especificidad. Pedro el Rojo es un linderal; y acaso es ese sesgo decisivo, lo que le hace de manera paradójica, más simio que simio alguno; y, sobre todo, más humano que cualquier humano.

individuales y de conjunto. Toda adaptación humana, y acaso toda adaptación posible, resulta ser -ahora y a partir de entonces- adaptación a la Obra, al punto de hacer, de todo lo humano, inevitable obra ya. Ello tiene efectos directos -no siempre luminosos- sobre lo humano; ni siquiera en referencia con el despliegue y reproducción de lo tecnológico son indiscutibles constantes de progreso.

CINCO. Definir lo humano como lo escindido es de cuanto se trata. Ni Freud ni Darwin -ni los tres juntos, dado que se les ha sumado Kafka- lograrían re-equilibrar las cosas en tanto ellos no incluyen esta clave de imprevisto desborde desde lo tecnológico; la verdad es que escribieron en una época donde el despliegue de la Obra humana difícilmente permitía sospechar una avalancha tal.

Así pues -tal cual Freud, quien para armar su oferta de interpretación a propósito del origen de lo humano, sumó a Darwin con Atkinson y Robinson Smith- podría señalarse a su vez, cómo el aporte de Darwin aparece resaltado ahora a título de reconocimiento del trasfondo que comporta lo animal, en tanto anexado a partir de aquí al despliegue de la reflexión freudiana, y en cuanto respuesta relacionada con las consecuencias de la reclusión humana del simio. Y cómo -a pesar de no lograr entrecerarse aún con ello las marcas extremas de lo tecnológico, que en la actualidad inciden, de un modo radical e imprevisto, a nivel de las humanas resultantes- ambos a su vez, sólo tornan actuales, y de un modo simultáneo, desde que -por encima de toda posible humana evolución- logra Kafka descifrar cualquier factible progreso más bien como consecuencia involutiva inevitable.

SEIS. Nada excluye desde entonces, que en cambio de solazarse allí con una fácil y por ende odiosa refutación, se intenten recuperar los hilos donde el compartido aporte resulta preclaro e inigualable.

Bastará con reconocer apenas que de un modo -más que visible en la actualidad- la evolución sin duda es en lo humano del orden de lo alo-plástico -de la modificación hacia y desde afuera- y no de lo auto-plástico -o sea, a partir de la propia metamorfosis que muta desde adentro-.

A nivel auto-plástico cabría más fácilmente prever involución. Y esto -ahora de nuevo, tan obvio y evidente- a pesar de la insistencia de Kafka, pareciera haberse olvidado. De hecho, existe una gran diferencia entre las marcas sobre lo individual, en contraste con los registros que se hacen sólo reconocibles a nivel del colectivo.

Pues bien, bastará con asumir esta condición de lo humano (tecnológico-evolutivo, íntimo-involutivo), para conseguir replantear los asuntos, re-armando así los soportes necesarios que se imponen en una reflexión renovada, a partir de entonces plena de promesas y develamientos.

Y ha de ser, sólo en tanto incluida esta condición, que esas ofertas de pensamiento sostenidas por Freud y por Darwin -iluminados desde el aporte de Kafka, hasta entonces desconectado de ellos- vuelven a brillar, a recuperar sus lugares, a hacerse urgentes e indispensables, a reinstalarse en su pertinencia, en su validez contemporánea.

COMPLEMENTO FILOSÓFICO⁹

LA SILLA DE DOS PATAS

UNO. Con miras a conseguir un mínimo de validación de la tarea emprendida habría que intentar ilustrar de un modo más explícito el soporte de base que da paso a las anteriores cuestiones y que no se restringe al rastreo predominante, escueto, del texto de Kafka; si bien latentes en el escrito kafkiano, ubicar asuntos, no necesariamente literarios.

De hecho, no deja de ser insuficiente el inicio de enlace, hasta ahora propuesto aquí entre Kafka, Darwin y Freud, a la luz de una oferta comparada que intenta iluminar, un paso más allá, las consecuencias que comporta el enlace evolutivo entre el simio y el humano, y desde allí, hasta las actuales consolidaciones y resultantes.

A su vez, a lo clínico- estético se le deberá reconocer un trasfondo trans-disciplinar ya, que ni se agota ni se remonta, por el sólo hecho de tomar por asunto un relato de ficción (aún tratándose de alguien tan incomparable como Kafka, a quien por lo demás más bien habría de incomodarle que se le sometiera a la tortura de tanta combinatoria y exploración extraña).

DOS. ¿Qué otra interpretación admite pues el escrito de Kafka que no sea versión forzada, y en cambio sí, oferta más honda y pertinente?

Toda lectura puede ser literal o develativa; es en su literalidad donde puede resultar grosero el recurso.

Retomando un poco las cosas desde lo más elemental, se trata de hecho de un mono, que transformado en humano, opta por la ruta de lo circense; para no dejarse encerrar en un zoológico, deberá terminar creciendo de lado de lo humano; incluso, disertando ante importantes académicos.

Esta es una manera resumida y literal de contar, a propósito del escrito de Kafka. Pero existen rastros más sutiles que son los que le dan a ese texto lugar decisivo. También allí, Kafka se preocupa por dejar claras señales. Mírese si no, la última frase con la cual el mono kafkiano termina rematando su discurso.

No se trata pues de “informar” también aquí, sobre un relato concreto, que entonces podría ser cualquier otro; es que entre líneas, partiendo de allí, cabe a su vez encontrar rutas inexploradas en el abordaje de esos dos pensamientos, a su vez determinantes si es que se busca dar cuenta de marcas que deciden el modelo humano contemporáneo: la obra de Freud y el aporte de Darwin.

TRES. El escrito de Kafka permite resolver en uno dos asuntos que retratan polarizados, tanto Darwin como Freud. Hablamos de la doble ruta humana, ya sea en tanto etiología de la especie, o bien en cuanto dimensión individual, la más intangible e íntima (no por ello menos decisiva).

⁹ Dada la condición especializada de este apartado se sugiere la lectura del libro de Schopenhauer “El mundo como voluntad y representación”, o al menos del ensayo de Thomas Mann sobre este filósofo, en el volumen “Schopenhauer, Nietzsche, Freud”. Bruguera, Ed. Barcelona, 1984.

Si bien se alude a tendencias dominantes en esas producciones, lo cierto es que si el individuo significa para Darwin, es en tanto derivación obligada de la cobertura de la especie; siendo esta última prioritaria y dominante allí.

A su vez, la aspiración clínica freudiana ilustra a las claras, que independientemente de conclusiones y desciframientos teóricos, aún los más generalizados, todo se produce con miras a dar cuenta de lo más específico.

Ahora bien, en cuanto tanto se asuma que Pedro el Rojo explicita en una sola resultante, tanto un ente individual como la especie misma, el escrito de Kafka que sería apenas una ficción curiosa pero de escasa importancia -dado que se permite tal licencia factible sólo como recurso artístico- el sentido del aporte kafkiano resultará imprevisible e inagotable; al menos, se impone una lectura diferente de su texto si se asume esta clave como decisiva.

CUATRO. Si se le mira de modo literal, piénsese en cuan insostenible resulta la idea de que un mono -por el simple hecho de estar cautivo en un cajón y luego de haber sido cruelmente herido en dos oportunidades, por la única circunstancia adicional de ser sometido a reiterados juegos de imitación- empiece sin más a hablar sin restricciones.

Que apenas el simio diga “¡Hola!”, luego de haber aprendido a embriagarse, no sólo es arbitrario hasta lo milagroso, si no que -tanto peor aún- no hace más inteligente su comportamiento al de una lora, que de modo mecánico hiciera otro tanto. Lo inaudito ha de ser que una vez se dice “¡Hola!”, el recorrido por la senda de lo humano torne irreversible, y la predominante -y hasta entonces determinante dimensión simiesca- quede en definitiva, atrás.

Dicho de otro modo, acaso más contundente: es el lenguaje, lo que humaniza; no es la humanización la que genera al acontecimiento del habla.

CINCO. Pero esta operación es imposible sin una licencia que hace caso omiso del tiempo. En efecto, lo inverosímil del asunto estriba en que, de un momento a otro, se dé la posibilidad de un salto tal. En cambio, incluyendo el tiempo inconmensurable como decisivo, e incluso como prioritario, estamos ante una de las derivaciones más reconocibles del pensamiento darwiniano; es cuando aparece el concepto de evolución, tan complejo como develativo.

Pues bien, ello a nivel psicoanalítico tiene a su vez inevitables consecuencias. Si el texto de Kafka resulta -desde esa particular perspectiva, al menos- de manera compleja y esplendorosa, ensamblado con el registro de lo darwiniano, lo cierto es que -de estar de alguna manera presente- el escrito de Kafka sólo aportaría a la aspiración psicoanalítica, acaso de manera, si no forzada, apenas negativa (ha sido resaltado ya, que el escrito kafkiano pareciera rendir tributo de modo más fácil a la oferta comportamental plavloviana, antes de admitir francas dilucidaciones en referencia con los entresijos laberínticos del inconsciente freudiano).

SEIS. Lo cierto es que hasta ahora no se ha intentado aquí más que un entrecruzamiento artístico-científico. Pero este duplo soporte demanda una tercera columna para poderse sostener en pié, dando paso con ello a la mirada transdisciplinar.

Es cuando se impone incluir el decisivo aporte filosófico.

Se trata entonces de Schopenhauer; aunque le anteceda, en buena parte coexistente con Darwin, se entiende que su reconocimiento e influencia sea más visible en el escrito freudiano. Pero resulta indiscutible que Darwin y Schopenhauer se iluminan a

su vez, de un modo decisivo y más íntimo, cuando se les piensa en simultáneo; tan lejanos y próximos al tiempo, el contexto compartido -intangible, aunque no por ello menos determinante- no podrá dejar de reunirles por encima de todo.

SIETE. En su excelente ensayo sobre este filósofo, Thomas Mann recupera una condición principal, explícita ya en la obra de Schopenhauer; sólo que apenas, a partir del tercer libro de “El mundo como voluntad y representación”. Se trata de la retoma de las ideas de Platón, conjuntadas con la cosa en sí de Kant. En efecto, es desde esa confluencia -no necesariamente expresa- que Schopenhauer accede a la consolidación de su oferta integradora según la cual, el más decisivo motor que unifica lo existente, es la voluntad.

Subordinadas las ideas a esta condición que les precede y soporta (la cosa en sí kantiana), es ello cuanto permite a Schopenhauer ponerle un nombre a lo innombrable; llamar voluntad, a la cosa en sí.

En efecto, dada la irreductibilidad de la cosa en sí; dado el impedimento tajante para capturarla y precisarla -al menos, cuando se trata de la oferta kantiana; o sea, en tanto reconocida en negativo como inexpugnable- Schopenhauer sin embargo, contando con el apoyo y la mediación de las ideas platónicas le hallaría la más precisa localización al reconocerla como voluntad envolvente y no menos irreductible.

OCHO. Allí comienza el problema, pues esa voluntad para Schopenhauer, no es divina; no presupone a Dios, ni parte de ningún sujeto intencional y libre. La voluntad es una fuerza ciega e inagotable que da cuenta incluso del sujeto, el cual -por ella misma- podrá nombrarla y demarcarla, tornándola así tanto más indescifrable.

A pesar de ello, son las ideas platónicas las que entonces la ordenan y ajustan a las exigencias de la representación.

Sin embargo, presentes de nuevo más acá de la magia del desciframiento conceptual del filósofo griego -acaso indispensables sí para ordenar lo indómito, pero gratuitas e inexplicables en su emergencia misma- las ideas platónicas, ni aún cancelando a Dios, podrán acceder al encuentro con la oferta kantiana, de un modo inocente y complementario.

Como fuere, sin ese Dios indispensable, aún en sus niveles más irracionales la voluntad re-presenta; está obligada a la representación. Y la representación comporta sucesión, ritmo, ordenamiento. Es por ello, que Schopenhauer coloca entre los extremos de la voluntad y la representación, la urgencia del objeto y del sujeto, sin lo cual todo ese disertar, no sólo carecería de justificación y mínimo soporte, sino que resultaría siendo -si no inexistente- al menos sí, ingraciable.

NUEVE. O sea, la representación es la manera como el individuo, resuelto en puro sujeto cognoscente, accede al reconocimiento del objeto, como directas encarnaciones de la voluntad. O sea, expresada de mil modos, más acá de la escueta y ciega voluntad, se impone la representación. Por todo ello, ha de ser la voluntad en tanto tal, cuanto resulta impedida para sostenerse en la plenitud de su envolvencia; impotente para darse a conocer de manera directa.

O sea: la voluntad y la representación en tanto contrapuestas -así ambas, una para la otra a su vez resulten indispensables- sólo es posible que se reúnan allí donde el ser humano conoce y razona.

Es esta la condición que le hace saber de sí al ser humano y que, desde entonces, le ordena (al tiempo que le condena al reconocimiento de la tiranía de lo

representativo). Desde entonces, por decirlo de ese modo, desde que lo humano la aprehende, la voluntad es voluntad de representación, voluntad para la representación.

DIEZ. Sin Dios obligatorio, el sujeto del conocimiento que el ser humano porta, debe dar cuenta del conjunto de los fenómenos y de cuanto les subtiende. Y así se supiera hasta dónde el sujeto, en tanto accede a su condición más paradigmática, en última y en primera instancia sea el propio Dios, visto a nivel humano en cambio -a la manera al menos de como lo quisiera asumir Schopenhauer- se habría de concluir que ello sólo podría resultar siendo válido en tanto se reconociera que el tal sujeto solo podría ser al tiempo tan propio, como de modo inaprensible, ajeno; o sea, en tanto pasa por el reconocimiento de la presencia de lo inconsciente. Sólo en tanto inconsciente, el sujeto podrá ser tal; y, sólo desde su accionar, se arma conciencia.

ONCE. Esas ideas platónicas reconocidas entre la voluntad y la representación como primeras claves ordenadoras, de ser inevitables, ni son de origen divino ni podrán resultar siendo ajenas del entendimiento y la razón.

Por lo demás, si el mundo de las representaciones pasa por los a priori kantianos (como son el espacio, el tiempo, la causalidad), entonces la voluntad no debiera tampoco ser ajena del entendimiento y a la razón.

La cosa en sí, aún siendo no menos nombrada, era otra cuestión, desde que se le asumía como imposible de ser reconocida y reaprehendida; desde que se le definía como lo impedido para el reconocimiento y la apropiación. La voluntad por más ciega que fuere, en tanto concepto inapelable, ha de ser reconocimiento de la cosa en sí, y ha de justificarse así. Como si desde entonces, la cosa en sí fuera una suerte de primera idea y sólo en tanto tal reconocible.

DOCE. No siendo la voluntad menos irracional y ciega por ello, cabría indagar por el real aporte, que con su renovada oferta Schopenhauer suma a Platón y a Kant.

Sólo si se trata de la fuerza que accede por vía humana hasta la idea, la voluntad será la forma como en retrospectiva la fuerza ciega de conjunto torna lúcida y hace conciencia de sí; de modo, al tiempo, recluyente e insalvable.

Pero la fuerza tendría desde entonces que resolver algo aún más exigente ¿Cómo pues llega a hacerse voluntad, no sólo representativa de manera inagotable; por ello, incluso, autodescifrate?

La evidente justificación de Schopenhauer a partir de allí, ni resuelve los baches de su aporte, ni la redondez de sus conclusiones.

TRECE. El sesgo más original de la propuesta es al tiempo su trampa. Trampa, además, sólo por imprevista; pues, de haber sido captada hubiera dado paso al reconocimiento del punto a partir del cual, nominando lo innombrable, se ordena.

O sea que Kant ya incluía a Platón, por el sólo hecho de llamar cosa en sí a lo inefable. En cambio de partir del reconocimiento de un error definitorio -que si bien se ve, por sí solo impondría el replanteamiento de la filosofía toda- Schopenhauer lo convalida para convertirse en un eslabón más de la cadena.

De su parte -dígase cuanto se diga- la condición del inconsciente freudiano rinde tributo, más a la cosa en sí kantiana que a la voluntad de Schopenhauer (en la cual, de un modo u otro, la cosa en sí resulta resometida por las ideas platónicas).

Pero ¿hasta dónde, por sólo ello, genera Freud el verdadero paso a dar?

CATORCE. ¿Se podría estar en este punto traicionando la oferta de Schopenhauer? De hecho, Schopenhauer nombra la voluntad, pero no le asigna contenido; al menos, en tanto supuesta condición preclara; no es ni intencional ni libre, y -así pueda acceder a posteriori por la vía de la representación a la presencia- no es conciente; y no deja de ser ciega, aunque se le instale en niveles de objetivación humana; en tanto tal, supuestamente superior.

Al objetivarse desde el recurso de lo representativo, accede no sólo al indispensable ordenamiento de las ideas; se incluye en las claves de lo valorativo.

A decir verdad, Schopenhauer no resuelve esta contraposición entre la voluntad como tal y la voluntad en tanto representada a nivel humano.

De hecho, la progresiva complejización representativa que lleva de lo inorgánico a lo orgánico, Schopenhauer no vacila en reconocerla como del orden, o bien de lo inferior, o bien -en cambio- de lo superior. Y de allí a la inclusión de Dios, no hay más que un paso. Puede que Schopenhauer explicita en más de una ocasión su convicción atea, pero ello no le hace menos religioso; tanto más cierto aún: ella no le extrae de la lista de los grandes moralistas.

Lo moral encubre el impedimento para develar la verdad. Y esto no es menos válido en este punto. Pues bien, es en tanto desconoce circunstancias decisivas a nivel de ese paso, que Schopenhauer torna valorativo.

QUINCE. Incluso, si se incluyera a Dios a nivel de las posibilidades que deja la imposibilidad de descifrar la cosa en sí kantiana, si se tratase de la cosa en sí, Dios se haría a su vez -por sólo ello- una posibilidad indemostrable.

En sana lógica, Dios no se podría ni negar ni afirmar. Pertenece al registro de la creencia que ilustra hasta dónde, lo enigmático se busca siempre llenar, aún con procedimientos no razonados.

Dada en cambio la voluntad, nada excluye -a pesar de cuanto alegue Schopenhauer- que se instale en ese punto a Dios y a la moral; y se reconozca como demostrativa de sus presencias allí la inevitable y desde entonces comandante condición, de las platónicas ideas.

Y no es que se esté aquí contra Dios, ni cosa parecida; es que Schopenhauer renuncia a Él y se sorprende de terminar coincidiendo con los registros donde se instalan las aspiraciones religiosas.

Lo que sucede es que Schopenhauer quiere seguir siendo kantiano sin renunciar a ser platónico; y ello, aún más que hasta Kant, le lleva a inesperadas consecuencias.

DIECISEIS. Con el concepto de inconsciente, Freud recompone la cosa en sí y la hace sostenible, aún a nivel de las más complejas objetivaciones de la voluntad. Reamarras la cosa en sí con la voluntad, no en tanto las fusiona; sí, en cambio, en cuanto las distingue, recomponiendo para ambas su fortaleza negativa; desprendiéndoles de la aspiración ordenadora, luminosa, que las ideas platónicas demandan.

A Freud -no sólo clínico, como se ve; de hecho -a pesar de ello- de manera refinada, estético; pues, también es cierto, que resulta impedido para armar dominante versión clínico-estética- a Freud pues, como a Kafka, le interesa más la mítica platónica que la racionalidad filosófica, la cual al tiempo se incluye a partir de allí.

Desde entonces, es esta apuesta por la irracionalidad como condición fundante, cuanto si bien se ve, más allá de toda posible contraposición, incluso logra enlazar desde Freud, a éste, con Darwin; y, a ambos, con Kafka.

DIECISIETE. A partir de entonces, conviene decir que en todos ellos, más que de pesimismo, se trata de irracionalidad y de negatividad creadora.

Es sólo así como Schopenhauer, dando una vuelta de campana a sus más caras y equívocas intenciones, más allá de imprecisiones y de impedimentos encuentra lugar pertinente en ese listado.

Sin olvidar que Darwin sabe colocar un acento decisivo, allí donde Schopenhauer pasa de largo.

En efecto, se trata de pensar la vida más acá de la voluntad generalizada, donde lo inorgánico se representa.

No pueden desde entonces ser los mismos los criterios que nombren y decidan sobre tales indiscutibles especificidades y diferencias, que la sola presencia de la vida incluye.

DIECIOCHO. Y conste que Schopenhauer intuye esta creciente liberación de la voluntad, en la medida en que su expresión representativa crece y se multiplica. Pero, la urgencia de lo uno -apelado voluntad por Schopenhauer, supuestamente para siempre- impide a éste reconocer la urgencia invasora de lo múltiple, que de modo creciente habrá de invadir lo uno, a partir de entonces; al menos, desde que la vida hace presencia.

¿Y que es lo múltiple invadiendo lo uno, si no la dominancia indiscutible de lo estético, cuya potencia prioritaria puede, desde lo humano, llegar incluso no sólo hasta las alturas de la más perfecta expresión de lo artístico, sino también hasta la desmesura; hasta las simas mismas de lo terrorista?

De igual modo, Freud hará con la dimensión de lo psíquico, donde la voluntad cae en la trampa de su propia ceguera, al tiempo que accede a la máxima lucidez.

Sin un concepto como el de inconsciente, esta simultánea y contradictoria circunstancia resultaría irremontable.

O sea, que a la imprevista estética darwiniana -sólo visible a la luz que propicia esta lente, sobre todo impensada por el propio Darwin (estética inconsciente)- se sumaría la visión clínica freudiana; la cual, a su vez, en tanto no logra incluir lo clínico-estético, impide hacer visible la urgencia trans-disciplinar; única alternativa que podría dar cuenta de cuanto Darwin desconoce en el nivel más íntimo y decisivo.

EL OLVIDO DEL SIMIO

INTRODUCCIÓN

UNO. Se trata pues ahora de la camuflada sexualidad de Pedro el Rojo. A partir de allí, lo demás habrá de venir por añadidura.

La mona de Kafka no es apenas un ser insignificante que infunda lástima. Kafka se ha cuidado de no permitir derivar hacia esa certeza desde que resaltara la locura de

ella, apenas perceptible, más fácilmente inobservable, pero -por encima de todo- presente.

De modo simultáneo, con el tajante impedimento que impone la sumisión -casi esclava- de Pedro el Rojo (el cual, de otro modo, por la vía de la imitación, admitiría acceder hasta el más extremo servilismo, hasta la más radical pasividad), la mona de Kafka expresa y contiene, como un filo tajante, su singular locura.

Ambas formas de esclavitud coexisten en la linderal pareja simio-humana¹⁰; pero, ello hace tanto más sugestivas las implicaciones; se trata, desde entonces, de seres escindidos -difícilmente unificables al menos- desde que se les asume incluidos entre esas contrapuestas polaridades de sometimiento, en esa linderalidad no menos constitutiva, en esa inquietante reclusión.

En ella, una rebelión -silenciosa pero posible- subtiende detrás de esa modalidad suya de esclavitud y la da como locura contenida (asunto que en él, en cambio, se juega del lado de la urgencia de acomodación al mundo de lo humano). Entre esa simia y la mujer que anuncia sin desarrollarla (o sea, más bien como decisivo impedimento), surge la opción de otro relato, el silencio de una narración de complemento, que -como el público invisible analizado con antelación- da paso a un basamento adicional imprevisto; a una nueva columna de soporte, acaso no visible, pero no por ello menos indispensable.

DOS. La incompletez del texto de Kafka podría atribuirse a asuntos tan burdos como el desequilibrio que surge por tratar en corto espacio una cuestión que demanda inagotable extensión: nada menos que el paso desde el mono gruñidor, desde el simio que apenas aúlla, hasta el parlante ser humano.

Con intentos de explicación realista de tal orden, el relato de Kafka tornaría insostenible o de poca monta; lo peor: cerraría el paso a un abordaje que reconociera en esa supuesta incompletez la fortaleza mayor de su aporte.

Decir tan sólo que se trata de una ficción -de entrada asumida con toda radicalidad, al punto de rozar lo inverosímil- no habría de ser suficiente argumento para conseguir con ello desechar de plano la idea de insuficiencia a nivel de lo esencial¹¹.

Debe aceptarse al menos, que no se trata allí de una cuestión empírica; que no se busca retratar una realidad externa, ni en lo posible copiarla; clave a la cual entonces no se debiera obedecer, ajustando por ende las exigencias reproductivas, imitativas, para poderse adecuar al contundente examen de exigida literalidad.

La literatura, por supuesto, no consiste en eso.

Incluso, si reconocida esta intransferible condición de lo literario, se acepta que por encima de toda especificidad, no por ello estaría excluido el poder estarse planteando un mismo asunto, que cabría fuera a su vez abordado -por decir algo- desde la perspectiva de la ciencia; si se asume, por ejemplo, que a pesar de tratarse de una obra de arte, resulta factible la puesta en acto de una situación hipotética -tal cual acontece en ciencia, donde a pesar del empleo de habituales recursos, de modelos hipotéticos, de diversos supuestos, de sumadas variables y de condicionamientos

¹⁰ ¿Cómo llegó ella a ser como él? ¿Es ella apenas simia? ¿Por qué él no escoge a una mujer en cambio, ahora que habla y sabe del deseo, mas allá de la pura descarga sexual? Esa locura de ella ¿de donde procede en realidad?

¹¹ ¿Pedro el Rojo ha cambiado a nivel físico, a partir del momento en que dice “¡Hola!”? ¿Acaso anuncia algo Kafka al respecto? ¿Ha perdido el mono su abundante pelambre? ¿Usa un vestuario que le adecuó a la urgencia de variadas y demandantes circunstancias? ¿Se cepilla los dientes y se baña a diario? ¿Escucha al menos, la radio? ¿Toma bus o se va por los tejados?

En fin, tantas cosas más, de las cuales no se hace la más leve mención.

reforzantes- de igual modo es dable reconocer que no ha de resultar deleznable el procedimiento literario; no porta demérito un empeño como el que, de esa tan peculiar manera, Kafka propone. Si se acepta esto, se entenderá por fin, que más allá de todo ello, se trata de reconocer la presencia de eslabones intermedios de verosimilitud que sacan a primer plano como escándalo, cuanto -de otro modo- resultaría siendo apenas, disimulado, escondido, casi imperceptible, asunto secundario.

TRES. De igual manera, miradas las cosas a nivel de registros, asumidos como rigurosos y exactos, como es el caso de la ciencia; de hecho válidos, hasta donde a nivel humano les es posible serlo, se podría dar paso a partir de allí a objeciones, contundentes y para nada improcedentes, si en perspectiva trans-disciplinar no se asumen a su vez complementos posibles, que sin imponer una renuncia tajante al espíritu disciplinar dominante a esos niveles, permitan enriquecer tales análisis.

Pues bien, de modo semejante, correspondiendo como corresponden a demarcaciones del registro de lo científico, se podría señalar que un empirismo de base a su vez acompaña las ofertas, tanto freudiana como darwiniana¹².

Más tarde o más temprano, torna este empirismo evidente; bien sea en el punto donde la condición explicativa se detiene; fuese en cambio, en los supuestos de los cuales estos autores tuvieron que partir.

Para el caso concreto, sumando -desde el arte- a Kafka, de una parte; de otra -desde la filosofía- a Schopenhauer; y consolidando de ese modo, peculiar soporte multidimensional. Dando a cada registro su preciso lugar; sin exigir a cada oferta más de cuanto pudiera dar; reconociendo, que si bien en su momento pudieron resultar deslumbrantes tales aportes (cada cual a su modo), e incluso hoy, en más de un sentido lo hubieran seguido siendo; desde que lo transdisciplinar se incluye, se impone una nueva localización donde los pesos y los valores específicos de cada formulación tendrían que comportar necesarios reajustes.

CUATRO. Partiendo de lo anterior, se ha querido continuar esta reflexión anexando como nuevo paso la re-lectura de "El origen del hombre". Pensarlo todo desde allí, hace que Darwin y Freud se complementen, e incluso que antagonicen de modo diferente; de hecho, de manera tanto más promisoria. Lo cual no excluye que -cuando ello resulte indispensable- la dimensión filosófica se entremezcle.

Por todo lo hasta ahora anunciado, cuanto sigue no sólo resulta ser un ejercicio obediente a la prolongación de opciones que a nivel de la exposición el recurso trans-disciplinar permite (y que, de hecho, en su dimensión más inmediata, es cuanto le justifica); también, vistas las cosas de un modo más local, se abre paso con ello a nuevos despliegues y debates, de otro modo inadmisibles cuando se les asume como apenas complementarios (que podría ser cuanto se esperase desde versiones adelantadas a partir de los dos primeros apartados de este ensayo).

Es esa la razón por la cual se redacta cuanto sigue, entendido ello como encadenamiento, como indispensable tejido; incluso, allí donde pareciera expuesto todo, apenas como sucesión de temas, como presentación de asuntos en apariencia independientes.

¹² Ni qué decir, que sin ser ciencias del todo exactas las suyas, es claro que la distancia resulta siendo menor que si se tratase de la física o de la química; incluso, la biología resiente menos la diferencia, que cuando se trata de una oferta como el psicoanálisis; en tantos sentidos transgresora de los más tradicionales modelos de reconocida científicidad.

Si a pesar de esto se impone aglutinarles en un armado continuado y pluridimensional, ha de ser en tanto con ello se supone no sólo consolidado el paso hacia conclusiones hasta entonces imprevistas; donde, además, el exigido plus podrá tener mayor posibilidad de explicitación.

Y, si en consecuencia, realizar tal operación permite reconocer la incompletez de la reflexión que antecede a este anexo -insuficiencia también hasta entonces no visible- eso sólo justificaría la pertinencia de cuanto sigue.

ALGO MÁS SOBRE LO UNO Y LO MÚLTIPLE

UNO. Siempre se pensó lo uno como soporte de toda creación y de toda emergencia; lo múltiple, en cambio, como expresión de ello.

Lo cierto es que el criterio que les independiza resulta ser suplementario y en relación con las urgencias del desciframiento teórico.

Se quiere decir, apenas ubicar lo uno no basta para dar por sólo eso redondez a lo múltiple, creyendo así abrir paso a la certeza empírica de su inmediatez.

En realidad, también de modo inseparable en lo múltiple se juega de continuo lo creador; tanto como en lo uno tendría que encarnar lo múltiple de la más decisiva e integrada manera, no siendo ello menos insólito y enigmático.

Pareja inter-relacional, en cambio, sus polos sólo se justifican en tanto éste presupone a aquél, aquél a éste; entronque sin el cual cada uno derivaría impensable; sólo que de ser mirados literalmente así, podrían terminar por resultar siendo injustificables.

Es cuando viene a tomar sentido la opción de lo estético.

El cruce de esas polaridades, en efecto, da paso a su reconocimiento; entendido no sólo como prioridad expresiva; incluso, por encima de todo entendimiento y de toda razón, en tanto estos últimos han de ser ya, despliegues suyos. Modalidades de lo abstracto, de lo universal y de lo general, regidos ellos desde la aspiración de lo uno, enlazan ahora la multiplicidad donde de modo complementario navegan, integrados ya a nivel conceptual lo concreto, lo particular, lo individual.

Y, en el encuentro feliz, excepcional, que reúne la manifestación de lo más individual con la cobertura de lo puro universal, irrumpe la novedad de la singularidad; la cual, en tanto coartada, da paso a la emergencia explosiva de lo singular, punto decisivo donde la desmesura de lo estético estalla siempre¹³.

DOS. Esta pareja que arman la singularidad -“lo único y lo irrepetible” en la resultante- con lo singular -registro de la singularidad coartada- permite e impone renovados abordajes de los asuntos; sobre todo, de aquellos que tratan a propósito de lo anímico; develando de paso al terror como condición nuclear, como referencia fundante.

Es esa la forma que asumen lo uno y lo múltiple en la actualidad, y es a partir de allí que se debe convalidar los aportes de quién fuera: Freud, Darwin, Kafka, Schopenhauer; o de cuanto, de manera ampliada, se quisiera incluir; tanto a nivel de la ciencia, como de la filosofía. Y es a su vez, a partir de allí, como se pueden

¹³ La singularidad, modalidad donde la prelación de lo estético brilla con luz propia, llama a pensar cada unificación como emergencia, como resultante que procede de matrices fundantes (a partir de donde, la expresividad resulta inagotable). Es sólo a posterior, que los conceptos vienen a llenar las expectativas del entendimiento y de la razón.

reconocer y demarcar las claves que a nivel del modelo contemporáneo deciden al arte como crisis.

Ciencia, en tanto cobertura plena que aspira a lo explicativo partiendo del dato empírico; o sea -sin condenarle a ello- en y desde lo informativo (ejemplo de esto, la condición bibliográfica que siempre se exige en ese tipo de trabajos); o bien, a partir de la condición de lo descriptivo; en cuanto, a nivel metodológico, reconocido como obligatorio paso previo (recolección de muestras, recuento de hechos, observación escueta)

(versus)

Arte, como muestra restringida con pretensión de máxima condensación de sentido (posible ilustración: la sucesión de estilos entre pintores, en tanto cada uno aspira a dar siempre algo nuevo, original y propio, en contraste de complemento con cuanto le antecede y le impone de todos modos armar cadena de sucesión, de eslabonamiento)

(versus)

Filosofía, como abstracto concentrado que aspira a dar cuenta de cuantas resultantes concretas irrumpen, siempre subordinadas a esa tiránica sobre-determinación nuclear (ilustración posible de esto, es la contraposición entre filósofos que se niegan a todo encadenamiento, en tanto cada uno, con mayor o con menor vehemencia, explicitándolo o no, aspira a ser “la verdad”, el punto de llegada).

En efecto, desde Platón hasta por lo menos Hegel, de un modo u otro ha sido esa la constante (aunque sin incluir a Nietzsche ni a Heidegger, los cuales, como claves de ruptura con esa tradición consolidan radical diferencia).

Schopenhauer¹⁴ distingue entre concepto e idea (se estaría a nivel del concepto, sin necesidad del recurso filosófico; la idea, en tanto comporta una selección de pensamiento nada común, más bien excepcional, daría paso en cambio al despliegue de la dimensión filosófica propiamente dicha). Aunque conviene resaltar que Schopenhauer habla también allí del genio, con lo cual pareciera aspirar a una cobertura aún mayor. Más fácil sería reconocer, que al no hacer distinciones, el genio delata las tres vías (arte, ciencia, filosofía) como opciones de igual pertinencia; por lo demás, en la actualidad, el lugar del genio resulta ser tan impreciso, que más bien ilustra cuánto de decisivo y de sintomático comporta¹⁵.

LENGUAJE Y ESCRITURA

UNO. Se sabe que los monos en la actualidad no hablan porque su órgano fonador carece de la posibilidad de emitir sonidos consonantes. Sin embargo según Darwin,¹⁶ remotamente una variedad de simio se hizo humana; o sea, que antes de nada habló, por encima de las insuperables restricciones que evidencian las actuales resultantes.

¿Cómo fue posible entonces tal operación, dado que ella ahora resulta imposible para cualquier mono o humano que fuere?

¹⁴ Schopenhauer, A. Op. Cit. P. 241.

¹⁵ ¿Qué hace la diferencia entre el sabio y el genio, entre el artífice y el pensador, entre el creador y el insuperable portador de técnicas y habilidades?

¹⁶ Darwin, Ch. Op. Cit. P. 88.

Acaso entonces el impedimento no resultase siendo tal -cabría argüirse-. Pero ello sería indemostrable ya.¹⁷

Ahora bien -leyera o no a Darwin, se hiciera o no preguntas como estas, supiera de especializaciones y de insalvables impedimentos- es ese el territorio en el cual Kafka ingresa cuando escribe su “Informe para una academia”.

Su oferta sigue sin embargo una ruta, injuntable con la que hubo de seguir Darwin.

¿Cómo, entonces, reunirlos sin estar creando más problemas de cuantos en realidad con ello se lograrán resolver?

Parece indispensable rastrear asuntos intermedios, antes de poder ensayar una opción explicativa apenas pertinente

DOS. De su parte, Freud no sólo es coincidente con Darwin en referencia con el tema del parricidio original. Se podría rastrear, por ejemplo, el aporte darwiniano a través de una sucesión de escritos de Freud, donde este último rearma su oferta pulsional; la cual inicialmente asumiéndose aún como versión instintual, parte de la contraposición entre instintos individuales (de conservación) e instintos sexuales (responsables de la conservación de la especie). Freud termina por reconocer en la contraposición entre eros (pulsión de vida) y thánatos (pulsión de muerte) la clave que define el asunto, luego del reconocimiento de la decisiva marca que la cultura incluye sobre el trasfondo instintual humano.

Es cuando Freud decide apelar pulsiones a los impulsos más primordiales (en tanto afectados, en cuanto modificados a partir del experimento cultural); los cuales en cambio, para el resto de los animales, siguen siendo reconocidos como instintos¹⁸. Pues bien, thánatos (la pulsión de muerte), noción que desde entonces se asume como la más arriesgada y original en esa teoría, ya estaba presente en la reflexión de Schopenhauer.¹⁹

Sin romper aún con su primera teoría de las pulsiones (de conservación y sexuales) y, sin hacer aún explícitas las distinciones entre instinto y pulsión de la demarcación entre principio de placer y principio de realidad, (1911);²⁰ sin por ello detenerse, tal reflexión apenas si logra consolidarse en el “Más allá del principio del placer”, de 1924.

Pues bien, la indudable marca darwiniana a esos niveles ¿cómo negarse que resulta ser tanto o más decisiva?²¹

¹⁷ Como toda pareja de contrarios, si a lo aloplástico y lo autoplástico si se les asume de modo tajante, resultan simplificantes. Es necesario reconocer que hay siempre un juego de intercambios, y hasta de contaminaciones, no menos visibles y decisivos en las diversas resultantes, así más allá prime el decisivo peso de las tendencias. Aquí, ello se evidencia de manera inocultable: es claro que el lenguaje alteró el aparato fonador humano, y no al revés. Y es, a falta de la incorporación aloplástica, que lo autoplástico parece detenerse en el mono; su impedimento es de ese primer orden, entonces. La comparación entre mono y humano hace que el asunto se ofrezca, invirtiendo el sentido de las mutaciones y reduciéndolo todo hasta la variación radical del verdadero discorrir de las cosas.

¹⁸ Lo cual ya por sí solo, si bien se ve, da prelación, involucencia mayor y progresiva, a lo cultural sobre lo animal.

De otra parte el instinto, aún en sus registros más basales, torna problemático, abandona su condición de evidencia, y desde una nueva reflexión se abre campo en pos de reconocimientos adaptativos de inmensa plasticidad, más imprevisible al menos de cuanto por definición se venía asumiendo. Como se recordará, se partía del criterio según el cual lo instintivo era inmodificable, por ejemplo, donde no marcaba la experiencia, donde se trataba de lo innato, etc., etc.

¹⁹ Cf. Schopenhauer, A. Op. Cit. Ps. 314 y 315.

²⁰ Freud, S. “Los dos principios del acaecer psíquico”. OBRAS COMPLETAS. Amorrortu, Ed. Buenos Aires, 1978.

²¹ Cf. Schopenhauer, A. Op. Cit. Por ejemplo, consultar al respecto la página 322.

Podrían incluirse además temas no menos indispensables; dígase, el superyó freudiano y su deuda con asuntos decisivos, que Darwin ya había explicitado; por lo demás, demostrando así que lo científico no es excluyente por necesidad, de los aportes filosóficos. Darwin, en efecto, no duda entonces en resaltar los despliegues que sobre el tema adelantara Kant al abordar el tema del deber.

TRES. La moral en Darwin no es sólo asunto íntimo, personal; a mitad de camino, en cambio, en su involucencia no resulta ser, ni de modo exclusivo colectiva, ni sólo individual; aunque no olvida la clave más envolvente, donde la moral deriva decisiva para la selectiva demarcación que lo social siempre comporta.

La prelación de lo ético, en cambio, y su enlace con lo moral, no parece ser para Darwin asunto indispensable de rescatar.

Pero no es esto escueto problema de Darwin; como que es, acaso por ello, que el problema real así se encubre. En efecto, una vez se asume que lo moral y lo social hacen caso omiso de la cobertura de lo humano, lo universal que define lo ético, desde entonces deriva irrecuperable.

Es claro, que a partir de ese punto -sólo por la vía del reconocimiento de la prelación de lo estético- lo ético podría aspirar a recuperar su lugar. Pues bien, no menos lejos de allí se halla la oferta de Darwin, sin que se pueda afirmar que Freud lo hubiera ubicado tampoco.

Como resulta indudable, hoy por hoy es esa la problemática que decide el devenir de los aconteceres²² que dan su impronta a las resultantes globales de lo humano. Y lo estético no es solución más que en tanto presencia constante, innegable, aún en la exhuberancia y desmesura de las mencionadas emergencias, que en tanto tales, parecieran en cambio refutarle.

Si es que se acepta que en el modelo actual resulta su registro radicalmente boicoteado ¿cuál sería entonces esa vía imprevista que diera a lo ético reinstalación pertinente? ¿Cómo se ordenaría entonces, a partir de allí, el caos estético de las emergencias que es cuanto retrata la actual resultante de conjunto?

CUATRO. Se podría decir de Freud -que asumiéndola como distante al punto de hacerse constitutiva- creó una espacialidad humana de amplio espectro. El inconsciente, visto así, es pues esa territorialidad que recupera para lo humano su condición incluyente, más allá de donde lo social resulta tan selectivo y excluyente que genera indispensable escisión para ser y auto-reproducirse.

Así de hecho, da cuenta Freud de la verdad de Edipo; trocando la ficción, para dar paso por esa ruta obligatoria a la consolidación de toda humana realidad.

Edipo resulta siendo expresión máxima de reconocimiento a la condición determinante de lo estético, desde que siendo un personaje fundido a partir del crisol de la ficción, partiendo del arte, torna -a pesar de ello- tanto más decisivo que cualquier proto-padre y que ningún Dios; al menos, para la consolidación psíquica de las resultantes humanas.

Pero no por tratarse de lo psíquico, el asunto se reduce a lo personal escueto. Siendo pues Edipo para toda realidad humana máxima expresión de ficción fundante, delata incluso la puerta que da sentido a emergencias, en apariencia tan distantes como resulta ser el terrorismo; no por nada, opción de salida, que tarde o temprano ha de estar presente en los registros humanos como dominante, obligada derivación.

²² Habrá de perdonarse esta licencia, pero el verbo sustantivado (los aconteceres) alude a la movilidad y dominancia (también tendría que disculparse esta otra) del conjunto de los acontecimientos; matiz que la mera sumatoria de éstos no logra reflejar.

CINCO. En efecto, en el otro extremo de complemento, más allá de su desgarrante evidencia empírica, es la condición de ficción que decide toda realidad, cuanto el atentado terrorista explicita; y es allí donde resulta ser por tanto, más decisiva la marca suya.

Esa condición de ficción entonces decide y consolida realidad; y es cuanto, por encima de toda reflexión, el terrorismo dispara. La habitual cobertura empírica, atenúa o desaparece de hecho esta verdad primera y última. Pues bien, en el otro extremo del empirismo -de modo paradójico refutándole de raíz desde la máxima inmediatez concebible- en cuanto se consolida núcleo de ficción para las más contundentes realidades, es esta torsión la condición que decide a partir de entonces, la puesta en acto del terror.

Cualesquiera fueren sus manifestaciones, es esa entonces la clave primera para empezar a pensar con rigor el tema del terrorismo, remontando su predominante versión vulgar e ingenua que le da como escueto encadenamiento de atentados.

Y ello sólo, impone diferenciar entre terror propiamente dicho (antes detona defensa) y terrorismo (posterior alarmado defensivo, portador a su vez de adicionales alternativas).

SEIS. Kafka, en su “Informe para una Academia”, hace otro tanto de cuanto aquí se atribuyera a Freud; sólo, que en cambio de consolidar extrañeza fundante a nivel de una territorialidad distante, extrematiza la proximidad; pone por ello frente a los ojos, la verdad del origen, como desde un espejo que deforma la imagen, o que altera y desconfigura la habitual adaptación a las resultantes envolventes.

Quien lee a Kafka se siente por ello inmerso en un mundo extraño, de algún modo onírico o en una dimensión equivalente.

Una vez planteado este paralelo, no resulta impositivo reconocer la presencia latente de Darwin allí; por el contrario, su inclusión enriquece las opciones de enlace y la posibilidad de nuevos despliegues.

Si bien Freud leyó a Darwin y éste le afectó en más de un sentido a nivel de las formulaciones más decisivas de su teoría, no se hace indispensable demostrar una necesaria y equivalente lectura por parte de Kafka de los textos de Darwin, para reconocer una influencia directa y clara de ese pensamiento en tales escritos²³. Es más, cuando se lee a Kafka, resulta inevitable reconocer la presencia de una franca toma de partido frente a tales aportes; y, por sobre todo, ante las consecuencias que impone el despliegue de esas circunstancias; así convenga a su vez aclarar, que no ha sido Kafka en esto literal ni sumiso; por el contrario, ello le ha hecho tanto más original y autónomo.

SIETE. Podría pensarse, que una rigurosa asunción del cuerpo como referente primero e inabandonable en su reflexión, le dificultó reconocer en toda su magnitud, la evolución a Darwin; no sólo como algo dominante; de manera progresiva, presente en lo tecnológico; además, como torsión decisiva donde lo humano resulta subordinado hasta lo involutivo.

²³ No hay contradicción en ello; sucede que el peso y la influencia del pensamiento de Darwin es tal que no se logra evadir, así no se le haya leído de manera directa. Por supuesto, es más que posible que Kafka, si sabía de Freud no resultara tampoco ajeno de Darwin. Y ha de ser ingenuo desconocer -por una vía acaso menos demostrativa aunque más directa y cierta- que sin Darwin, de hecho Kafka no hubiera escrito “El informe para una academia”.

Esto sin embargo pareciera contradecirlo su versión del lenguaje, aunque conviene reconocer que en ningún momento Darwin asume a éste como definida tecnología. El lenguaje pensado como tecnología, a la manera como lo hace Foucault, como presencia ya en todo ordenamiento de suplemento; de hecho presente, a título de intangible armazón con aspiración de autonomía; como distribución peculiar, mucho más acá de la abigarrada sumatoria de máquinas y de despliegues groseramente materiales.

El lenguaje, entendido entonces no como una facultad o un don; menos, como una esencia humana que diferencia a los hombres de modo tajante de los animales, cualesquiera ellos fueren; no sólo tampoco como mero modelo instrumental (si es que se le quisiera mirar también, abstraído desde su condición global); de hecho -a partir de su real sentido tecnológico- como aspiración independiente donde en cambio termina siendo el ser humano instrumento del lenguaje (tal cual en su momento lo explicitara Heidegger).

OCHO. Más que una habilidad o que una fortaleza, el lenguaje entendido como la forma más contundente de tiranía de la Obra, y de sometimiento a ella; encarcelamiento, reclusión, que la Obra impone a su inaugural generador; el cual, contra toda ilusión y contra toda empírica evidencia, al final y de entrada, resulta siendo efecto suyo, producto tecnológico él mismo; de manera dupla, y cada vez, tanto más²⁴.

Además -como producto tecnológico, coexistente con el artefacto máquico que lo humano es, en tanto reconocido como unidad desgarrada que se ilusiona con completarse desde incrementados suplementos- el lenguaje evoluciona e involuciona a su vez; tal cual acaece con su supuesto empleador y creador.

De hecho -dirá Darwin ya- cada palabra, cada giro idiomático, pugna de igual modo por la sobrevivencia; sometido a idénticas leyes de selección; sólo, que como resultan siendo, aquellas que connotan el despliegue de lo natural.

Lo cierto es que el modelo de conjunto que el lenguaje es, consigue imponer su autoreproducción como cualquier especie otra; pugnar por ella, más allá de cualquier prelación posible o pensable.

Y sin embargo -tan cerca de asumir lo tecnológico como envolvente, como predominante modalidad evolutiva para lo humano- Darwin allí, pasa de largo.

Sobredeterminado por la constante definitoria que es lo personal, y dada la urgencia de dar cuenta de los registros de lo psíquico, acontece con Freud igual, de cuanto con el cuerpo, acaeciera a Darwin. En efecto, a nivel de lo clínico, es a partir de ese compensatorio empeño de concreción, desde donde se deciden tanto las restricciones de lo teórico como las especificidades de lo metodológico.

NUEVE. Dada esa doble constricción ¿qué queda pendiente?

Acaso -si en ambos casos se hubieran pensado los asuntos de manera más envolvente y de un modo por ende más integrado- emergería la condición prioritaria, que antes que al lenguaje, incluye a la escritura. O -si se prefiere decirlo de un modo menos

²⁴ Una vez el humano se ofrece como obra él mismo (en cuanto resulta decidido desde la cobertura de la Obra generada por él) todo se recluye dentro de una virtualidad irremontable; es como si los espejos se multiplicaran de modo interminable, y ya no fuera posible salir del laberinto especular que así se arma. Resulta ser ésta, a partir de entonces, la condición que da al doble condición de decisiva involucencia, y que de manera paradójica, impide el paso hacia la apropiación de una real imagen de conjunto desde donde la prospectiva de lo humano pudiese garantizar una creciente y definitiva unificación; y, a partir de allí, una real opción de despliegue.

tajante, y entendiendo que se trata de complementariedades más que de insalvables antagonismos- prima la escritura sobre el lenguaje, y le precede, desde que se la entiende en su más decisiva acepción tecnológica; que en tanto tal cobija incluso a la Ciudad.

La Ciudad, en efecto, a su vez entonces reconocida no tanto como sumatoria empírica de ciudades, ni como inmensa Urbe mundial; más bien, asumida a título de envoltencia escritural; constituida por textos virtuales, por indetenibles, veloces, múltiples, desbordados, intercambios mundiales, cibernéticos, siderales.

Entre la Ciudad (por eso escrita con mayúscula), y la ciudad en particular (escrita en consecuencia con minúscula; ésta sí, en la acepción más habitual y local); o bien, entre la Ciudad y las ciudades (reunidas estas últimas en grupos, o reconocidas incluso como conjunto envolvente, como totalidad plural; armadas las opciones como disímil tejido, unas veces abigarrado, otras, distenso, laxo), desde todo ello pues, crece lo urbano.

Lo urbano, que es la impronta intangible, el alma de Ciudad-ciudad, desde donde la obra humana de conjunto modela las resultantes todas, incluidas las modalidades más íntimas y personales.

Ciudad-escritura, entonces; modelo envolvente, que da como texto a leer cualquier factible resultante, cualquier modalidad de lo urbano, de lo social, de lo humano; es esto cuanto queda pendiente, más acá de Darwin y de Freud.

DIEZ. Existe un objeto determinante en el inagotable conjunto de suplementos materiales que delatan la expresividad de la Obra: se trata del espejo.

El espejo, colocado entre la imagen que libera lo humano de lo simio, y su simultánea condición de artificio fabril; asunto este último, de hecho ignorado por Lacan²⁵.

Este olvido, sin embargo, no es asunto menor. Incluye una decisiva diferencia, la que surge entre reconocerse de modo escueto en un espejo, frente a saberse retratado, resuelto, puesto en marcha, a partir de un producto industrial.

Y hace diferencia ser decidido desde un producto humano, bien se trate del mono, o de la resultante humana más consolidada.

Aunque se diera por sentado que este último asunto no resultara siendo tan decisivo en la demarcación de diferencias entre humanos y monos, dado que los simios pueden con relativa facilidad aprender a reconocerse en el espejo, más allá de la escueta operación de auto-reconocimiento, es allí, en esa segunda condición máquica, donde se debe colocar todo énfasis (de hecho, los monos son incapaces de fabricar espejos).

Otra cosa habrá de ser que ante de todo uso se haga necesario que se produzcan los espejos para ser vendidos a otros; armar empresa, de ese modo; o, sin ir tan lejos, apenas para un uso íntimo; para acicalarse; o para, de modo esporádico, quien allí se mire pueda reconocerse desdoblado, como efecto máquico ya.

Y -dado que existen alternativas especulares varias, de un lado y otro- por supuesto, las consecuencias son unas si se restringe todo a esa local y específica operación, y otras, si en cambio -y es esto lo realmente importante- se ingresa por esa vía de modo definitivo, al mundo de lo virtual envolvente que lo tecnológico comporta; permaneciendo inmerso allí a partir de entonces.

En tanto ampliación de lo habitable, el espejo torna paradigmático, y retrata -antes de nada- el nivel de la asumida capacidad técnica, plástica, de la Obra; se suma a la

²⁵ Cf. Lacan, J. "Escritos". Siglo XXI, Ed. México, 1975.

drástica modificación del entorno; al hacerlo mundo; al tornarlo lugar reconocido y domesticado, a partir de una urgencia indetenible de apropiación.

Como quien dice: remontada distancia que lleva desde la caverna hasta la metrópoli, el recorrido donde se signa la intangible dominación de lo urbano, se ilustra sobre todo a partir de esta manera virtual, que es como el espejo acentúa el vigor de esa condición, la sobredeterminación de esa marca intransferible y definitoria. Y es por ello que el espejo decide lo psíquico como modo de lo urbano.

Pues bien, Kafka no necesitó de este recurso especular en su relato, para dar cuenta de la metamorfosis que lleva desde el mono hasta Pedro el Rojo. Cuán distinto sería “El informe para una Academia” si incluyera esa vía; de hecho, el mono kafkiano es de otra dimensión que el niño lacaniano cuyo psiquismo, aspirando a lo autónomo, se pone en marcha desde que se reconoce en el espejo.

LOCURA Y MIRADA

UNO. Varias obras de Kafka parten del presupuesto de una mutación inesperada, para nada evolutivo-darwiniana.

Sólo que si se piensa todo desde la arbitrariedad que cancela el tiempo, allí donde su sobredimensionada condición resulta de hecho indispensable, si se reconoce como momento, como instante, eso que resulta ser en cambio tan extenso que parece inmedible, se evidencia la contundencia de la evolución; y de un modo tal, como es seguro nunca pudo hacerlo nadie; de pronto, ni siquiera el propio Darwin.

Visto todo desde esta peculiar perspectiva, a partir de esta convalidación, debe reconocerse que el mono kafkiano -el mono que sin saberse cómo, habla; que sin más ni más, dice de pronto “¡Hola!”; está menos cerca del mono de Darwin que del personaje central de “La metamorfosis” (el cual despierta convertido en oruga), o de K. en el “El proceso” (a quién sobreviene una pesquisa jurídica insalvable, tanto como inexplicable, y por encima de todo, sombría, trágica). El animal kafkiano -no siempre un mono, en la obra toda de Kafka- como un leit motiv retrata de continuo y por variadas vías, la condición irremontable de esa primordial procedencia; sombra de modo inevitable presente aquí y allá; inocultable siempre, desde que “sale al sol” cada uno de sus personajes.

Si se radicalizara la aseveración habría de decirse que dentro del universo de la obra de Kafka, a partir de esta clave, los personajes hacen menos diferencia entre sí que en comparación -fuera quien fuese- con cualquier otra criatura. Y ha de ser porque en esa literaria producción, no sólo se trata del mono siempre; es que allí consiste todo en el reconocimiento del lindero donde el humano alarga las opciones de aquél; tanto más, en cuanto de manera creciente el humano pretendiera alejarse.

DOS. Y a pesar de ello -como no sea que se les piense en dimensiones semejantes a las del inconsciente freudiano- existen ambos, mono y humano, conjuntados a partir de definatorias extrañezas; en un mundo que es siempre por ello otro, duplo, impreciso, inubicable, pero cierto; que -sin que se disuelvan nunca los empates que les apuntalan- no les reduce en importancia; que les autonomiza en cambio, desde su singular, fluctuante imprecisión linderal.

En efecto, resulta claro que eso, imposible a la luz de toda razón, de toda empírica dimensión cotidiana, deriva posible en referencia con el registro de lo onírico; como alternativa alucinatoria, o delirante; de hecho, como recurso de ficción. Y es allí

donde se instala la verdad; esa verdad que no se puede reconocer de continuo, que se olvida a cada paso y a cada paso se recupera desde la pendular condición de su total carencia de certeza.

Como fuese, ha de ser sobre esa base y a partir de ella que Kafka en realidad escribe; es asumiendo el reconocimiento de la condición definitoria de esos registros, desde donde él toma la materia prima para sus relatos. Hacer normal lo más en extremo anormal es tan habitual en el proceder literario kafkiano, que si esto se desconociera, resultaría esa obra inexpugnable.

Kafka crea un mundo aparte, un mundo que no copia al existente, y -como en los sueños- toma de ahí la materia prima para sus producciones.

TRES. Asumido todo así, caben preguntas decisivas, no menos hondas de cuantas sobrevienen cuando se trata de realidades más tangibles. Por ejemplo, asumido que no se da en ella habla ¿cómo es posible la locura de la mona de Kafka -antes que a partir de la vista- en la mirada ya?

Siempre se llegará a lo mismo, pero son muchos hilos los que resultan indispensables en el abordaje de esta ubicua mirada, tejida desde lo más inextricable.

En efecto, deberá decirse que esa locura -peculiar si se apuntala desde los meros ojos- ha de ser escueto salvajismo, ciega fuerza anunciada, un paso antes del ataque inevitable. La locura, reconocida en la mirada en cambio, en la hondura que va más lejos de la periferia de los órganos de la vista, incluye ya el fondo de un alma desgarrada, compleja, descarriada.

Si se asume el habla-lenguaje, como es habitual hacerlo; o sea, reconociéndole a título de necesario recurso ordenador del caos constitutivo; y, si se le demarca ahora en la mona de Kafka como ausencia que la decide en tanto presencia contenida e impracticable ¿qué es cuanto entonces ello sintomatiza?

CUATRO. Un taco de silencio resulta de entrada encarnado allí en esa simia -quien ha de ser demente de doble manera, desde que no alcanza a reconocerse ella misma como enajenada-; que, en cuanto tal debe serlo desde afuera, a partir de una captación tan peculiar que es imposible generalizarla.

Bloqueo irremontable, presente en esa criatura reclusa en un lindero de sometimiento enajenado.

En fin, asumido desde la mirada el definitorio congelamiento de ese ser instalado para siempre en una línea indetenible e inubicable; visto todo así ¿qué ha de ser esa curiosa modalidad de lenguaje, que ha de decir tanto más, en cuanto antecedente de toda empírica posibilidad de habla?

O sea, la mirada habla desde la locura porque la simia no habla²⁶; de manera diversa de cuanto acontece a su pareja; el cual, en cuanto sí habla, delata cuánto de locura acallada subtiende en el discurrir, personal y de conjunto, de los humanos.

Y, desde ese nudo de desencuentros que hacen saltar los más escondidos enlaces, es sólo el entronque sexual el retrato innegable de una unidad; no por esquivas menos decisiva; pues, a pesar de contundentes apariencias -incluidas radicales e injuntables resultantes- ellas no logran domeñarle.

CINCO. ¿Cómo se tendría que abordar entonces tal desconexión entre habla y lenguaje, dado que esa locura no sólo habla como mirada; en realidad, grita (sutil y condensada; explosiva y afilada; como mensaje sin fondo, sin límites; significando,

²⁶ De hecho, en el escrito de Kafka, ella no habla; y, dado que se trata de un texto literario, no ha de ser indispensable por tanto, incluir en ésto duda alguna.

sin embargo, desde la más radical de las desmesuras)? Y ¿qué suma al impedimento para ingresar en el sonido articulado, una sexualidad que extiende su lindero hasta territorios de imprevistos horizontes; que amplía, de manera desmedida, “eso” que hasta entonces fuera una fina línea decidiendo lo insalvable, lo irremontable? ¿De qué se trata al interior de ese comercio erótico? ¿Es mera sumisión instintual? ¿Consiste en cambio en una solución delirante, en tanto no se decide a ser ni necesidad real ni garantizado deseo, y en cuanto encuentra sólo estabilización posible en lo más linderal, desde que arma territorio imprevisto, donde sólo se presupuso tal irremontable línea de demarcación?

Vistas de esa manera las cosas ¿qué hay más allá de lo ya resaltado?

SEIS. La simia, más que impedida para el habla es, desde entonces, alguien que calla. Y ello no es mera sutileza verbal; comporta hondas significaciones; implica decisivas y generales claves, que no son apenas recursos individuales, intransferibles, irremontables. En el silencio se da cuanto el lenguaje-habla no logra unificar.

El lenguaje -aún reconocido allí como habla impedida- no sólo ha de ser entonces operación vedada, que de darse, armaría sometimiento desde lo simbólico y sobre lo real.²⁷

En tanto consecuencia -congelada a partir de “eso” innombrable; tanto como, condición de base para todo factible discurso de “eso” que hace burla, que arma denuncia materializada a partir de la imprecisa instalación en el origen (aún tanto más innegable e incapturable)- más acá de ello, se trata de hecho de otra cosa.

Siendo esa simia indiscutible antesala para lo humano; figura encarnada, puesta a la vista, indudable y presente tanto como inaprensible, esa mirada suya sobre todo marca una ruta que porta su propio e imprevisible cuaderno de bitácora; en tanto modelo irrealizado, apuntala territorialidades tan diversas como imprevistas; de la manera más imposible de evadir y del modo más directo, en tanto registro de continuidad discontinua, repone el abismo infranqueable, el agujero que separa, que distancia sin remedio de lo más inmediato.

SIETE. Mirada entonces que impone sumar esa extraña circunstancia que le completa y precisa. O sea: en cuanto apenas perceptible por quien, si bien resulta ser en realidad más que un niño, deriva tan diferente de éste, que en su salida del simio que fuera, si de algo carece ha de ser de experiencia infantil; resulta ser humano de un modo tan reciente, y olvida tan pronto su pasado, que es esa la clave de su condición irremontable de personaje de ficción; a su vez, pasado semejante de ese otro que de su parte, ella, la simia de sus nocturnales encuentros, no lograra trascender.

Mirada puesta en ella, como un recuerdo impedido y colocada sobre esos especulares ojos de complemento, que casi han dejado de ver; perdidos como se hallan en el puro mirar, sin norte, sin apuntalamiento de realidad; allí donde apenas la ceguera del sexo llama; en el punto exacto donde lo erótico estalla y se desfoga; único sitio de posible reencuentro; allí, Pedro el Rojo se refunde y ensambla de nuevo, por encima de toda aspiración de coherencia.

OCHO. Es por esto que la sexualidad hace caso omiso; y a su manera ha de hacerlo la locura, también por fuera del discurso; no sólo reunidas a título de estados fundantes; tanto más fuerte aún su fusión en cuanto más difícil de mostrar, se impone

²⁷ Cf. Lacan, J. Op. Cit.

ésta además como sostenido caos en ejercicio; por ello externa del habla. Peor aún: en el punto más paradójico, presente a su vez dentro de ella; en consonancia con el más puro impedimento de intercambio, su locura dialoga con su sexualidad, y de ese modo se estabiliza y domestica.

No ha de tratarse entonces de una reconocida locura humana; aunque al tiempo debe aceptarse que no podría ser más que una locura inoculada desde lo humano.

No habría necesidad de recordar de nuevo para la confirmación de todo ello, que se trata de una simia domesticada, ingresada al mundo de lo humano de manera forzada. Y no sobra recalcar tampoco que ella, la enigmática simia, no porta respuesta recíproca; que se instala a título de dolorida caricatura, como parodia rehecha, a partir del más radical bloqueo; apenas como mueca vacua, sólo por ello enajenada. Personaje, al cual apenas se le nombra para que de modo inagotable -por sólo ello- lo diga todo.

Pues bien -más allá de esto y al tiempo como decisiva síntesis, para que exista enlace entre habla impedida y lenguaje inoculable- esa mirada ha de ser por sobre todo texto; escrito, que a la manera de un palimpsesto, es sólo factible de lectura desde un único lugar irreplicable; ensambla en un encuentro de excepción, en la más pura realización de lo irrealizable; remontando, sin más, todo impedimento; yendo de modo directo al fondo de lo más esencial, de lo más intangible; de manera plena, hasta lo inefable. Que es desde donde todo en realidad habla.

NUEVE. ¿Por qué tanta insidiosa permanencia en el asunto?

Es el tema el que ronda, sin entregar su más acendrado secreto sólo hasta después de todas las indispensables auscultaciones.

Si es que se acepta ligarle con una cuestión más próxima a lo humano, la verdad es que la sexualidad entre Pedro el Rojo y su amante simia, adiciona una clave imprevista.

Se trata de las razas.

Algunos autores contemporáneos de Darwin, en efecto, pretendieron suponer la urgencia de distinguir al interior de lo humano, las diferentes razas como especies disímiles.

A ese debate alude en varios momentos de su escrito Darwin, sobre todo en el capítulo, que en el libro suyo citado aquí, cierra su reflexión.

Lo cierto es que la opción reproductiva, posible por encima de toda recalcada diferencia que delata por sí sola contundente unidad humana de base, en nada y por nada interferida, debiera haber sido desde siempre razón suficiente para reconocer un franco desafuero en la duda respecto de esa verdad de a puño.

DIEZ. No por que sí, Darwin parte de ese reconocimiento.

En cambio, la confusión de las razas con especies, tan en boga en la época en que escribiera este autor, y el intenso debate desatado entonces a propósito de ello, delatan hasta qué punto el asunto parecía todo, menos localizado de manera objetiva.

Por encima de toda contradicción y de toda posible inhumanidad y divergencia, y aunque pareciera inaudito, esa deuda conceptual -casi invisible ahora- que hace de lo humano unidad indiscutida, bastaría por sí misma para entronizar a Darwin en un lugar de privilegio.

Antes de Darwin, lo humano ni siquiera sabía de su unidad conceptual; sólo después de él, sólo por él, hoy en día nadie duda de ello.

Y es esto tan complejo y dramático, que se impuso el doloroso paso por el fascismo-nazismo, antes de conseguir apuntalarse. Tanto peor aún: nada garantiza que las cosas en este punto -eso sí, por distintas razones- no pudieran de pronto devolverse.

ONCE. Ha de ser por todo esto que hoy en día ese debate resulta increíble. A nadie se le ocurriría pensar en la actualidad que la especie humana no sea ni haya sido siempre una y la misma. Y sin embargo, a cada paso, las manifestaciones racistas emergen de modo inagotable y de manera inevitable.

Como formación reactiva, la defensa frente al develamiento darwiniano, acaso partiendo de allí, con el tiempo dio paso a la urgencia de hacer extremo tal supuesto, del más arbitrario de los modos. Más allá de toda justificada explicación y generando versiones tendenciosas cuya radicalización llegó a un punto tal que llevó a enlazar de manera directa a Darwin, con derivaciones propias del racismo nazi-fascista.

Los herederos del simio no podían resultar ser los humanos todos. Así fuere de manera indirecta, guardado el asunto más engorroso, siempre habría posibles “chivos expiatorios” que asumieran la pesada carga de tan repudiada herencia.

Antes de pensar las cosas como milagroso proceso metamórfico, la hipervalorización selectiva desde lo social radicalizaría todo del lado de la máxima exclusión. Modelo mórbido en tanto apela a los más radicales recursos, que antes de asumir con orgullo el cambio, desde el imperio de la más desafortunada e irremontable vergüenza, busca ocultar lo inocultable.

De hecho ¿a quién oculta el humano la verdad de lo humano, si no a sí mismo?

Retrato ya de tales manejos extremos y dementes es en última y en primera instancia el terrorismo irrefrenable e irreversible; puesto en marcha de modo desbordado en coincidencia con este particular asunto.

DOCE Es tan extrema esta derivación que de hecho una ruta, visible si se le sabe auscultar, conduce al reconocimiento de un listado de aportes de diversa índole, que casi de modo inexplicable acercó en esta dirección a autores y creadores, de indudable calidad²⁸.

Las claves, que aún hoy llevan a partir de allí al despliegue de defensas (enlazadas con asuntos definitorios, aún siendo asumidas como algo deleznable o inevitable), no sólo conducen a negar la verdad darwiniana, afianzando en cambio “el olvido del mono”; llevan a radicalizar la idealización selectiva de lo humano, con la

²⁸ En el libro “Auge y caída del Tercer Reich” de William L Shirer, texto que tiene como subtítulo “Una historia de la Alemania nazi”. (Luis de Caralt, Editor. Barcelona, 1962) como antecedentes desde donde se arma tan sombrío horizonte, sin atender a antagonismos, intencionales asunciones o inconscientes, parciales, imprevistas tomas de partido, se nombran en un solo paquete allí, a Leibnitz, Kant, Herder, Humboldt, Lessing, Goethe, Schiller, Bach, Beethoven; y más próximos ya a esa emergencia, se alude a quienes se reúnen en la cadena que amarra, desde Bismarck hasta Hitler, y de Fichte a Hegel; enlaces que al final llevan hasta la peligrosa cercanía con Wagner. Es más fácil que no se aluda a Arthur Schopenhauer, y apenas si se mencione a Oswald Spengler; no tanto quizá por que resulten ajenos a esos desvaríos; más bien, por que se prefiere confiar en nombres, menos ilustres pero más evidentes, como Treischke, o Joseph Arthur de Gobineau, diplomático francés este último y hombre de letras, filósofo de cabecera y consejero de Hitler, autor de un libro, tan obvio como su título de modo franco lo explicita: “Ensayo sobre la desigualdad de las razas”.

Lo cierto es que esta inconveniente lista, cuya gravedad resulta inocultable, habla sin embargo más del empleo tendencioso de una supuesta prospectiva imprevista; en cambio asumida sin limitaciones por los nazis, a título de tendenciosa retrospectiva. Si de hecho se pasa por ello demasiado rápido, sin reconocer indiscutibles diferencias, ha de ser por estar el autor empeñado en ser objetivo, allí donde el fantasma del retorno a futuro del asunto (vivido desde una indefensión más que sospechosa) nunca deja de ser amenazante.

consecuencia inevitable e inmediata, de disparar la interna repugnancia, individual, grupal, de clase, o racial, frente a otros modelos humanos, por una u otra razón, considerados inferiores; e imponen con ello, el encubrimiento social que se enriquece y refina a partir de allí, de un modo tal, que nada garantiza que no pueda ello llegar a ser absurdo y demencial.

Visto todo desde esta perspectiva, se podrá entender por qué se asigna a Darwin tales nefastos efectos; y cómo con ello al tiempo se asumen derivaciones y resultantes de conjunto, apenas justificadas como definitorias, e incluso asumidas como vigorosas referencias de cohesión.

A tal punto la selectividad valorativa que decide siempre lo social -la cual gusta renunciar de su condición expresiva de base, a favor de una condición más valorativo-moralizante- repugna del reconocimiento de la escueta involucencia estética que demanda lo humano; único registro donde, si bien se lo ve, el modelo de conjunto se unifica.

LA SOLEDAD EN LAS FRONTERAS

UNO ¿No ha empezado la especie humana a rotar los predominios evolutivos a partir de los géneros, o sea, en el sentido de una naciente evolución de la mujer, contenida hasta hace poco tiempo? Y de modo contrapuesto ¿no ha empezado a evidenciarse la consecuente involución del género masculino?

De ser así, esto demostraría una vez más la sensible y creciente dominancia aloplástica en el despliegue de lo humano, dado que las modificaciones que muestra la mujer son antecedidas por alteraciones de su lugar social, una vez en idéntico registro el modelo masculino agota el predominio de sus fuerzas y de sus formalizaciones.

Sólo que, dado esto en y desde lo social antes que a nivel de metamorfosis corporales, en la dimensión de lo alo-plástico -nunca de modo suficiente, intencional y controlado- habría de reconocerse un más allá irreductible e insoluble, que debiera resolverse en cambio a partir de un modelo más vasto y envolvente; y que consiste en el agotamiento de las formas de todo orden y de la urgencia de su reposición.

DOS. Es allí donde lo estético viene a suplir cuanto lo evolutivo deja apenas apuntalado, dado que no es el conjunto del universo cuanto de manera prioritaria interesa a Darwin abordar.²⁹ Se modifica sí, y ha de ser a partir de esas claves estéticas de intercambio y de suplencia que la vida llega a exacerbar; pero dentro de un corte decisivo que suma a toda continuidad -innegable también- inevitable y multiplicada condición de enigma.

Interesante discusión esta, pues no deja de ser válido que la distinción surge cuando se piensa lo bello y su torsión sexual; incluso a nivel corporal, desde lo animal hasta lo humano. En efecto, el macho animal de contrastantes coloridos frente a las grises apariencias de las hembras, a nivel de lo humano resulta enfrentado con las claves de

²⁹ Aunque no debiera olvidarse que en algún lugar de su obra, Darwin reconoce a la naturaleza la misma condición metamórfica que asigna al conjunto de sus resultantes vitales; no tendría por qué serlo menos el universo, tanto más envolvente. Más bien, se trata de la confirmación de dos posiciones diversas, de un modo u otro presentes siempre desde Heráclito y Parménides -quienes piensan que hay un soporte sostenido e inamovible, y quienes dan pleno dominio al devenir. A partir de allí, entre uno y otro polo se ofrecen múltiples variantes.

atracción, centradas en cambio en la figura femenina. El habitual modelo biológico, en la mujer sufre una inversión inocultable.

¿Por qué acaece esto, si se asume que la evolución humana es cada vez más de orden alo-plástico, antes que auto-plástico?

TRES. Si el cuerpo femenino sufre modificaciones han de ser éstas sobre todo del orden de lo máquico³⁰ y expresan del modo más paradigmático las claves que se rigen desde lo alo-plástico.

Cuanto así se afecta habrá de ser el metamórfico cuerpo femenino,³¹ en cuanto sometido como está por el imperio de lo tecnológico que le imprime sus marcas; sin dar paso por ello a una más tajante y selectiva evolución de género (asumida esta desde la mujer y con una relativa involución, si son vistas las cosas desde el lugar que se les reconoce a los hombres).³²

En tanto orientadas las cosas a partir de las exigencias auto-reproductivas de lo social y reforzadas desde la manipulación de lo tecnológico (exigencias expresadas a esos niveles de modo prioritario) se confirma con ello que ha de ser el desgaste formal la guía que determina las actuales renovaciones y despliegues del conjunto; incluso, cuando de las metamorfosis del cuerpo se trata.

CUATRO. En otros escritos suyos, Kafka habría dado pasos significativos en el anuncio precoz de tal señalado re-direccionamiento.

Por decir algo, en “La metamorfosis”; también, en “Josefina la cantora, o el pueblo de los ratones”; incluso, en “El proceso” se ofrecen significativas y curiosas alusiones en este sentido.

Pero no se podría decir que Kafka se resignase a una promesa de evolución pendiente. Más bien una cierta arbitrariedad irreductible hace pensar que Kafka sospechara desde entonces, no sólo de la mera presencia de lo estético dominante allí, sino de la amenazante irrupción de la desmesura; también, a partir de allí, del desborde incontrolado e incontrolable de desarmónicas emergencias.

Es esta la ruta que permite entender cuanto de otro modo pudiera pensarse como imperdonable insuficiencia.

En efecto, en el sentido de las limitaciones del relato de Kafka conviene recordar que en realidad, Kafka no aspira a envolturas ni a plenas coberturas. Tampoco Kafka pretende ser demostrativo; su oferta -si se le quiere poner un remoquete- es intensiva. Antes de abarcar, buscando redondos completamientos, sus relatos ahondan, de-construyen; y buscan para ello -siendo en esto, fieles como pocos, a los recursos del arte- el menor gasto de recursos, en simultaneidad con el máximo logro a nivel del aporte.

En el corto relato de Kafka del cual se ha venido tratando aquí, no se alcanza a dar cuenta de otros asuntos, sin duda más cercanos a las propias urgencias del texto. Los

³⁰ Cf. Nuestro escrito “Lo máquico, o de lo psíquico como artefacto” (inédito), donde se reconoce la envolvente condición humano-tecnológica que actualmente decide las resultantes en el modelo de conjunto, incluidos suplementos como el lenguaje y como el armado psíquico, no por intangibles menos obras humanas; los más finos productos tecnológicos, en cambio.

³¹ Esa condición metamórfica del cuerpo femenino preexiste; sólo que aprovechada por el consumismo capitalista, y reforzada desde las ofertas del despliegue tecnológico, refina y sofisticada los anzuelos de la seducción, generalizada y sólo asumida como paradigma desde la mujer, en tanto ésta por todo ello, resulta ser enajenada del lado de tan tiránicos intereses.

³² Se trataría de un desajuste entre la habitual coincidencia -paradigmática y dominante en el formato de lo social- que daba pleno acuerdo al ensamble entre masculinidad y presencia dominante de los hombres en el control y manejo de los urbanos asuntos.

sueños del “simio de las academias”, por ejemplo, si es que se dan, pasan sin ser nombrados. Se llega hasta anunciar el nocturno encuentro erótico, pero se detiene todo allí, donde el idioma de los sueños podría complementar esto que apenas se asume como infranqueable límite.

CINCO. Kafka es más bien un real terrorista creador³³. Acaso, si no el primero, si uno de los precursores de esta singular modalidad; pero sobre todo del modo más tajante. Sin saberlo, Darwin y Freud fueron, también a su modo, expresión de ello; tan demoledores como lo exigieran sus urgencias creadoras; explosivos, como condición indispensable para poder re-iluminar lo existente; para acceder a la lucidez que devela el plus (entendido este último en tanto producto renovador que reencausa y re-orienta las desgastadas rutas de lo humano).³⁴

Es entonces, en relación con la mona de sus encuentros nocturnos, como la condición dual y linderal del mono de Kafka se radicaliza y problematiza; pues es allí cuando se evidencia, que al tiempo que se trata del ingreso en lo humano, no se deja por ello de ser simio. Simio, sin embargo, olvidado desde lo humano en tanto lo ha de imponer así el ingreso en el lenguaje y en el resto de derivaciones máquicas.

A su vez -humano precario; restringido al máximo, como si apenas se ampliara el espacio en extremo restrictivo de la celda animal para impedir emergencias imprevistas de radicalizada libertad- Pedro el Rojo complementa a su modo el impedimento; ni simio ya, ni del todo humano; simio y humano al tiempo, en el lindero de esa escisión y de su más irremontable soledad.

SEIS. Ahora bien, un ente tal habría de ser a tal punto repudiado por las mujeres -que sin decirlo el texto, pero mostrándolo cuando se acercan a este sesgo las cosas- es allí donde se puede reconocer con la máxima certeza, los límites de la condición de personaje de ficción que es Pedro el Rojo; en tanto tal, más verdadero que lo verdadero: mero individuo, sin soporte alguno de especie que en realidad le sostenga, retrato único de eso que carece de reposición posible, de par de complemento que de verdad le recupere, de imagen que le devuelva su libertad y su sentido.

El ser que le completa a nivel erótico -como un auto-retrato imprevisto- es también linderal y solitario, de un modo tan burdo como radical; y, sobre todo, singular.

Ahora, si bien los humanos habrían de rechazarles aún más como pareja ¿qué pasaría con una mona salvaje, sin domesticamiento humano incluido? ¿Preferiría a Pedro el Rojo sobre un simio corriente, o le excluiría con idéntico repudio? ¿Huiría aterrada o se paralizaría hipnotizada?

³³ En escritos previos el concepto de terrorismo creador -acaso en extremo explosivo y de difícil asimilación- ha sido planteado como la única opción de salida al empantanamiento de lo humano frente al desborde de lo tecnológico-terrorista. Se trata de reconocer en el terrorismo un polo imprevisto -no percibido de tanto como se reconoció apenas su extremo más vulgar, su dimensión más literal y empírica, que lo ofrece como encadenamiento absurdo de atentados-; a este último nivel, sin embargo, impedido para alcanzar sus fines demoledores y destructivos, surge la máxima de las paradojas: su remontamiento por la ruta de una travesía que le lleva hasta el entronque con lo creador.

³⁴ Ubicado el plus como efecto de lo creador (desde siempre y sobre todo asignado a los aportes del arte en tanto forma cumbre de los despliegues de la técnica); a partir de un determinado punto, embotatado en los desbordes y desmesuras del “progreso” tecnológico, su ausencia sintomatiza el contemporáneo empantanamiento de lo humano; la reclusión que le desborda; al tiempo que retrata los desvaríos de las actuales formas de expresión del arte, reducido a búsqueda e impedimento y des-oído en el lugar donde podría develar salidas indudables.

O sea, operación que hoy falta y cuya ausencia empantana, represa, y da cuenta de la condición sintomática, en que sin brújula, sin norte, deriva lo existente.

Sin duda, no sabría de nada y haría caso omiso de toda diferencia. Pero, sería acaso la horda la que entonces descifraría en ello una locura de amenazantes implicaciones, para que Pedro el Rojo pudiera ser -sólo hasta entonces- posible reposición del proto-padre; si es que no sucumbe antes al castigo instintivo que comporta el reconocimiento de toda radical diferencia.

LAS CEJAS DE “MONA LISA”

(A propósito de una Nota previa sobre los límites interpretativos al escrito de Kafka)

UNO. No sobre recalcar que a pesar de incluir e interrelacionar los territorios de lo científico, de lo filosófico, de lo artístico, cuando de la visión trans-disciplinar se trata, se impone siempre distinguir las vías de aproximación a tales registros, pues nunca son equivalentes ni reductibles a un común denominador.

Dando un salto (no propiamente de simio); sólo que, por decir algo extremo; como quien exclama “¡Hola!” sin haber hablado nunca antes; en pos de lo demostrativo en sentido estricto, resulta viable recordar que en español, “mona” -entre otras cosas- es equivalente de “embriaguez”.

Es bien seguro que no acontezca igual en checo, pero ello no obsta para reconocer allí una posibilidad de enriquecimiento interpretativo que la traducción por sí misma comporta. Pues bien, en ciencia o en filosofía, argumentar en esos términos habrá de verse como indiscutible falla.

Por lo demás, no faltará el texto de Darwin que aludiendo a la inclinación por la bebida que algunas especies simiescas evidencian, coincida en ello de modo literal con el escrito de Kafka (o, más bien a la inversa, pues fue de hecho Kafka quien de un modo u otro debió conocer a propósito de Darwin).

DOS. Veamos otra opción, tanto más arriesgada.

Así ello sólo sea válido a nivel del sentido, y a pesar de resultar inaceptable desde la perspectiva de la realidad empírica; si, incluso a niveles habituales de significación podría parecer extremo e indefensible, “mona” en su acepción más laxa y literal, podría cubrir hasta a la “Mona Lisa”.

En realidad, no resultan tan forzadas las cosas vista así de manera simiesca -dando por sentado que se admita tan grosero recurso- si se piensa que el inesperado enlace, no sólo es posible por la coincidencia apenas nominal, sino que a partir de tal explicitación se amarran dos polos reunidos de modo inadmisibles. De una parte, un modelo de simiedad esclava, sometida (la mona de Kafka); ficción apenas hecha de letras. Y, al otro lado, la más perfecta y deslumbrante resultante femenina (la “Mona Lisa” de Da Vinci); como que es apenas mero cuadro; hechura de escueta imagen, sin tridimensionalidad de cuerpo material que le soporte.

Entre ambos extremos se mantiene sin embargo un hilo de enlace innegable, si es que se asumen sin más los aportes de Darwin. Y cuanto surge así, no hace más que reponer el recurso kafkiano; permitirse una licencia que aunque extrema, no por ello deriva arbitraria o imposible.

Tanto más interesante ha de ser, si en la mona kafkiana el esplendor de la mujer que retrata Leonardo reúne -sin fusionarles, pero sin romper el hilo de enlace- de un lado,

una locura casi imperceptible, y de otra, la más prototípica de las resultantes; pues no llegando de modo empírico a ser mujer, la mencionada emergencia repone como nadie su femenina condición representativa.

TRES Hace poco ofrecieron en la T. V., un programa dedicado a Leonardo da Vinci. Si bien no todo era válido allí, y en más de una ocasión se evidenciaba cierta acomodaticia ingenuidad, más allá de indiscutibles insuficiencias y desmayos interpretativos, surgían indudables perlas de sentido, que también con ánimo ilustrativo ameritan su retoma aquí.

Se resaltaba entre otras cosas el reconocimiento casi obvio, según el cual el vestuario de Mona Lisa resultaba inadmisiblemente, en más de un sentido. En efecto, dado que en esa época la reposición retratística comportaba elevados costos, apenas factibles de ser cubiertos por verdaderos privilegiados de la fortuna, se daba por sentado que quien (o quienes) posara (o posaran) para ser retratado (o retratados) por un artista de renombre, bien fuera la persona misma, sus familiares, o su compañera, se cuidaban mucho de hacerlo portando las más finas prendas, las más refinadas galas, las más lujosas joyas.

Pues bien, Mona Lisa es en ese sentido la excepción. Sólo por alguna razón tanto más indispensable -por un decisivo motivo particular, por una cuestión íntima, personal; apenas suficiente como para obligar a realizar a Leonardo, por fuera de su exigente, de su extenuante labor habitual, una actividad adicional, tan exigente que sin duda excluía toda restricción temporal- tornaba justificable esta resultante: un invaluable retrato de alguien, que sin embargo vestía, si no de manera humilde, al menos sin pretensiones de competitivo preciosismo.

CUATRO. Varias hipótesis surgían a partir de allí.

Por más de un motivo se creía que se trataba de dos cuadros.³⁵ El primero, sin terminar, acaso por ello perdido, debió ser la reposición de “La Gioconda” (que diera paso a esa primera denominación, dado que se trataba de la esposa del próspero comerciante Giocondo). Mujer esta a quien, a pesar de su estado civil y así fuere de modo platónico -al más íntimo nivel- estaría ligado Leonardo.

En cambio, el cuadro de la “Mona Lisa” que sobrevivió recibiendo todos los honores, reponía las más íntimas exploraciones de Leonardo; en principio, referidas al rostro de la madre precozmente perdida, de hecho terminaba siendo un verdadero auto-retrato en femenino³⁶.

³⁵ Un cuadro parecía retratar al personaje femenino con pestañas y cejas indiscutibles, el otro no. Uno ofrecía columnas al fondo, no así el segundo. Existían evidencias de la venta del uno, que entonces se localizaba en Florencia, y no en cambio, en París. En un rápido boceto donde se recupera el tema, y el cual aún se conserva, el propio Rafael dejó la evidencia del cuadro sorprendente que Leonardo realizaba cuando le visitó. De hecho, este dibujo resulta más cercano al primer retrato, y por ende, difiere en más de un sentido de la reconocida “Mona Lisa” del Museo del Louvre.

³⁶ Cuánta diferencia se lograría establecer, si más allá de la condición hermafrodita siempre resaltada en los análisis sobre Leonardo, se pensarán las cosas en perspectiva darwiniana. El olvido del simio en Mona Lisa, por ejemplo, estaría comandado por la enigmática ausencia de cejas y pestañas, nunca descifrada en referencia con éste, entonces su real, su primordial sentido. La ausencia de pelambre en los humanos, como es bien sabido se asume por parte de estos, no siempre con razón, como condición, si no suficiente si en cambio necesaria para el olvido del simio que alguna vez se fuera.

Ya Freud había resaltado la casi hipnótica atracción que la sonrisa de la Mona Lisa podía llegar a producir; como se recordará, su solución entonces fue el reconocer allí la primera mueca de satisfacción del infante recién lactado; pero, que se sepa, del tema de las cejas y de las pestañas nada dijo.

En efecto, la superposición de los rasgos de la mujer enigmática sobre el más literal auto-retrato de Leonardo anciano -dibujo famoso y más que conocido, casi tanto como la propia Mona Lisa- en la graficación virtual resaltaba de una manera tan evidente la semejanza, que parecía bastar ello para asumir como dada la demostración.

Sin remitir al escrito de Freud sobre Leonardo -donde el creador del psicoanálisis descubre la reposición pictórica de esta fantasía en la obra del pintor italiano “Santa Ana, la virgen y el niño”- en el proceso interpretativo al cual aquí se viene aludiendo, se hacía también alusión a la fantasía infantil de Leonardo, donde con su cola un ave le roza los labios.

CINCO. También se despliega allí una curiosa retórica que luego con radical realismo se desmonta; “Mona Lisa” permitía el juego de palabras que conducía a los nombres egipcios de dioses decisivos para lo masculino y para lo femenino (“Amon” y “L’Isi” -supuesta versión antigua de Isis-) cuando no, con licencia tanto más arriesgada y próxima, daba paso al reconocimiento según el cual también cabía desentrañar en el monograma que “Mona Lisa” porta y esconde -en singular anagrama- los significantes “sol” y “anima”.

No se apelaba al señalamiento según el cual el sol, en algunas lenguas era reconocido como de género femenino; pero se aceptaba que Mona Lisa no había sido una denominación escogida en vida por Leonardo, sino por Vasari, una treintena de años después de la muerte del pintor.

Además, se señalaba que bastaba con reconocer que en italiano, Mona Lisa se escribe con doble n, para que las mencionadas coincidencias tornaran impracticables.

Lo cierto es que -sin necesidad del idioma italiano- a pesar de la licencia que se permite en L’Isi, ya la primera combinatoria resultaba impedida para armarse a partir de una perfecta redistribución.

SEIS. Pero ello no obsta para desconocer, cuanto a nivel del sentido vale allí a pesar de todo. Pues, como fuese -y no resultando ser siempre el procedimiento el más riguroso- es esta la constante a nivel de los recursos habituales del inconsciente; al menos, fue esa la modalidad que halló Freud en el desciframiento de los sueños, tanto como en general ocurre, en la localización de las más variadas y enigmáticas emergencias que se arman, por la ruta del denominado proceso primario³⁷ donde no es de la coherencia de cuanto se trata.

De igual modo, cabe recalcar, ha de ser ese el resultado que a su vez se halle, cuando de desentrañar el sentido de las obras de arte se trate. Por tanto, nada excluye que la Mona Lisa pudiera abordarse de tal modo, en cambio de adelantarse a censurar la aparente inconveniencia de un procedimiento, que así incluya inevitables incoherencias y arbitrariedades, no ha de perder rigor por ello.

SIETE. Más acá de lujos y suplementos de artificio, si Mona Lisa utiliza recursos suntuarios para cubrir su cuerpo, ha de ser Si Mona Lisa no utiliza recursos

³⁷ Sabido es que el proceso primario nombra el modelo que caracteriza el funcionamiento del inconsciente, en tanto contrapuesto al proceso secundario, a partir del cual se despliega la conciencia; no sólo es primario por anteceder y resultar de más temprana conformación; además, es en todo previo y antagónico con el funcionamiento de la conciencia. Si acá predomina el reconocimiento de lo temporal, allá no hay tiempo; si en un polo se repugna de la contradicción, en el otro la contradicción reina; si en esta última dimensión, la muerte es condición indiscutible, en aquella resulta ausente la posibilidad de su reconocimiento; en fin, si aquí domina el principio de realidad, se impone sin atenuantes la tiránica dominación del principio del placer en su contrapartida, etc.

suntuarios para cubrir su cuerpo ha de ser porque su vestuario se impone en lo esencial como necesario. Esa necesidad no puede ser selectivo-natural; es claro que el asunto social está presente allí de un modo más que decisivo.

En cambio, si la ausencia de las cejas y de las pestañas genera esa extraña mezcla de extrañeza y de curiosidad, ha ser por una razón más velada; quizá porque de un modo camuflado ilustran, en condensado y en desplazado,³⁸ la humana desnudez impedida. Bajo el vestido -necesario por ello- se oculta el cuerpo desnudo, casi carente de vellosidad animal, y liberado en cambio de manera irreversible del lado del complemento tecnológico (que en este caso resulta ilustrado apenas por la vestimenta, pero que comporta -y no sólo a nivel de lo personal- la más plena cobertura).

Como un dispositivo que se enciende y se apaga con hundir un interruptor, el vestido cubre y descubre a voluntad, la modificada realidad material que es la mujer, ajena ahora de su simiedad originaria

El modelo alo-plástico ofrece desde ya una condición de privilegio, montado sobre el natural registro auto-plástico; éste último, desde ya por ello, en franco déficit.

Es como si al suplemento que aporta lo tecnológico se le contrapusiera una modificación que califica al cuerpo, pero en términos de pérdida.

Lo inaudito es que esa resta, más allá del presupuestado déficit, destapa en cambio una imprevista, deslumbrante belleza; una armónica resultante, sólo extraña y sospechosa porque no ilustra una coherencia de conjunto; antes bien, aparece allí para recalcar la condición antagónica de perfecta excepción; y, a partir de un punto, amenazante.

EL TERROR

UNO. Ya ha sido señalado aquí que cuando se reúne a Darwin con Freud corrientemente las cosas parecieran limitarse al reconocimiento de la deuda del segundo; en algunos casos, con asuntos puntuales; pero, sobre todo, en referencia con la cuestión del proto-padre y de la horda primitiva. Lo cierto es el propio Freud ayuda a ello, pues sus citas se refieren a estos aspectos, de modo casi literal.³⁹

La verdad es que en varios lugares de su obra, Freud está siempre replicando, completando, desarrollando a Darwin, a veces de modo implícito, pero no por ello menos decisivo; su versión del superyó, por ejemplo, resulta inseparable de las reflexiones darwinianas a propósito del deber⁴⁰. Vale esto también para la ubicación de las elucubraciones a propósito de la condición formal-metamórfica del cuerpo humano, que el autor del psicoanálisis ofrece de paso en su escrito "Más allá del principio del placer"; tanto como, para la contraposición entre el mencionado principio y su contrapartida (el principio de realidad); pareja que soporta la dimensión económica de la meta-psicología freudiana⁴¹.

³⁸ Más que de un mero desplazamiento, se trata de un peculiar recurso metonímico donde a las partes (las cejas y pestañas) que ilustran al todo (al cuerpo mismo de la "Mona Lisa") en realidad la distingue la operación de recubrimiento-descubrimiento (cuerpo cubierto; cejas y pestañas ausentes; que no cubren, por ende); y donde de modo prioritario entra a decidir esa circunstancia de imprevista oposición.

³⁹ Cf. glosario al final de este texto.

⁴⁰ Cf. Darwin, Ch. Op. Cit.

⁴¹ La meta-psicología freudiana es la versión -primero epistémica que metodológica- que comporta el reconocimiento de tres registros indispensables para que se complete de modo pertinente toda posible

DOS. Ahora bien, cuando piensa el cuerpo humano ¿qué suma en realidad Freud al modelo selectivo-adaptativo de Darwin?

Incluye de hecho la condición metamórfico-defensiva.

Es ante la exuberancia de estimulaciones exteriores que el epitelio se recoge y reduce, replegándose hacia la máxima condición de complejidad mental que el cerebro comporta; y a nivel de periferia, limitándose hasta restringidos y muy localizados agujeros epiteliales, verdaderos repliegues donde se soportan las especializaciones sensoriales (vista, oído, sabor, olfato; sólo la más difusa característica del tacto -más genérico- da al epitelio condición de enlace directo con el medio externo; aunque, por supuesto, no menos condicionado por la regulación que se impone desde la dominancia del cerebro).

Desde entonces, se amarran las cinco rutas a partir de un dinamismo siempre enriquecedor; sin dejar de resaltar que los órganos especializados de la sensación no excluyen al cuerpo, en tanto éste opera y se autoreconoce como un envolvente y generalizado apéndice más; en contacto directo con el afuera que le demarca, en contraposición creciente con su interioridad (promovida del lado de operaciones anímicas; en cuanto intangibles, más finas y complejas).

Es allí donde, desde el abordaje de la sensación, se vuelve a enlazar la reflexión psicológica con su aristotélica emergencia científico-filosófica.

TRES. Más acá de Darwin y de Freud ¿qué amarra sus ofertas, tan contrapuestas como complementarias? Es más ¿se trata de la cosa en sí kantiana o de la voluntad de Shopenhauer? ¿Existe en cambio una alternativa diferente que las reúna o que las remonte?

Es claro, que en el armado de sus construcciones teóricas, ni Freud ni Darwin aluden de modo explícito a esos trasfondos; antes de ser asumidos como puntales indispensables para redondear planteamientos científicos, se les reconoce como más próximos de las especulaciones metafísicas en las cuales la filosofía es especialista; no es pues por desconocimiento, o a partir de un uso que les incluye tanto como les desconoce; es por mera rigurosidad metodológica, por no salirse de los escuetos registros de lo científico.

Pero el hueco que resta allí resulta inocultable; esa perforación está silenciada en ambas reflexiones, en cuanto decide aún más la totalidad de sus formulaciones.

Y es que -nuevamente- se trata de una laguna, de un “agujero negro” que emerge, de modo inocultable y con todo dramatismo, más acá de la cosa en sí, previo a la voluntad que instaura la vida. Y ha de ser por ello que el asunto estalla a medida que el ser humano despliega sus opciones, de entrada transgresoras del orden natural.

Si existe cosa en sí; si se da voluntad; por basales que ellas fueran son ya del registro de la representación. Antes de esas demarcaciones en el concepto, está la nada, lo negativo, que sin embargo con irrefrenable voracidad demanda ser llenado; impone la contundente condición de lo indescifrable que se resuelve como enigma.

interpretación. La dimensión económica alude al gasto psíquico, o sea al componente cuantitativo que acompaña todo discurrir psíquico en su dimensión energética; se suma a ésta, la versión topológica o estructural, la cual arma y demarca el denominado aparato psíquico; todo, antes que constituido de modo unificado. Completa la tridimensional versión psicoanalítica, el registro dinámico o histórico que da cuenta de las circunstancias genéticas de todo acontecimiento y de sus específicas significaciones a partir de allí.

CUATRO. ¿Cómo se denomina ese nuevo registro que arma núcleo de nada y hace de toda realidad, en primera y en última instancia, ficción; en tanto condenada esta última al lugar que se decide siempre como del orden de la representación?

A nivel de lo humano al menos, se trata del terror.

Subtendiendo toda adaptación, selección y defensa -incluidas la vida y la muerte- se halla, en efecto, el terror.

El terror ilustra el núcleo de nada, terror expreso en tanto que se aspira a rodearlo, a reducirlo, a silenciarlo desde el otro polo que soporta las resultantes vitales, incluyendo por ende y por sobre todo, las construcciones psíquicas; pues el terror es siempre psíquico (así marque del modo más tajante al cuerpo todo).

En el fondo de la más constitutiva interioridad la nada se expresa como terror, se resuelve en terror.

Desde la traducción, que enfrentada a la muerte, la vida realiza; y, a partir de allí, decide y define.

Y si la condición fundante que es el terror no resulta evidente; si ha de ser más fácil que en cambio de darle reconocimiento a su lugar determinante, se le escotomiche, ha de ser por la labor sostenida, constante, individual y colectiva, que desde siempre acompaña a los despliegues de lo humano; e incluso, más allá de ello, a las pugnas de lo vital.

Y, así se insista en alegar que no se puede reconocer a cada paso el terror de modo literal, ni de manera específica ni, de otra parte, decidiéndolo como presente e inocultable desde el centro de las resultantes vegetales, o de las formas más elementales de lo animal, tampoco es posible reducir a estricta especificidad humana la vivencia decisivo-definitoria del terror.

CINCO. Suma a la ambigüedad, un tercer nivel más basal donde se trata de la forma; la insistencia de ésta por perpetuarse siempre, en cualquier resultante que fuere, al darse progresivo reconocimiento de urgente supervivencia, entre más certeza de desaparición inevitable, la forma se recarga con esa desmesura que a nivel vital se expresa como terror.

La selección natural desarrolla el terror de un modo creciente y escindido, en la medida en que los modelos vitales se distancian de las condiciones basales, tanto de los orígenes como de los modelos elementales que porta la materia inorgánica. Pero, allí y de modo creciente, a la fuerza del terror la ilustra -antes que su indispensable reconocimiento o su literal constancia- su autonomía, su independencia.

El modelo de lo adaptativo resulta cercano ya de los cambios que se imponen a las formas más complejas y elaboradas de cuanto es concebido como inanimado. De igual modo, cabe reconocer que los recursos defensivos se refinan, diversifican y complejizan, en tanto los armados resultantes crean distancia de los focos decisivos, originarios, en cuanto arman creciente conciencia, en tanto comportan reflexión; lo cual, por sí solo, da paso a la prelación del terror en el armado de las aspiraciones de sobrevivencia.⁴² Aunque sólo la certeza de la muerte individualice al terror, es la vida que incorpora y apropia la forma como posesión, la que -huyendo de la nada- se aterra a medida que refina sus opciones.

Y es allí donde, no sólo las más elaboradas emergencias de la singularidad alcanzan su máxima expresión; también la sintomática condición de lo singular hace explosiva

⁴² ¿Es excesivo el supuesto que reconoce, si no al terror subtendiendo al instinto, al menos sí, el anuncio creciente de su inevitable irrupción; ya, de algún modo, en tal sentido presente entonces, en los tropismos y en las más elementales "lecturas", que desde las organizaciones mono-celulares acompañan la sobrevivencia de las especies y de sus individuos?

irrupción; entre otras vías posibles, ilustrándose del modo más sintomático y envolvente por la ruta de las emergencias terroristas; que es como el terror se burocratiza, como se institucionaliza, como -a nivel social- se generaliza.⁴³

SEIS. ¿Qué es pues el terror?

No sólo es nada, que en tanto tal lo decide todo; ni, apenas, desplome defensivo que deja en evidencia el hueco del no ser, en tanto a nivel nuclear constituye (a la manera de la cebolla del “Peer Gynt” de Ibsen)⁴⁴.

No consiste sólo en una instalación -extrema sí, a pesar de central y definitoria; aunque inserta en el registro del fenómeno-; se trata del encuentro contaminatorio de esa duplicidad que se supuso injuntable, imposible de reunir, y que aparece sin más en la periferia arbitraria e inesperada, derrumbando a parches la edificación.⁴⁵

En tanto el hueco in-nombrado se hace terror, y esto por una ruta directa, como puesta en acto sobre el epitelio de la realidad misma, el concepto delata por sólo ello su condición precaria en cuanto que realiza apropiación tardía sobre lo empírico, con lo cual lo empírico deja de ser evidente; por sólo ello, en efecto, lo empírico torna problemático e inaprensible. A partir de la emergencia del terror se ha hecho enlace con el territorio vedado, con lo innombrable, y desde entonces, la desmesura estalla en la mitad de las resultantes humanas cualesquiera fueren.

Desde que se lo sabe constitutivo -como mero efecto de desbordado ser que no incluye el saber; de ser puesto en acto sin mediación conceptual alguna- el modelo explota. Y a eso se le llama después terror, creyendo así ritualizar su salvaje presencia, haciendo ficción de todo compensatorio redondeamiento, de toda aspiración de sutura.

Una cosa ha de ser pues el terror en enlace directo con el unificado núcleo negador, y otra, el terror fragmentado, disperso como sintomática modalidad de lo representativo donde toda unidad se disgrega, donde sólo lo negador unifica.

Es por ello que el terror nombra -más que a sí mismo- al impedimento frente a su simbolización, al fracaso ante el pleno recubrimiento de su sentido; y, no por ello, el terror deja de ser más vivencial y decisivo. En cuanto más impedidas resultan las

⁴³ De hecho, lo singular ofrece opciones de emergencia entre ese extremo mórbido que es el terrorismo y sus diversas modalidades de expresión (tono terrorista, personajes terroristas, acontecimientos terroristas), pero da paso también, desde su polo contrapuesto, a los estallidos de lo estético, de lo creador, de las más refinadas irrupciones oníricas y artísticas.

También cabe reconocerse a nivel de esas claves explosivas, al lado de la más visible posibilidad del puro estallido externo, modalidades implosivas, como las drogadicciones, el suicidio, y las más variadas expresiones clínico-psicológicas, que van hasta los extremos de radicales psicosis (llamadas entonces catatonias), y las modalidades infantiles de las esquizofrenias (autismos y esquizofrenias simbióticas); sin olvidarse de las dementes malformaciones del cuerpo, reconocidas siempre como adictivos, contaminantes excesos o defectos de consumo (anorexias y bulimias).

⁴⁴ Cf. Ibsen, E. “Peer Gynt”, en OBRAS. Porrúa, Ed. México (sin data).

⁴⁵ Por eso no basta pensar la defensa, como lo hiciera Freud; o sea, apenas en relación con el armado psíquico de cada quién; y, aún de un modo más preciso, en referencia con el yo. Las masas, desde entonces y por ello, no arman yo. Se trata sí de un recurso colectivo, primigenio y envolvente, del cual el yo es ya un modo más que representativo; modelo envolvente, que ante todo comporta el soporte de la Obra en cuanto reconocida ésta, como sostenido empeño de protección frente al terror; de donde, la Ciudad -y las derivaciones máquicas con ella- deciden en tal sentido, y más allá de los personales e íntimos empeños; y ha de ser esta, la razón por la cual pareciera el terror muchas veces nimio o ausente, dado el afianzamiento ciego en la certeza de la Obra, de tiempo inmemorial consolidada, y siempre por eso, protectora e indiscutida a los ojos de sus productos encarnados.

Basta, sin embargo, reconocer la marca del acto terrorista sobre las ciudades más populosas; u observar el creciente impedimento para reconocer como garantizado el futuro, para que el terror, sin más, emerja.

defensas -que como el habla-lenguaje tornan impotentes para retenerlo, para domesticarlo- con mayor fortaleza se agrietan las murallas que buscan ocultarlo.

SIETE. Más acá de lo representativo, es el terror -antes que voluntad- lo carente de norte; fuerza desmesurada e inaprensible -en cambio de cosa en sí- aquello-sin-soporte-material, que en los niveles de la pura periferia hace saltar la condición de evidencia de lo innombrable; eso que está por fuera de la voluntad y que se impone como incapturable desprendimiento de la cosa en sí; desconexión desbordante de la envolvencia de las platónicas ideas; esto que se devora a sí mismo, que se busca enajenado por encima de todo condicionamiento representativo, de cualquier enlace con las emergencias más empíricas; presencia, más voraz por ello; cancelación de las esperadas distancias entre voluntad y representación, que -antes de toda consolidación de terrorismo- se ofrecen ya como estallido indetenible, donde tergiversado se repone lo más original.

El tope de lo representativo, el agujero de lo desconocido -puesto sin más a la vista- delimita la emergencia del más puro terror; a partir de allí, el resto de modalidades se subordina a este núcleo constitutivo.⁴⁶

Desde su punta más caótica; desde el desborde de la voluntad, que la hace urgir -sin gratificación posible- de la compensatoria, inagotable re-presentación; desde la locura -mal nombrada- de la inaprensible cosa en sí, que estalla lo innombrable sin nombrarle; invadiéndola, pretendiendo someterla, sobrepasada ella misma por las urgencias de un imposible reencuentro que le diera soporte material a toda vital resultante; desde todo ello, la explosión formal de conjunto horroriza por imprevisible, por incontrolable,.

La irrupción humana sobre todo, aquí o allá, deriva amenazada, precoz, dramática, trágicamente. Y, sin admitir aplazamientos ni veladuras, dado ese innegable, inaplazable destino, ha de ser como si la muerte -inflada por los excesos de su saber y de su hacer contaminantes- en directo, en presente, como el virus de un virus, se montase sobre la vida y la sometiera.

OCHO. En fin, ese devenir loco aísla, arma virus, genera desmesurados dobles y contaminatorias mezclas, en cada empírica resultante humana;⁴⁷ y lo hace, tanto más,

⁴⁶ ¿Por qué infunde ello temor? Se trata de la promesa de la nada que desde lo enigmático podría serlo todo; todo tanto más imprevisible. O -de igual modo- cuanto se ofrece como todo (más nada que nada) resulta siendo -tanto peor aún- nada (más nada que todo). Si como afirma la física, se comenzó a partir del estallido de un concentrado de fuerza, el resto que sigue dándose es siempre fragmento de eso que ya no logra volverse a reunir. Ese llamado ciego no puede ser menos que terrorífico, incrementado en la medida en que se le enfrente de la manera más indefensa y directa; y a partir de un punto que al tiempo que le expresa, depende de manera enigmática de allí.

⁴⁷ En perspectiva trans-disciplinar, una oferta del mapa actual de lo mórbido aparece ya en escritos previos a éste.

Se parte allí de una primera contraposición entre el virus y el doble.

El primero, en su acepción más íntima -más allá de su dimensión médica y tecnológica- localizado en referencia con lo pre-especular -como concentrados de sombra; como modelos en función del inllenable agujero constitutivo y forcluido; como registros que retratan órdenes de incompatibilidad- las modalidades del virus parasitan y se reproducen afectando de forma sintomática a los armados psíquicos y sociales.

Desde el extremo contrapuesto, se incluye al doble (cuyos iniciales registros especulares han sido ampliados hasta la desmesura por las alternativas virtuales de lo tecnológico y desde la envolvencia de lo urbano).

La mezcla contaminatoria de ambas modalidades da paso, de una parte, al virus-doble (variantes afectivas donde el terror ofrece la multiplicidad de sus opciones: angustia, agonía, atrofas e hipertrofas de las masas y de sus individuales versiones); y, de otra, al doble-virus (que arma lo

en la medida en que el registro de la representación que así se encarna; que se ha apuntalado como aspiración de realización de singularidad -la cual, a su vez, busca desplegar su propia autonomía; y, en cambio, en la medida de un creciente y real impedimento, ha de dar paso con ello al despliegue de lo singular desbordado-

Asustando desde adentro a la resultante humana; ante lo inexpugnable más constituyente y visible -tanto más arbitrario, pues no se hace menos enigmático por ello-; estallando desde su núcleo más constitutivo, desde el centro de ese armado de capas protectoras sucesivas, de defensas sobrepasadas, consolidando la creciente indefensión, personal y colectiva -como el calor, que tanático gime desde un bosque carcomido por el fuego- se apuntala el terror.

NUEVE. Por todo lo anterior, lo singular y el terror son los temas prioritarios, indispensables en una psicología imprevista -en una psicología que debe armar torsión frente a sus despliegues más tradicionales- para ofrecerse como real alternativa prospectiva, a título de pertinente oferta; sólo en tanto y en cuanto se le piense a futuro.

Una psicología que reúna la pregunta por lo singular y por el terror deberá reconocer, en este último el entronque irremontable, indescifrable, donde resulta imposible saber⁴⁸; a partir de cuyo lindero, es imposible acceder; habrá de reconocerse pues que tal impedimento es de modo decisivo, interior; que nada tiene que ver con lo externo; o, en cambio sí, alude a algo tan envolvente, que mientras flotas en la nada, te delata como mera modalidad de lo inefable; tanto peor aún -y acaso tanto más certero, aunque no por ello ni redondo ni definitivo- si eres la resultante donde el encuentro con lo fundante torna imposible; punto donde lo singular, por eso mismo estalla.

Punto justo donde Schopenhauer se va por la tangente, no debiera olvidarse que allí donde brinca de la música al santo (cuando del asunto del arte se trata, única circunstancia en la cual despliega una reflexión directa y coherente)⁴⁹ está dada la posibilidad de aprehender esa condición negativa, nodular y fundante.

Más acá de ese redondeamiento que permite a la voluntad lograr su máxima objetivación -punto de quiebre donde esta última y la representación se reúnen y justifican- Schopenhauer tendría que haber hallado en cambio, la ruta que lleva hasta el paradójico reconocimiento del terror.

Habría de pensarse, en efecto, que en la emergencia de lo musical -donde lo matemático y lo artístico se reúnen, podría decirse, de manera trans-disciplinar- antes que de lo moral extremo, o de lo beatífico, en efecto se trata del terror. Pues lo cierto, es que nada se redondea ni resuelve con ese enlace, entre el máximo logro expresivo

interno-representativo a partir del despliegue de personajes inmersos en el paisaje interior y en la banda sonora (ofertas anímicas para la prelación sensorial de la mirada y de la escucha), donde impera de manera creciente el personaje terrorista, que de modo inevitable, cada quien porta).

De manera aún más envolvente, se alude al virus desdoblado (que es la captación de las resultantes psíquicas y sociales en tanto subordinadas a la dimensión capitalista que califica de modo virulento la totalidad de las emergencias). Y, aún más allá, se trata a propósito del doble-global-impedido (efecto en negativo; urgencia de una imagen colectiva, sin embargo indescifrable, inaprensible, de hecho inexistente, pero en tanto tal, no menos decisiva; pues, por faltar en el punto de su indispensabilidad, da paso al impedimento para -a futuro- reconocer un proyecto, para adivinar, y a nivel mínimo, apuntalar el destino de cuanto el porvenir anuncia.

⁴⁸ Franja donde no cabe -más que como arbitraria compensación- la religiosa alternativa divina, ni cualquier otra opción de sutura posible.

⁴⁹ Cf. Schopenhauer. Libro Cuarto. Op. Cit.

de la voluntad objetivada, y los trasfondos de base donde todo se pierde en lo inefable.

Ningún suplemento, por justificado que pareciera, puede llenar entonces a posteriori, cuanto le excluye a priori.

DIEZ. -“¿Acaso no es lo ético, el asunto “serio”⁵⁰ e indispensable?”- se podría alegar, de otra parte.

Habría de reconocerse, que no alcanza lo ético-moral para responder por el desborde de lo representativo, ni para -a nivel estético- dar cuenta de cuanto enloquece a partir de allí.

Lo ético-moral es indudable, desde que el ser humano se consolida como tal; no existe por fuera de allí; es ordenamiento estricto para lo más puro humano y resulta más bien indispensable en el esfuerzo autoreproductivo de lo social.

Sin embargo -se ha dicho antes- la ruptura con lo natural comporta una torsión semejante a la que acompaña la presencia de la vida frente a lo inanimado. Y esa drástica alteración, que de hecho implica el apuntalamiento del suplemento ético-moral, si en realidad aspirase a desplegarse del más armónico de los modos, al tiempo debiera imponer el reconocimiento de la prelación de lo estético, tanto más envolvente.

Allí donde Antígona defendiera la ley -surgida de los dioses, y por encima de la normatividad generada desde los humanos y encarnada por Creonte- lo ético y lo moral hacían ya diferencia.

Antes de ello se impondría, no sólo reconocer la vasta condición de lo estético -ordenado y autorregulado más acá de todo caos y de modo independiente de la voluntad humana-; dueño también de sus propios estallidos, el reconocimiento de la prioridad de lo estético tendría que dar un aire nuevo al sentido mismo de lo ético.

Es esa condición fundante y al tiempo siempre presente, irreductible y enigmática. Hasta los dioses de Antígona parten ya de allí, pues resultan siendo ya, estéticos efectos que llenan el vacío aterrador de lo desconocido.

ONCE. Concentrado de terror -antes que insuficiente forma humanoide- visto todo a partir de esta perspectiva, el mono de Kafka habla por ello, ama por ello, diserta por ello; y, sobre todo es por esto, que con cierta contundente imprecisión cierra su aporte con una sombra lejana de reproche, reconociéndose como un mero informante -de hecho impedido para modificar cualquier ruta posible a partir de su empeño-; fútil pero heroico de manera indiscutible, pues no es menos cierto que en su recorrido -sólo a él permitido- le es dado hacer conciencia de igual modo, de la inocuidad de ese esfuerzo desmesurado que la especie humana practica sin detención posible, y a pesar de cualquier reconocimiento de inconveniencia; sólo el mono de Kafka porta distancia suficiente para que ello se haga visible a la peculiaridad de su mirada; y no apenas el filo letal de la demencia concentrada en los ojos de su complemento erótico; también le es dado aprehender la condición de sobredeterminado despliegue que el ser humano adelanta como cualquier criatura en el universo, sólo que sumando la infatuación a la cual da lugar la conciencia creciente, la intencionalidad de suplemento, la prepotencia y el orgullo, que confunden con autonomía, el corte indispensable con el resto de lo existente; en cambio de reconocer allí la defensiva, compensatoria reclusión, la reforzada defensa que se niega a comenzar por ubicar en

⁵⁰ Cf. Schopenhauer. A. Ibid. P. 273.

el terror, la clave decisiva donde de algún modo se camufla toda posible especificidad.

LA CONTRAPUESTA RECUPERACIÓN DEL SIMIO

¿POR QUÉ SCHOPENHAUER?

UNO. ¿Qué falta a la oferta de Schopenhauer, si se le mira de modo paralelo con la propuesta darwiniana? Además de la común carencia de dar reconocimiento al terror en tanto fundante, no posee una teoría de la evolución. La inclusión de las ideas platónicas hace pensar a Schopenhauer que la voluntad de base en cada objetivación suya ha de ser constante; para que la voluntad se mantenga en su lugar envolvente e irremontable -que es cuanto le da prelación sobre toda otra formulación posible- cada objetivación en la idea es así, desde siempre y para siempre.

Parecería que la idea -tal cual ha sido previsto aquí- estuviera a mitad de camino entre la voluntad y la representación. Lo cierto es que a falta de un real apuntalamiento, sus dominios pueden oscilar de modo imprevisible, y por supuesto, no siempre pertinente.

Debe decirse que la voluntad crece y se potencializa en objetivación cuando se enlaza con el registro de lo representativo; pero, en sí misma, resulta dada a título de identidad, a nivel de la más plena involucencia.

Nunca se sabe del polo de negatividad que habría de contraponerse, antes o al menos al lado, de esa voluntad fundadora. Como para Platón, el no ser parece estar presente, apenas visible, a nivel del epitelio de las resultantes. La metafísica del ser en cambio -como un sol que no deja nunca de alumbrar, más allá de toda sucesión entre el día y la noche- hace de la voluntad idea entre las ideas; idea primera, punto inaugural y punto culminante al tiempo, de su despliegue.

Es allí donde Schopenhauer olvida distinguir entre voluntad y fuerza; pues sin esta última, la idea -colmo de razón y de discernimiento, aunque necesario efecto de suplemento- pareciera dada de entrada, encarnada en mera voluntad.

La contradicción entonces se hace de tal modo evidente.

DOS. Dado este impedimento decisivo ¿cómo afecta la manera de ver teórico-aplicativa, asuntos puntuales? ¿Qué podría ser, por decir algo, el simio para Schopenhauer?

Si bien se ve, el mono queda por lo menos en un nivel segundo, como eslabón apenas en la escala que desde la metafísica afirmación del ser, impone reforzar la pirámide selectiva que culmina en el ser humano; y, aún allí, se purifica hasta las cimas de la más irremontable santidad.

No recalando de manera suficiente en las torsiones que comportan la vida y la ruptura con lo natural, en tanto decide el despliegue de lo humano, allí donde el

olvido del simio es real forclusión, Schopenhauer no llega hasta una real y precisa discriminación.

Todo se reduce a reconocer en la escala animal, momentos que vienen progresando a título de objetivaciones de la voluntad; retratados en tanto tales, en el mundo de las representaciones, y creciendo desde el más relativo impedimento, en pos de la máxima sensibilización; en cuanto entendida ésta, sobre todo, como capacidad para el padecimiento; indispensable condición selectiva, presente del modo más incomparable e inocultable, en la objetivación superior que el ser humano ilustra.

No que el mono sea ajeno a la física experiencia del dolor; es que no logra llevarlo a las cimas donde la moral y la religiosidad lo encumbran.

De hecho el mono ha de ser, de manera segura, la criatura menos limitada a nivel animal en referencia con un asunto tal; y, dado el hombre como realidad constituida y diferenciada; más allá de la comunión con lo instintivo; siendo capaz de refinados recursos conceptuales y de elaborados esfuerzos de abstracción, si bien no es sin más un simio perfeccionado en el crisol del dolor, una vez la voluntad deja de ser ciega apetencia y accede a la plena conciencia de sí, resulta claro que es cuando el dolor se dispara con mayor contundencia; de donde, animal y humano, verán incrementarse la distancia que les separa como un real abismo. Visto todo así, más allá de casuales y accidentales semejanzas, nunca sería posible sospechar un significativo denominador común en la base.

Que la vía del dolor dé al hombre distinción, incrementada hasta las máximas expresiones de la santidad, es pues la razón que sostiene la última sección de “El mundo como voluntad y representación”; la cual, por todo ello, se corona como reflexión moral y religiosa.

TRES. Dado que la reflexión de Schopenhauer va creciendo en alternancia sostenida de representación y voluntad, resulta claro que en ese escrito falta un último apartado que dé explícita y rigurosa cuenta del ensamble entre ambas; más allá del desequilibrio y del callejón sin salida, que en el Cuarto Libro de “El mundo como voluntad y representación” se exacerban.

Sin la fusión entre voluntad y representación, es claro que ni una ni otra puede sostenerse.

De haber completado su reflexión de esa manera, es seguro que Schopenhauer habría hallado la pieza pendiente que da prelación al enigma; incluso, sobre la envoltura de la voluntad; con lo cual podría haber extraído a la representación, del lugar subordinado y devaluado que le supone como territorio de lo engañoso y de lo puro visible; mientras que la sola voluntad resulta excluyente, por sólo abordarla en abstracto. Ello presupone de hecho, la selectiva presencia de lo más serio, donde -tan sólo por eso- “lo cómico” pareciera no tener cabida.⁵¹

A partir de allí ¿cómo no habría de imponerse al universo de lo representativo la incómoda condición de lo derivado?

CUATRO. Siendo en cambio, voluntad y representación un único e indisoluble asunto, su separación ha de justificarse en tanto mera exigencia a nivel metodológico y expositivo.⁵² Y ello resulta determinante, más porque -al menos, en plan explicativo- nunca Schopenhauer se detuvo en la torsión que lleva de la voluntad a la representación sostenida, que porque a nivel expositivo fuese ingenuo, de modo necesario; sería preferible decir, que si lo fue, hubo de ser en tanto, antes de

⁵¹ Cf. Schopenhauer, A. Op. Cit. Ps. 269 y 270.

⁵² Ibid. Ps. 290 y 291.

responder por el por qué se limitó a asumir como dado de modo empírico, tal enlace.⁵³

Partir, no de la voluntad como instancia última que redondea la oferta, sino de la resultante empírica, que es cuanto ofrece como alternativa el abordaje transdisciplinar en su acepción clínico-estética (aunque entendida la resultante como texto a descifrar, como lectura que por ende presupone lo escritural al fondo); partir de allí, se decía, implica el reconocimiento de la representación como forma consolidada; aún asumiéndola como sostenida en su despliegue por la voluntad; apenas, en tanto urgida a posteriori, de su soporte; o -si se prefiere ser menos efusivos- necesitada además de la condición de fundamento que comporta la inocultable presencia de la fuerza. Fuerza, por lo demás, sólo discriminada y constreñida, a partir de la singularidad perpetuada, que comportan las inagotables modalidades de lo representativo.

Pero entonces, voluntad o fuerza⁵⁴ son conceptos que recubren lo enigmático; o, apenas -si es que resulta esto posible- asuntos, que habrán de ser las disciplinas duras de la ciencia las que debieran dar precisa cuenta de ellos; meta bastante dudosa, una vez se reconoce la particular perspectiva clínico-estética y transdisciplinar.⁵⁵

CINCO. ¿Dónde abandona Schopenhauer la coincidencia con la oferta clínico-estética? Allí donde da a la música⁵⁶ lugar de prelación, en tanto encuentro insuperable de la voluntad con la representación; punto de máximo acercamiento, incluso de disolución, entre los abismos que separan el registro del fenómeno, de su trasfondo.

Lo ético, que aparece a partir de allí, Schopenhauer lo suma como ruta independiente, como paso más bien obligado, desde la tradición de lo filosófico; en tanto buscó siempre redondeamientos de aplicación desde el sostenido intento teórico explicativo. Y, por más que se excuse por ello y prometa otra cosa de lo ofertado a partir de allí, Schopenhauer se distancia de modo creciente de algo que logra apenas localizar como asunto marginal -por ello ofrecido al final de una escueta nota a pié de página-; allí se lee: "...cuando tratamos de llegar a este conocimiento descendemos a lo profundo de nuestro ser y concentrando nuestra inteligencia en nuestro interior nos perdemos en el vacío sin fondo, y nos vemos semejantes a una esfera de cristal, en la cual resuena una voz cuyo origen no está dentro de ella, y al tratar así de apoderarnos de nosotros mismos no nos estremecemos de hallar sólo un fantasma sin consistencia."⁵⁷

La música como recubrimiento del terror redondea como último eslabón posible, y/o pensable, el enlace entre voluntad y representación; y Schopenhauer, en cambio de avanzar a partir de allí en pos de nuevos despliegues, salta sin más a su Cuarto Libro donde -por más empeño que realice en remontarlos- no sólo no se distingue mucho del resto de filósofos, sino que a menudo cae del lado de ofertas, más próximas de lo religioso y de lo místico, que de lo propiamente filosófico.

⁵³ Tampoco Schopenhauer asume la fluctuante oscilación que lleva -sin explicitación teórica que lo justifique- a diferenciar entre la representación como objetivación de la voluntad, y como polo irreductible, autónomo, y en tanto tal, independiente de tal registro.

⁵⁴ ¿Por qué no llama Schopenhauer entonces fuerza a la voluntad, fuerza que crece hasta la voluntad, y a partir de allí, se hace capaz de conciencia?

⁵⁵ Y no hay contradicción en ello, pues lo trans-disciplinar no niega lo disciplinar como válido aunque lo asuma como insuficiente.

⁵⁶ Música entendida en su acepción más sublime, por supuesto; la mera rítmica de la cual son capaces los simios y las modalidades humanas más próximas de allí, es claro que no resultan incluidas.

⁵⁷ Cf. Ibid. P. 283.

SEIS. ¿A partir de dónde empezó a apuntalarse esta lamentable desviación?

De hecho, la explicación pendiente alude a la vida, donde voluntad y representación se entroncan, de un modo diverso de cuanto acontece con lo inorgánico.

Sabiendo que el paso de lo inorgánico a lo orgánico, y viceversa, es algo que se da de continuo -si es que se miran las cosas con la lente envolvente del devenir de lo existente, y no desde la escueta y local perspectiva temporal en referencia con las efímeras duraciones de las existencias humanas particulares- extraña la falta de desarrollos reflexivos allí, donde el tema de la vida debiera resultar inabandonable; en contraste con los despliegues, de modo riguroso asumidos por Schopenhauer en cambio, cuando de las variantes de lo inorgánico se trata.

La voluntad, por ello, resuelve lo que esconde; decide sin debate lo más indescifrable; taponada toda inconsistencia, al tiempo que anuncia su voluble condición, limitante desde siempre con la nada, antes que con el mundo de la representación.

Ese paso desde lo inorgánico hasta lo orgánico, resulta inexpugnable; y, hasta ahora al menos, sólo se le puede reconocer como enigma de formalización estética.

Pues bien, si lo ético -o más bien, lo moral; que es cuanto a menudo se despliega desde que, más que buscando desciframientos universales se reconoce a nivel empírico la contundente particularidad de perspectivas valorativas y fragmentarias- si lo ético-moral, entonces, resulta presente en los despliegues de una voluntad envolvente, tiránica y arrolladora, debe decirse que ello deriva sólo decisivo, a nivel de la asunción de la intencionalidad y de la conciencia, entendidas como registros intencionales de la persona; o sea, en tanto se impone el reconocimiento de las claves de voluntad que deciden como “querer” las conductas humanas (y en referencia desde entonces con el “carácter”).

Al menos, como oferta psicológica, resulta ser bastante flaca esta manera de pensar las cosas, qué duda cabe.

SIETE. Schopenhauer estaba muy cerca de la versión que debiera darle al terror lugar de prelación, pero carecía de necesarios eslabones, casi invisibles en su época.

Si bien muchos de sus más lúcidos despliegues, a pesar de todo, dan indudable interés a su reflexión y ofrecen inocultable originalidad al Libro Cuarto de su obra⁵⁸; al punto de ser asuntos que -como fuera antes resaltado aquí- Freud, casi de manera literal, habría de apropiarse luego; y, que por lo demás, no son temas menores en el conjunto de la propuesta psicoanalítica (la pulsión de muerte, los principios de placer y de realidad); Schopenhauer ahí -al tiempo con ello y para no ser un moralista más- naufraga en una suerte de “moral en negativo”; la cual, al dar al dolor lugar directriz, deja pendientes cuestiones que entonces demandan exigente explicación, al tiempo que desarticulan muchos desarrollos previos de indudable pertinencia.

Piéñese, por ejemplo, en la condición defensiva que oculta a sus inmediatos portadores, la verdad de lo más desgarrante de la existencia humana; al punto, no sólo de no hacer para ellos de este mundo un verdadero “valle de lágrimas”, sino de contentarlos con vacuas y superficiales apropiaciones, como si poseyeran para ello la indispensable mediación de un vigoroso anestésico.

OCHO. Más cercanos los humanos de la indiferencia que de la evidencia de la hipersensible captación del dolor; más propensos al predominio del disfrute que a la

⁵⁸ Cf. Schopenhauer, A. Op. Cit.

disciplinada y estoica posición frente a la vida, lo cierto es que, en primera instancia y del modo más desprevenido, se está tentado a suponer, en varios momentos de la lectura de este último desarrollo de Schopenhauer, entre los cuatro que componen su obra “El mundo como voluntad y representación”, una actitud de progresiva y rabiosa censura, que deja sin explicar los motivos que rigen contradicciones, tan obvias como generales; que no comportan asuntos menores ni apenas puntuales, como éste que hace de la voluntad -más allá de la periferia de lo puro individual, y en los lugares de su máximo despliegue voluntario; o sea, a nivel ya de lo humano-masivo y desbordado desgaste de fuerzas, por colectivas rutas de indudable puerilidad⁵⁹.

Al final, Schopenhauer deriva del lado de una recuperación de las ofertas posibles, a partir de un concepto decisivo: la piedad. Y esto no sería para nada censurable, si no olvidara al lado, el complementario terror (cada vez más envolvente; allí donde aquella otra, la piedad, resulta excepcional). Excepcional sí, pues si bien se ve, al mundo actual al menos le sobra tanto de terrorismo como resulta siendo deficitaria la supuesta compensación piadosa que diera equilibrio.

NUEVE. Pero es -una vez el tema de lo ético emerge- cuando estas derivaciones y desvíos resultan de modo simultáneo, inevitables; y es que la pieza que falta y que reúne todo -se insiste en ello- resulta siendo, ante todo, el terror. En efecto, desde esa puesta en evidencia de lo más inaprensible y hondo; a partir de ese reconocimiento de la nada y del terror, en tanto dominando sobre las más visibles periferias del fenómeno, ha de ser cómo se pueda saber hasta qué punto, la urgencia de lo ético naufraga en la impotencia que genera la ausencia de todo real soporte.

La endeble fundamentación del humano proyecto -condición indispensable para el afianzamiento de lo ético- deja al arbitrio de las sucesivas emergencias, el sentido de lo ya dado, de lo actual, y de todo lo pendiente.

La verdad es que avanzando en el registro de lo representativo -más allá de toda aparente pobreza, sobre todo en los niveles más específicos- con sólo reconocer esta ignorada condición fundadora, se podría en cambio, dar cuenta fidedigna de estas inapropiadas resultantes.

De modo general, es ésta de hecho, la clave que determina la progresiva inconsistencia de cualquier urgencia ética; tanto como, las consecuencias que a partir de allí determinan su constancia; al punto de -ya a nivel social- fundar todo derecho y toda inclusión y despliegue de lo estatal.

De tal manera se impondría la máxima y compensatoria negación defensiva, colectiva, envolvente; cuando no las compensatorias variantes, expresas en la periferia de lo representativo; sin que hagan excepción a ese nivel -ni qué decirlo- las derivaciones más íntimas y personales.

DIEZ. En síntesis, todo el empeño de este cristiano-ateo que resulta siendo Schopenhauer; quien borra a Dios, para dejar paso -como al descuido- a la nada más constitutiva; quien no sólo reconoce, que sin voluntad no hay representación posible ni pensable; de igual modo, deja -al final de su texto- como eslabón posible (casi sin explicitación visible por parte suya -o, peor aún- como desmoronamiento inevitable de toda la armazón que precede) el reconocimiento, de que también sin representación, toda opción de voluntad se esfuma.

⁵⁹ Acaso esta generalización oculte un cambio de coordenadas. Se impondría un texto más allá de éste, que explorara cómo el terrorismo altera de modo decisivo -sin por supuesto desaparecerle- el mapa de la creencia.

Por decirlo de otro modo: la voluntad tiene terror a la ausencia de representación; el terror delata por eso, la insuficiencia definitoria a partir de la cual se apuntala toda voluntad.

Si la voluntad fuera en sí, la urgencia de representación carecería de toda justificación; es pues la forma de forcluir el terror: saturar desde la voluntad con representación inagotable, desmesurada, ininterrumpida; donde nunca tenga opción posible el vacío.

ONCE. Si bien ello impone el desmoronamiento fabuloso, de la hasta entonces lúcida construcción -y a lo cual el propio autor asiste como desde un resignado suicidio teórico- más allá de él mismo, se hace posible -sumando una pieza- establecer el decisivo entronque entre la nada y el terror; enlace inexpugnable sin la cobertura de la luminosa voluntad (omni-presente allí, decidiendo siempre, emergiendo en cada resultante).

Como la más arbitraria pero eficiente paradoja; desde la puesta en acto de la desmesura estética, en cambio; imponiendo la certeza de lo inaudito, como inabandonable condición creadora, y en tanto entendida ésta como irrupción de lo inefable, de lo enigmático, de lo indetenible, de lo indescifrable, al tiempo el más radical e irreductible impedimento da a lo existente opción enigmática de emergencia.

¿Qué importa sumar allí cualquier concepto, que más que explicar, demanda justificación él mismo? Sin embargo ¿para qué entonces, a partir de ese punto, cualquier posible reflexión?

Por supuesto, sumando apenas lo dicho aquí a los planteamientos de Schopenhauer, entre la nada y el terror, desde una y otro, existe más de un eslabón que arma intermediación con el universo de la voluntad y de la representación. Y, esa nada, no puede serlo desde el universo de la representación; salvo, si apenas se la reconoce como impedimento, para dar cuenta de la real fundamentación de fuerza, que en su despliegue, éste último porta.

Si hay terror desde el registro de lo representativo es porque allí -donde la nada, más que se retrata, se nombra- puede darse, de modo imprevisible, la irrupción franca, de cualquier posible, indescifrable todo; alternativa, entonces tanto más aterradora.⁶⁰

UNA ESCULTURA DE DEGAS

UNO. Existe una escultura -la primera que realizara Degas- la cual es una bailarina en cera (“Pequeña bailarina de catorce años”) y con un literal vestuario en telas y encajes: dueña sin embargo de una condición enigmática donde de manera terca se encierra; y que, no por nada, le ha hecho famosa en la historia del arte.

Degas era un pintor que visitaba -con tanta frecuencia como lo hiciera Toulouse Lautrec con el parisino teatro donde se bailaba el can-can, “Le Moulin Rouge”- el

⁶⁰ ¿Por qué, en consecuencia, Dios no aterriza? Dios llena como un todo, para no dar acceso posible a la nada; y, su urgencia -al menos, psicológica- se devela en cuanto permite la máxima defensa frente a la emergencia, y frente al reconocimiento, del terror. Asumir el todo como sabido y evidente camufla por ello, toda posible emergencia del terror. Basta comparar el antiguo con el nuevo testamento, para reconocer cuánto esfuerzo comporta lograr este resultado.

Cf. Otero, J. “Psicosis escrita, Psicosis reclusa”, 2006-07. (Texto inédito).

lugar donde, también en París, se escenificaron siempre las grandes obras para ballet, el Palais Garnier.

Tres hermanas procedentes de los barrios pobres próximos al “Sacre Coeur”, eran aprendices de bailarinas y casi con seguridad, más tarde o más temprano, amantes de adinerados señores, proclives de modo simultáneo por las chicas bailarinas y por el goce indescriptible que comporta el ballet.

Sólo una de ellas sobrevivió a la adversidad y terminó siendo consolidada profesora allí. Quien sirviera de modelo para Degas, la hermana intermedia, de manera definitiva desprendida de su inicial condición artística, pronto naufragó en una vida más que sombría.

Dueña de una introspección intensa e indescifrable, Degas retrata a la joven muchacha en una pose característica, propia de las primeras enseñanzas del ballet; no falta quien suponga apenas allí, una escucha atenta a la voz de la profesora que busca corregir al máximo la posición mencionada. Lo cierto es que de tratarse apenas de esto, no hubiera conseguido representar el escultor más que una puntual circunstancia, sin hondura suficiente como para justificar la llamativa condición evocadora que más allá de una mera anécdota la figura repone.

DOS. Pues bien, si se ha dicho aquí que “La Mona Lisa” retrata el olvido del simio, cabría con igual vehemencia decir que “La pequeña bailarina” de Degas, de algún modo repone la recuperación del mismo.

Ha afirmado antes “la crítica”, que la amarillenta figura de cera a veces evoca las momias egipcias, o que porta rasgos más próximos de los rostros indígenas de la América del Sur, y que, entonces sí -más lejos aún- no puede ser ajena a su vez de cierta perplejidad de simia.

Algo de primate tiene en efecto ese perfil que da una contención singular al gesto animal -latente al tiempo que innegable- que ese frágil cuerpo femenino comporta y soporta, al punto de poderse fantasear, sin forzar en demasía las cosas, que la mirada kafkiana de la compañera de Pedro el Rojo -de manera simultánea con esa escucha instintual, donde el terror, sin notarse de modo pleno, no deja sin embargo de anunciarse a título de tensión extrema⁶¹ pareciera retratada así, a su vez.

Allí ambas criaturas -muchacha y simia- sin acomodaciones excesivas, podrían de hecho coincidir.

TRES. Una interioridad -tan expresiva e intensa como impedida- resume la condición más decisiva y definitoria de lo irrealizado, de lo irrealizable; y repone por ello, de modo simultáneo y trágico, los polos de lo artístico y de lo instintual pues no deja opción posible de solución real.

De hecho, no se trata aún de la bailarina consolidada ni de la mujer en la plenitud corporal de su ejercicio, ni artístico ni erótico; el modelo no puede dejar de acentuar la condición linderal y adolescente, donde el aprendizaje se reimpones como tiránica exigencia.

Dada pues tan precoz presencia desde donde encarnan y se contaminan los mencionados extremos (mujer y niña, aprendiz y consumada intérprete) torna, en efecto, impedida toda posible síntesis; como que urgen, de modo simultáneo, la tiranía de una técnica engorrosa de largo recorrido, y la urgencia contrastante de

⁶¹ La ruptura con la envoltura natural no sólo comporta tecnologización creciente a partir de allí, más tarde o más temprano, en cualquier imprevista coyuntura, impone abrirse a la experiencia dominante del terror.

inmediatos exutorios; por no decir, de indispensables emergencias explosivas, fruto de la irrupción hirviente de las más primarias necesidades.

Como fuese, contención radical que dispara la presencia indiscutible, el peso de la más radical interioridad sobre la periferia indefensa de ese cuerpo -inmovilizado a partir de más de una condición externa; por supuesto, incluida entre ellas la propia gestión del artista- la muchacha inmóvil está llena de íntima animación, de indiscutible y tensa movilidad apenas refrenada en ese cuerpo frágil, dueño, sin embargo, de un sorprendente vigor.

CUATRO. Así sea tal resultante al tiempo en extremo paradójica, esa escucha es referida hacia adentro, más bien de manera implosiva.

También, de hecho, la mirada aparece cancelada como empírica visión; lo cual, si bien se ve, la da en su más pura acepción.

Como si desde esa doble dimensión, al tiempo que ella escudriña la primera imagen de sí misma, se impone esto así en tanto marcha en pos del sentido de una existencia cada vez más irresoluble e impedida; de modo creciente, embolada de su personal apropiación.

Esto se hace menos etéreo si se reconoce -en el abuso que condujo, por encima de la voluntad del autor, a fundir de manera reiterada en bronce y en hierro la escultura- la pérdida de esa vulnerabilidad que la imagen en cera, y cubierta con una prenda de telas y de encajes, en principio retrataba.

Sin esta manipulación no hubiera sido posible reconocer, en el uso de determinados y diversos materiales esa clave de sentido -entonces, fluctuante y contrapuesta- que convierte a la figura en consolidación de un poder irrefutable hacia el futuro, desde que se solidifica y afirma en materiales vigorosos. En cambio, en franco contraste, desde la inestable consistencia de la cera, se impone una nostálgica sugerencia de retorno, más allá del referente infantil así incluido, casi colindante en efecto, con el abstracto congelamiento de las momias más antiguas. Tanto más, si se suma el reconocimiento de irregulares texturas que acompañan tal resultante, a la cual Degas quiso sostener así, por encima de todo posible pulimento.

CINCO. En cera, más que una chica que se eterniza en lo inamovible, se trata de la universalización de lo femenino más salvaje, que ausculta sus orígenes sin lograr asirlos, pero afianzándose en ello a partir del más insalvable impedimento; contrario a cuanto quisiera imponer la anecdótica y personalizada versión que hace hincapié apenas en literales coyunturas del oficio, en escuetas y precisas reposiciones de escucha técnica.

La “pequeña bailarina” en cera incluye pues -se ha venido confirmando- una semejanza innegable con momias antiguas que ofrecen decisiva resistencia al paso de los tiempos. Esto le da a la resultante artística concreta, la condición de un anacronismo, impreciso pero contundente.

Es como si la juventud llevara puesta encima de manera precoz, los trajes de la más congelada y contenida vejez.

Si se suma a ello la condición vital que se busca capturar entre la niña y la mujer que esta adolescente es -elegida con toda intención en ese justo límite por el artista- el choque entre contrapuestas condiciones de todo tipo, se incrementa y agrava.

SEIS. Y ello, más allá de lo previsto.

En efecto, la tensión resultante es inocultable, y en la inmovilidad extrema asumida a partir de esa obra; además, en sentido contrario a la urgencia de captación de la

dinámica a la cual aspira toda la anterior producción del pintor, es esa torsión cuanto lleva por primera vez del lienzo a la escultura; allí -donde deteniendo al pintor, nace el escultor- una crisis intensa y secreta no puede dejar de sospecharse también en el artista; quien brinda así, a la vez, su auto-retrato.

A Degas -es bien sabido- le interesa sobre todo el movimiento, pero también y por encima del asunto del ballet -de otro modo, pretexto menor- la mujer. La mujer, que al moverse, se hace arte. Entonces sí, la mujer que danza y que se esfuerza en la asunción de una técnica tiránica y rígida; lo cual da paso al milagro de la perfección, a la incomparable resultante de máquica belleza.

La inmovilidad recupera el paradigma de una imagen que se impone sobre cualquier otra urgencia y que el escultor se decide a dominar como redondo desdoblamiento representativo; representación de la representación, en efecto, que recoge la más cercana unión entre fenómeno y voluntad; en el punto máximo de armonía da -en espejo- el ensamble perfecto, el vínculo decisivo que ata autor y obra.

SIETE. Esta chica -quién va a negarlo- no danza; es claro, que se prepara para ello, con toda dedicación; y, cuando se le capta en el congelamiento de esa imagen -imagen que retrata en principio más bien una pose, antes de una opción específica de mujer- se aprehende su más honda y silenciada interioridad; por lo demás, condenada a sucumbir de modo irremediable.

Pues bien, es allí donde de la manera más pura y refinada, más espontánea y compleja, emerge sin más la reapropiación de la vida (por supuesto, hasta donde la animación artística puede recuperar la vida).

Fuese como fuere ¿cómo es posible esa apropiación, si se sabe que se trata de un recubrimiento inorgánico, de un material armado, montado sobre las más rígidas estructuras, ajenas a todo discurrir de órganos y de fluidos, de células y de tejidos, de músculos y de nervios, de huesos, y de tantas otras anatómicas condiciones? ¿Cómo, la más distante verosimilitud de cuerpo humano interno, da paso en su periferia a la más próxima certeza de animación?

Que Degas ha retratado la pura escucha en conjunción con la más refinada mirada auto-referida, ha sido resaltado también aquí. Y allí -sin duda pasando por encima de empirismos supuestamente inapelables; desde ese estado para nada aislado o excepcional, factible en cualquier ser humano (incluso, a partir de un determinado punto, en cualquier ser viviente) Degas ha captado la comunión entre el silencio más originario, entre el vacío más constitutivo y la más periférica encarnación, la más compleja y densa, la más bella y singular de las resultantes.

OCHO. A mitad de camino entre lo salvaje y lo doméstico; entre la simiedad y la más refinada consolidación artística, al tiempo resultan ellas (muchacha y escultura) más fácilmente unificadas en tanto -a futuro, y dada su fragilidad constitutiva-condenadas a la extinción, a la irrealización.

Sin embargo, y desde entonces -portando de modo simultáneo, también la congelada denuncia, el grito imposible de acallar- pase cuanto pase a partir de allí, la escultura es denuncia muda, sin siquiera locura de marca (lo cual le hace ser perceptible con mayor vigor y hondura).

En efecto, de otro modo ¿cómo entender que el autor de “La pequeña bailarina de catorce años” no quisiera que se la refundiera en materiales menos percederos? Y, sobre todo ¿por qué, por encima de su voluntad, sin respetar su muerte ni su designio; del modo más irrespetuoso con la memoria del pariente artista, sus herederos hicieron caso omiso y procedieron a capricho por una vía inversa; y -desde

que éstos nada hicieron para impedirlo- contando para ello con la complicidad del resto de sus semejantes?

Sin duda alguna, socializado e invisible, algo muy próximo al terror decide en todos los sentidos.

Entre móviles y motivos de todo orden, nada más escondido pues que ese modelo intermedio entre el terror y el terrorismo; entre el modelo de base, y la versión que le somete, asumiéndose como portándole de modo directo; generándole de manera progresiva, a título de indiscutible efecto, emerge el tono terrorista.

REDONDEAMIENTO TRANSDISCIPLINAR

UNO. No sólo se evidencia el olvido del simio que subtiende en la “Mona-Lisa”, dada la arbitraria ausencia de sus cejas y pestañas; también -tanto más finamente presente- a su modo, retratado por el paisaje de fondo, el cual, visto de manera aislada debiera abrir hacia la libertad; aunque, si bien se observa, integrado como está en un conjunto del cual es mero fondo, se trata en realidad de lo contrario; o sea, de un paisaje al cual la mujer da la espalda para atender en cambio a la seducción de su copia.

Tal cual -supuestamente en contravía frente a obligatorias exigencias- al cuerpo de esa mujer lo esconde un vestuario, más allá de ese entorno diluido ¿no se está de hecho escondiendo lo más impenetrable, lo incapturable?

A través de esos camuflajes, de esos encubrimientos, tan reales como imprecisos, se oculta la verdad de cuanto se quiere expresar, de esto que se aspira a recuperar, a través de ese femenino modelo, cuya mirada⁶² expresada así delata a su vez, ya no la demencia de la mona de Kafka; inversamente sí, en cambio, esa imperceptible ceguera del salvajismo selvático, camuflado tras el domesticamiento del paisaje. Esa doble negación, a partir del horizonte natural, arma radical desgarramiento.

No ha de tratarse de la selva como tal; se alude a su des-vínculo.

Como fuere, y reunido todo por encima de cualquier empeño humanizante -seducido desde esa mirada, en cuanto ella retrata la reposición terca de tal enlace interrumpido- es a la recuperación de esa pérdida a cuanto habrá de aspirar Pedro el Rojo; por ello entonces desbordante, delirante mirada, tanto más verdadera que lo más verdadero; hueco definitorio que hace abismo de lo natural, al tiempo resulta incapturable, imperceptible para el común de los hombres; tal cual la primitiva procedencia repugnada, donde la selva debe ser con todo empeño reducida a mero paisaje de fondo; a partir de entonces secundario, subordinado complemento apenas; sometimiento que se impone a título de definitivo domesticamiento.

DOS. La locura tras la simia mirada -ahora se hace posible reconocerlo de manera más clara- retrataba sin graficarlo, el llamado del paisaje inaugural, perdido a partir de la exclusión que comporta lo humano, y retomado por fuera de contexto y de sentido desde la más desbordante primariedad, como violencia improcedente, ejercida sobre cualquier posible especie, próxima o distante; pero ante todo, sobre lo humano mismo; por ello, fascinante espejo en negativo para Pedro el Rojo, desde que no alcanza a remontar su condición de víctima sometida, desde que repone extrema sumisión; allí, donde bien visto todo, debiera darse un inaplazable estallido ¿No es a

⁶² Un cuadro sólo porta mirada, pues es claro que quien está retratado allí, de hecho no ve. Es esta una clave enigmática de animación que sin duda el arte siempre supo aprovechar.

su vez eso entonces cuanto el simio-humano lee en la mirada de ella? Hundirse en el sexo le libra de la bestia, ahora que sabe más de sobrevivencia que de mortal arrojo. Asumidas las cosas desde esta virtualización darwiniana, de su parte “Mona Lisa” hace apenas inversa, especular mediación, de esto que es cuanto se ofrece ahora; que de hecho le decide a ella como fondo, dando lugar predominante a la evocación nostálgica del paisaje; y ha de serlo también, en relación con ese vestuario, el cual realiza indispensable mediación, si bien no se puede asegurar -sin de ese modo forzar las cosas- que prolongue el paisaje.

Ese lazo de unión -presente aunque no explícito, intangible pero determinante- fascina a la muchedumbre de los hombres de manera tan enigmática, como la mirada demente de la simia atrae a Pedro el Rojo de modo tanto más primario.

TRES. Si, de otra parte, se piensa en la “Pequeña bailarina” de Degas, se hace conveniente reconocer que el paso del artista del lado de la escultura, al tiempo que libera a la resultante artística de todo paisaje y de todo enclaustramiento,⁶³ ha de ser también por eso que la escucha y la mirada -autonomizadas del mero oír y del escueto ver- se concentran por ello, se purifican sin restricción, a favor de una interioridad; ella sí cerrada, cargada del lado de eso que en textos previos a éste, ha sido apelado paisaje interior y banda sonora.

Allí también es posible reconocer el retrato de cuanto quiso ser la mona de Pedro el Rojo, convertida en amante de tan extraño mutante, apenas decidida por su nocturna entrega y de la cual Kafka no dio, o no quiso dar detalles mayores.

¿O es que acaso se piensa que esos eróticos encuentros, que esas animales refriegas, habrían de acontecer sin generar hondas consecuencias?

La chica de Degas es, como pocas, doble resultante; estatua, de una parte; de otra, modelo que si se borra, no deja de estar por ello tanto más presente allí. Sin escarbar mucho ¿acaso una y otra tienen la misma edad? La niña que posa debe saber del sexo ya, no sólo apenas como niña; envejecida incluso por la precoz vivencia erótica, pareciera en su inmovilidad escultórica sorprenderse de cuanto lleva incluido adentro, y de lo cual no puede dar mínima cuenta pues -de serlo- no habría de saber siquiera si está embarazada o no; paralizada en ese punto la recupera Degas, y con sólo eso trasciende todos los padecimientos de lo humano forzado, de lo humano decidido antes de toda indispensable maduración; y, sobre todo, antes de toda decisión propia, inalienable.

Si se pensara que se parte aquí de inciertos, de indemostrables supuestos, basta con reconocer la forma como la vida de esta chica que sirviera de modelo a Degas se decidió de hecho, unos meses después.

Como fuere -más allá de la modelo- apenas allí donde la escultura inmóvil retrata, duplica, la física inmovilidad de ella; como desde un presente detenido que quisiera cancelar el futuro, algo -congelado también y desde entonces- contiene un desborde, paraliza un estallido, recupera un punto extremo de tensión; y deja, entre un polo y otro, o bien la opción de una sexualidad desgarrada, o en cambio, la puesta en acto del milagro de la danza donde música, cuerpo y enigma, se refunden en la más armoniosa y artística resultante.

CUATRO. Después de recalcar de la manera como se hizo aquí, sobre las sutiles significaciones que puede incorporar el vestuario de la “Mona Lisa”, no deja de ser llamativo a su vez el tema en esa escultura, cubierta en la periferia de su cuerpo, por

⁶³ Recalcando a partir de este reconocimiento ¿qué es, si no paisaje cancelado, el fondo de los cuadros que hasta entonces ha pintado Degas?

ese traje convencional de bailarina de ballet; sobre todo, en enlace con el paisaje ausente, su condición encubridora parece tanto más precaria y restrictiva. Desde que la escultura lo porta así, esa literalidad que incrementa la distancia, resalta -tan sutil como radical- tales trasfondos; sobre todo, de modo insoluble, amarra eslabones en una sola cadena; de otro modo, ajenos entre sí, escultura y modelo; escultor, incluso. Más aún, se trata del incremento de la distancia de lo natural, que deja tanta mayor certeza de la cancelación del paisaje, y que en “Mona Lisa” -estando de hecho presente- sirve apenas de contraste; impone y exacerba el peso del olvido de la simiedad; y si es que se aspira a una recuperación de tan decisivo substrato, obliga por ello a un recorrido tanto más denso.

En “La pequeña bailarina” todo se guarda como terca interioridad; en “Mona Lisa” es laxa pureza de intimidad con la que desde afuera, nunca se sabe el verdadero enlace, tan posible como impedido.

La diferencia ¿dónde va?

Acá se trata del olvido del simio, allá de su imprevista recuperación.

Es por ello que las alusiones exteriores -incluso el perfil de la chica (no por nada, así fuere a partir de una muy fina referencia, asociado a lo simio)- sirven apenas para radicalizar la contundencia de una animación, tan verdadera, que resulta difícil pueda darse en tal sentido (por dos rutas, injuntables tanto como posibles) modelo equivalente o comparable. Tampoco “Mona Lisa” se desarticula por eso.

CINCO. ¿No cabe ahora releer a Kafka y entender por fin que no se trata ya de Pedro el Rojo -más que en tanto espejo humano desechado, devaluado- del humano olvido del simio y de su recuperación, las cuales se suceden como la noche sigue al día, y viceversa?

Sin duda es esto cuanto ese mono retrata desde Kafka, único que le ve en primera instancia, como que es él quien le crea.

Si bien se lo observa, todo consiste más bien -antes que de la historia particular de un mono en desgracia- de las heridas sobre ese cuerpo de primate que le separan de la horda de la cual hacía parte, condenándole a la soledad de su más imprevista supervivencia (“Dolor que les hermana” -hubiera completado Schopenhauer).

Y se trata también de la prisión animal, antes que de la incómoda, insoportable circunstancia -pronto por ello remontada- de un ser olvidado, extraño y ajeno. La reclusión sintomática del simio, que si ni se olvida ni se recupera del todo ha de ser porque arma intransferible bomba de realidad suplementaria⁶⁴ y en ella habita; más bien, en cambio, recuperado por esa curiosidad definitiva que tal criatura, escindida así, dispara en lo humano; curiosidad de la cual resulta imposible escapar. En efecto, en esa actitud de los humanos, en ese dedicarse a embriagar al animal preso, por ejemplo, como si se tratara de un anhelado “pendant”, de un complemento de soledades en equivalencia; en esas ofertas de semejanza pues, se juega todo y ha de ser esto cuanto explique el milagro especular -que en tanto le retrata así de manera irónica, burlona- hace hablar al simio.

Como fuere, es esto cuanto el mono puede ver ahora, a falta radical de todo anterior paisaje.

Y es allí -a partir de cuya pérdida suplantada cabe desde entonces decirse “Hola”- donde los habitáculos de los hombres se hacen paisaje negado.

⁶⁴ Es este otro concepto de la Clínica de lo Social que busca recoger desde un denso conjunto, la condición de “algo condenado a estallar” que aglutina -a partir de la dominante emergencia del terrorismo- a la variedad de las resultantes, sobre todo humanas; desde entonces, el futuro no puede dejar de inquietar y de generar incrementada impotencia.

En esa abstracción definitiva de su libertad, el mono aprende de la negatividad; indispensable para “poder decir”, para verse obligado a “decir”, tal cual a un niño que le cortan del antro materno y debe ahora -desde la simultánea operación que impone hablar y reconocerse en el espejo, como quiso Lacan- instalarse en la inapelable resujeción con lo humano.

CINCO. ¿Mas, qué? ¿Acaso se deriva esto de aquello, aquello de esto?

Una cosa es hablar, otra reconocerse; a no ser que se trate de una tercera opción que incluya ambas operaciones. Esa alternativa imprevista sería lo máquico; modalidades del complemento (imagen especular y lenguaje), ambas ofertas derivan consolidadas desde lo tecnológico -lo cual no sólo decide la Obra; en realidad, la completa-; nuevas modalidades de lo humano -que son Obra ya- sólo asumiendo este recorrido alo-plástico y de modo colectivo -o sea, como especie- ambos asuntos tratarían entonces de una simultánea operación.⁶⁵

¿Qué pasa entonces a partir de este señalamiento con el mono de Kafka?

Lo humano convertido en Obra (o sea, lo máquico) no da lo simio generador de lenguaje; ha de tratarse entonces de una simulación, no de una indiscutida recreación. Modalidad alo-plástica -de antemano prevista como prioritaria, como dominante, como la única tiránica opción de posible despliegue- el simio, siguiendo su propio recorrido, es apenas un parásito insostenible, incapaz de hallar una salida propia, una ruta autónoma.

A nivel de lo humano en cambio, se sabe que se trató y se trata, no sólo de librarse del terror; se impone hacerlo de modo colectivo. Es a eso a lo cual, conjuntados, obligan el auto-reconocimiento especular y la opción del lenguaje; y, con ello, el despliegue mismo de la Ciudad envolvente, cuya apropiación salva de caer en los extremos múltiples de todo otro destino posible⁶⁶.

Y ha de ser por ello que se incluye la defensa; sólo que entendida como cobertura de conjunto; a lo cual -apenas en segunda instancia, derivada de allí- se acomoda la urgencia personal.

Es entonces cuando se sabe, que al extremo de toda alternativa urbana, no resta otra cosa que el agujero negro de las psicosis; y del resto de exclusiones también; que se imponen a las más estéticas y envolventes emergencias humano-urbanas, en tanto valorativas demandas, generadas a partir de las exigencias autoreproductivas de lo social.

SEIS. Ya había sido sugerido, pero no había sido recuperado de modo suficiente como para no dejar de incluir sesgos diversos; en efecto ¿cómo no habría de ser distinto todo, si se tratara apenas de alternativas personales -reunidas una a una, como pide lo clínico- en cambio de asumir la Obra toda, como montada a título de gancho para proteger del terror? Anestésico generalizado que al final no parece tal -pues de hecho no se reduce a ello- lo cierto es que es ése, el real aporte que suma allí lo más personal. De resto, la Ciudad ha de ser desbordante despliegue estético, donde

⁶⁵ Matiz menos visible cuando se trata de lo especular, pues la apropiación de lo humano parece entonces esfuerzo inseparable de la dimensión de lo más personal. Sin embargo, sin la mediación de lo humano, de lo social y de lo urbano -desde la madre hasta la industria y el consumo- lo cierto es que el niño no podría aprehenderse; de hecho, ya la forma de hacerlo se modifica según se alteren los lugares desde donde se mueven estos indispensables referentes. Sin embargo, obligados a estar unidos en una común operación, se termina desatándoles, escindiéndoles.

⁶⁶ Obsérvese cómo aquí se consolida el paso, que de modo obligatorio, lleva del Psicoanálisis hasta la Clínica de lo Social.

hasta el terror halla -de modo causal, y al tiempo como potenciado efecto- lugar preciso y subordinado.

Es por esto, que aunque el terror pueda emerger por encima de toda colectiva defensa, se está sin embargo, a nivel personal, anestesiado para padecerlo; como si el agujero sin fondo estuviera en otra parte, o -personalizado de modo inexplicable- recayera en el cuerpo del loco.

La resultante ¿cuál es, entonces?

Por causa de lo tecnológico, lo humano ha vuelto a ser horda sin necesidad de armar indispensable grupo, obligatoria masa (a ello, en textos previos a éste, ha sido apelado instancia de masa). Sin darse apenas cuenta, cada quien va sumado a la uniformidad que le decide; pues, es desde afuera como lo similar retrata ahora y permite reconocerse en lo humano.

Como si en cada caso se tratara de la cédula de ciudadanía -que antes de la inmediata, empírica presencia tuya, colocada sin más frente a los otros, es cuanto decide que seas tú, de modo más certero, más aceptable-; asunto, en cambio, más próximo del anonimato amenazante, del llano impedimento para toda voz y para toda imagen; al menos entonces, se habría de imponer esa punta de inicio que incluye la exclamación “¡Hola!”; la cual en realidad no dice nada, pero abre la opción para decirlo todo. Puede que en ese extremo no se trate entonces de manera literal, de obligatorias cédulas ni de externas identificaciones otras, pero delata sí, hasta dónde la persona aislada y autónoma resulta imposible.

Lo humano-máquico es pues hechura desde el exterior; verdad completada desde afuera, más que pura esencia interior; como la imagen especular, como la palabra que se recibe, que se aprende y que se acepta desde los otros y que, si a posteriori se da a ellos, ha de ser sólo a partir del cumplimiento de esa previa condición.

Esa carencia, esa renuncia -también como en la “Mona Lisa”, pero a la inversa- es cuanto retrata la “pequeña bailarina” de Degas; y es ese el motivo por el cual a hombres y a mujeres les llama ella y les fascina, en cuanto lugar de lo impedido más constituyente; y, ahora, sólo alimento para cualquier voraz, inllenable nostalgia.

Y ha de ser también ése el único motivo por el cual ambas obras -“Mona Lisa” y “La pequeña bailarina de catorce años”- han tenido necesaria presencia aquí, en este escrito que no trata menos de Darwin y de Freud; todo por causa también de Schopenhauer; y, tanto más, de Kafka.

ANEXOS

ADICIONALES TEMAS DE DISCUSIÓN

UNO. ¿Qué acontece si se piensa al tiempo en Darwin y en Marx?

Darwin no hace referencia a las clases sociales.

¿Cómo evolucionan los sistemas económico-sociales? O sea ¿se da evolución entre el comunismo primitivo, el esclavismo, el feudalismo, el capitalismo? ¿Cómo se ata

esa sucesión? ¿Por qué el paso siguiente ¿Hay paso siguiente? ¿Es o no es el socialismo? ¿En cambio qué, si no?

Resultaría interesante mirar en perspectiva instintual, pulsional y tecnológico-terrorista esa cuestión animal-humana, animal-social, territorial-urbana.

Hambre, sed (Darwin. Op. Cit, P. 72), claves de control poblacional (Malthus. Ps. 112 y sigs.), sociabilidad del ser humano (Darwin, Ibid. Ps. 58 y sigs. Ps. 64 y sigs.).

Lo social ¿un instinto?

Clase social y territorio. Clase social y raza. Nazismo y clase social.

El asunto de la propiedad. Lo humano y su Obra.

Incluso, al abordar el debate, a partir de la contraposición principio de placer-principio de realidad, sumando a ello el resto del asunto de la economía psíquica prevista por Freud, los tres modelos (Darwin, Freud, Marx) ganarían en riqueza y en complejidad trans-disciplinar.

En realidad ¿qué derivaría de ello?

DOS. Indispensable aclaración: no sólo debiera pensarse en progreso, ni dar un ordenamiento selectivo a la variedad de resultantes, cualesquiera fueren. Ya ha sido señalado que cuando se alude a la evolución, su sentido -más que selectivo y direccional- tendría que hacer relación al cambio, a la condición metamórfica.

Por decir algo: si bien se le mira, perder la capacidad de enloquecer de manera progresiva, también podría ilustrar la atrofia de lo humano desde una inesperada y desconocida hipertrofia de sus desordenadas opciones de irrealización.

Lo atrófico y lo hipertrófico no es que no se den; es que se deben mirar como modalidades metamórficas; sin de manera necesaria tener que incluir entonces una inconveniente, una excedente, una distractora valoración allí.

TRES. A su vez y en consecuencia -en cambio de someterla al control que comporta reconocerla en conexión con referentes como progreso, perfección, normalidad, etc.- la locura es ella misma sólo si se busca definir las especificidades de sus mecanismos; dicho de un modo más preciso: según se le piense, cuanto se apela normalidad, decide la forma de abordar lo demente (y ello lo pierde; lo somete, pero no le deja ver en realidad).

En lo posible: mirar entonces la locura, no como el polo de un modelo que le completa en tanto antagonismo irreductible; asumirla en cambio como resulta siendo en sí; como reposición nómada, extra-urbana; como modalidad virulenta.

Lo mágico y la locura. De entrada, lo humano surgió como delirio y colectiva alucinación; modelos mágicos (Cf. El perro y el quitasol. Darwin. Op. Cit. Ps. 58 y 59).

Ya con Dios, se consolida la institucionalización razonada de lo animista, hasta la dominancia radical de la máquina (religiosa asunción de lo tecnológico; Dios como suplemento mágico).

Cabe, a partir de allí, rehacer la pregunta en relación con el inconsciente; en tanto coartado por el despliegue alo-plástico de la Obra ¿lugar donde se instala la evolución impedida de lo humano?

CUATRO. Asunto enigmático: ¿Cómo los individuos resultan siendo sacrificados, sometidos por el colectivo? Siendo que los primeros ofrecen la certeza de un consolidado armado psíquico, de una indiscutible inmediatez empírica; mientras -a falta de un aparato apenas diferenciado, y menos aún, controlado- a nivel colectivo, pareciera tratarse más bien de una inevitable y difusa resultante; aunque sin guía ni patrón de base visibles, casi apenas sostenida esta última, por una mera y ciega fuerza integradora; resultante unificada y mantenida por el mero encadenamiento -tanto menos justificable- de emergencias globales previas; siendo todo esto así ¿qué hace que esa involucencia de conjunto termine siendo -no escueta consecuencia; no mecánica sumatoria de despliegues múltiples, intencionales, particulares- en cambio sí, definitoria y sobredeterminante resultante?

Si, en consecuencia, entonces se pensara lo social como aparato equivalente de aquel que aglutina lo psíquico ¿no sería otro asunto la sociología, vista de este otro modo transdisciplinar? ¿Ésa sola hipótesis, no presupondría opciones autoreproductivas dadas, desde la matriz estética generadora de formas; en cambio de -más allá de ello- no saberse responder por qué, ni para qué, ni desde dónde resultan dirigidas?

Una posible versión inaugural sería partir del convalidado reconocimiento, según el cual, todo se habría dado a la inversa (lo colectivo sería, en tal sentido, siempre fundante, y la emergencia individual, apenas diferenciada a niveles recientes y tardíos); sabido en exceso, es cierto, la verdad es que nunca se le ha revisado de manera sostenida y desde ambos registros; indagando, sobre todo, por las claves y los puntos a partir de los cuales sobrevino esa torsión, que hace de lo más próximo dimensión causal, antes que efecto, que consecuencia inocultable.

O sea: es sabido que de entrada, en los inicios de la historia, no se trató de cuanto ahora parece irrevocable; antes que a tardías demarcaciones personales -en cambio ahora demasiado visibles- se alude por esto, a hordas; pero, entonces, no sólo se debiera resolver cómo se consolidó y cómo se perpetúa tal torsión; a partir de allí, se impone dar cuenta, de cómo se perpetúa el encadenamiento de las resultantes de conjunto; qué las mueve, en pos de su más radical auto-reproducción, sin existir aparato visible que responda por ello, o al menos reflexión sostenida al respecto

Una vez más, habría de reconocerse, que es por la ruta de una instancia de masa -olvidada por Freud⁶⁷, preparada por Freud- como se hace enlace con el conjunto; y desde cada modalidad, se refinan de manera derivada modelos de aparente autonomía; los cuales, sin embargo, no lograrían sostenerse desprendidos de allí.

⁶⁷ Freud, es bien sabido, habló de masas y de multitudes. El despliegue de lo tecnológico ha dejado evidencia de que cada quién puede hacer ensamble de masa, instancia de masa, de modo directo; como si -a pesar de toda supuesta intangibilidad imperante e inabandonable- se pudiera instalar sin más al aparato por todos compartido (televisión, internet, etc.), o al humano modelo de conjunto.

EXPOSICIÓN

SEMINARIO DARWIN Y FREUD. MANIZALES

PRIMERA OFERTA

UNO. Agradecimientos.

Confusión inicial. Dos conferencias, en cambio de la misma conferencia dos veces.⁶⁸

Venir de afuera (De Cali a Manizales).

Exponer, exponerse (Dos asuntos diversos que se reúnen al dar una charla).

A propósito de arriesgarse en público:

Hay un viejo torero a quien aún no se ha dejado de nombrar (Curro Romero), al cual el público, supuestamente entendido, de Sevilla quiso hasta el final. Debió ser sublime su accionar en sus años mozos; pero, al final de su existencia torera, si daba dos o tres pases que lo evocaran, por sólo ello las masas se daban por satisfechas y estallaban con un entusiasmo, que desde afuera, no dejaba de resultar excesivo.

Pues bien: una de las más llamativas peculiaridades de este matador era que había reducido el tamaño de su muleta, dando -con sólo ello- la impresión de un objetivo riesgo mayor.

También aquí acontece, de algún modo de manera semejante, con la escritura. Al final (después de un envío previo y la posterior redacción de un segundo desarrollo de similares proporciones), se trata ahora de contentarse con escasos y dispersos apuntes, que permitan apuntalar un nuevo despliegue; acaso menos pulido u ordenado, pero más fresco y reciente.

El resto -como dicen los taurinos- “se le deja a la suerte”.

DOS. Podría alegarse, que con el asunto de lo transdisciplinar -en tanto más o menos cercanos; sin embargo, por ello, apenas más ajenos- no sólo se ha terminado incluyendo multiplicidad de temas, sino que de este modo, se ha perdido el centro de la cuestión; que el resultado ha sido que el enlace entre Freud y Darwin resulte siendo apenas explicitado; que se haya perdido la referencia central; que se haya desdibujado el objetivo principal.

Para salir al paso a ello, se trata de repensar ahora el tema del parricidio, y ver hasta dónde, con estos señalamientos previos, el asunto se ha abierto hacia la posibilidad de nuevas reflexiones.

Que en los primeros tiempos se tratase de la ley del más fuerte (ley animal, ley natural, puesta allí en referencia con la vida y -sólo por ello- decidiendo lo humano) es a su vez, una idea que queda cuestionada, desde que se asume como punto de partida no tanto esta certeza como -a partir de allí- su interrupción o radical modificación.

⁶⁸ El sentido de los anexos que siguen, obedece a la circunstancia, que de modo inicial dio sentido a esta reflexión; se trataba de ofertar dos exposiciones sobre el mismo tema, a dos cursos distintos; no deseando repetir lo dicho, se optó por dos versiones, las cuales se reunían al final en una tercera y -esa sí- común temática.

Qué duda cabe: el protopadre, en tanto tal, una vez vencido deja de operar. A partir de esa clave Freud sigue en pos de la internalización de la culpa, que más allá de armar horda, aglutina nuevo orden; da paso a la socialización ampliada, y redistribuye los poderes; desde la renovación del modelo familiar -así sea aplazándolo- entregando a cada hermano, lugar renovado de padre. La familia en su nueva modalidad pasa a primar, y a partir de entonces Edipo se entroniza.

La culpa, esa culpa primordial, es la ruta desde donde se instaura el superyó; esto sólo, parecería dar la razón a esa versión freudiana del asunto; pues, lo cierto, es que Freud opera partiendo desde lo actual hacia la localización del fantasma primordial; sólo así, se hace demostrable y justificable, la reconstrucción que ofrece de la escena de origen; o sea -según se lo mire- entendiéndola como la última, o como la primera pieza, se completa así el rompecabezas del cual se trata; sólo de ese modo, el eslabón que falta resuelve la figura de conjunto. Igual proceder siguió el mencionado autor, al descifrar sus casos clínicos (“El hombre de los lobos”, por ejemplo); nunca, como entonces, es estético el proceder freudiano. Pero Freud no lo asume; ni, menos aún, hace otro tanto con sus consecuencias.

TRES. Más allá de esto ¿cabe sin embargo, otra posible derivación?

Lo cierto es que las claves de poder se alteran de modo definitivo con esta rotación; cuanto daba al padre dimensión de tirano, desde entonces lo envía a otro registro; idéntico de sí sólo en tanto con ello se genera una espacialidad otra: el inconsciente; mientras que su lugar originario -de un modo u otro- llama a ser suplido (El Otro lacaniano).

Desde entonces, la interioridad cobra dimensiones imprevistas; y es, a partir de allí, que -entre otras cosas- el superyó se arma y consolida.

Pero la operación es más compleja que todo eso; va más allá. Existen, en efecto, otras instancias que demandan a su vez explicación de origen; nuevas circunstancias de lo psíquico, que pudieron haber quedado por fuera de esa contundente lectura -válida sin duda, aunque de pronto insuficiente-; registros, que no sólo remontan las claves de interioridad, sino que terminan evidenciando su decisivo control sobre ella.⁶⁹

CUATRO. Por decir algo: una de estas dimensiones consiste en la consolidación a partir de allí, no sólo de un yo; antes de ello incluso, de una instancia de masa. De hecho, es desde la instancia de masa que se armará yo, y no a la inversa.

Como fuese, la organización fraterna da paso a un modelo nuevo;⁷⁰ coloca en segundo lugar por lo menos, el formato inaugural de la horda; lo social se consolida como poder, y la potencia de la individualidad del más fuerte se somete a su dominio y a su prelación; se abre la opción del derecho; la contraposición frente al modelo de conflicto se da paso a una irreversible oferta sublimada de justicia; opción, que si bien se la ve, comporta la mirada que se apuntala desde el beneficio del grupo; afinsa un recorrido, guiado desde la auto-reproducción del modelo de conjunto; el cual, por ello, se instaura como referente de verdad, que da sentido y valor al devenir de las resultantes.

⁶⁹ La oferta actual que esta propuesta clínica de lo social encabeza, comporta la resultante humana de conjunto; y, en tanto tal -antes que tradicional intangibilidad del alma; en cuanto sobreviviente presencia; esta última, entendida en retrospectiva: por decirlo así, desde más allá de la muerte (tradicional modo en cambio, de verla y justificarla)- hace, de lo psíquico, modalidad de lo urbano.

⁷⁰ En un texto de Canetti, (Cf. Canetti, E. “Masa y poder”. Alianza Editorial. Madrid, 1987) se desarrolla una reflexión sobre el tema de las masas, que podría dar paso a un escrito más amplio; no sólo en referencia con esta concreta idea, sino pensando en algo más general donde temas como el parricidio y la cultura, enfrenten diversos cuestionamientos y den paso a nuevas ofertas.

No tomarse el poder como cosa propia; no dar paso a ninguna compensación, por válida que pareciese y sin la obligada mediación de los recursos que para resolver las cosas el grupo determinase, es -desde entonces- la condición irreversible y fundadora. De manera suplementaria -inserta en el despliegue de la totalidad de lo existente- la justicia se apuntala así como definitorio asunto humano, La creencia en los dioses, como primera explicación de enlace entre los hombres y el universo, no daba paso fácil a este reconocimiento; de hecho -aún hoy- sigue, de algún modo, siendo así; pues la creencia en lo divino no desaparece, después del desplome de la antigua versión panteísta.

CINCO. “¿No está esto ya en Freud?”- se argüirá.

Sin duda que sí; al menos, en buena parte; en su carta de respuesta a Einstein⁷¹ por ejemplo, ya hay mucho de ello.

Entonces ¿de qué, en realidad, se olvidó Freud?

Con la oferta del inconsciente -en tanto asesinato no consolidado y que a su vez da paso al despliegue de la cultura, desde entonces entendidos como un solo y único acto inaugural- el asunto animal, sin desaparecer, restó escindido. Desde allí, el olvido de cuestiones decisivas obliga a la reiteración de empeños de recuperación suya.

Por ejemplo, con ese proceder se olvida responder por la razón; la cual, después de milenaria habituación dio paso a la opción de manejo contrapuesto.

De hecho, siempre el más fuerte venció al protopadre, en cuanto éste se hizo más débil, cuando envejeció y cayó en decadencia ¿Cómo entonces -quién debía suplirle- desde la consabida espera de un momento así, pasó a ceder y a ofrecerse,- o a dejarse ofrecer- en cambio como víctima a futuro? Y, sobre todo ¿cómo se perpetuó la compensada alternativa humanizante? ¿Acaso la culpa -antes de ofrecerse como explicación- no exige ser reconocida en su condición de enigma; no demanda, tanto más, desciframiento? Allí donde se da evidencia ¿no se impondría en cambio, un esfuerzo de explicación?

Para que esta torsión fuera posible, para que resultara en realidad inevitable ¿qué acontecimiento debió darse; qué condiciones se debieron modificar allí?

Antes de la consolidación de lo social, hasta hoy de un modo u otro sostenida ¿cómo no se entronizó, tanto más, la discordia?

SEIS. De otra parte, asumida la culpa como evidente punto de arranque; como axioma que escapa a la condición demostrativa; más allá de resolverlo todo en la literaria producción de un acto mítico que esconde la compleja y dilatada sucesión en el tiempo; derivando de ese presupuesto indispensable, Freud presupone una plena e inmediata cobertura al acto parricida, una culpabilidad generalizada sin más, que hace del asesinato de uno, el asesinato de todos. Para ello se impondría una conciencia de registro social que el ser humano -ni siquiera en la actualidad- está potenciado para experimentar, y menos aún, para implementar.

Ni aún si se diera, cuanto se da ya en vida de Freud, Ciudad consolidándose, modelo urbano avanzando en pos de la más plena involucencia, un acontecimiento tal tendría repercusiones de esa dimensión y de esa contundencia; de donde no basta tampoco con presuponer el indetenible y el enorme paso del tiempo para justificar tal efecto.

Ante ello, restan dos opciones extremas: o bien, cerrando los ojos, aceptarlo todo como dado; asumiéndolo por hecho, a partir del reconocimiento de su presencia actual indiscutible; o, en cambio, reconocer que se trata de algo construido a posteriori, con

⁷¹ Cf. Freud, S. Op. Cit. (Tomo XXII).

el aporte de ilustres antecesores, y que viene a dar cuenta de los orígenes; sumando al tiempo sombra y luz, a cuanto no se puede negar, logra algo de coherencia -de otro modo ausente- a partir de allí.

De hecho se juntan tres aportes, el de Darwin, el de Atkinson y el de Roberson Smith,⁷² y se procede a derivar las consecuencias de tal juntura, más teórica que demostrativa a nivel empírico.

Lo menos que podría derivarse de allí sería el reconocimiento de que lo más decisivo en Freud -al menos cuando se le mira desde una perspectiva darwiniana- es mucho menos propiedad de este autor, que cuanto de autonomía se le reconoce, en su conjunto, al psicoanálisis.

O sea, que es a título de suplemento como se debe precisar la condición de su originalidad; y, a su vez, es a ese nivel que las carencias posibles tornan tanto más significativas.

SIETE. Cabría reclamarse que -tal cual lo oferta Freud- el sentido del asesinato del padre es la culminación de una progresión donde antes que pensarle como acontecimiento reiterativo, se trata de su explosión excepcional; la cual, por ello, da paso a lo nunca antes igualado ni intentado.

La horda -sabido es- viene de afuera; ha sido expulsada; y -aunque desde esa exclusión tiránica, en tanto consolidada de modo precario- es ya una indiscutible organización social de nuevo cuño. Por ello, el asesinato no es atribuible a nadie en particular; es una ejecutoria de conjunto, donde toda intencionalidad resulta difícil de personalizar. El asesinato es compartido, colectivo, y es esa la razón por la cual se le atribuye inapelable generalización. Por lo demás -nacidos así- a partir de entonces las primeras reuniones humanas eran tan escasas en número, como ese grupo asesino; razón por la cual derivaba posible la equivalencia de culpa, que de esa manera -en acto, y a nivel fundante- se apuntalaba.

Y es desde allí, que en la lógica del psicoanálisis, se reconoce el lugar a partir de donde lo inconsciente se instaura; o, al menos, de modo contundente se expresa ya. En ese punto, la forma de lo humano haría distinción frente a su antecedente animalidad.

OCHO. Sin embargo, sólo una prolongada acumulación de cargas, un afirmado y creciente malestar, sumado a una desgastada forma de realizar al padre desde una aspiración insostenible de constancia; realidades hasta entonces contrapuestas de un lado, y de otro, claramente diferenciadas, vienen y se encuentran cediendo al reconocimiento que hace inocuo el parricidio originario. Desde que cabe la evidencia de una obvia condición, según la cual -dado que su suplantación a nivel grupal resulta indispensable- mientras el padre, a partir de un determinado momento deviene impedido para ejercer habituales y necesarias funciones de dominio e integración, basta reemplazarle a partir de allí, dejándole envejecer sin interferencias mayores; permitiéndole morir, al margen; y -desde su real desgaste- respetándole incluso; y, hasta reentronizándole, en tanto falte de manera definitiva.

El asesinato del padre puede o no ser hecho real; aunque -dada su recompuesta condición de impedimento, que genera la entronización de la ley en tanto, de modo contundente, le prohíbe- es más fácil que se decida como ficción literaria, o como necesario paso de humanización; sobre todo, como claves de interioridad, a partir de las cuales -antes que de asesinos empíricos, apenas contenidos por el influjo

⁷² Cf. Glosario al final de este escrito.

desbordante de lo social- se hace indispensable entonces la irremontable y constitutiva presencia de Edipo deseante.

NUEVE. Resulta indiscutible, que muchas veces se debió asesinar al padre; no sólo antes de reconocer que cabía esta otra opción, menos sangrienta, más dilatada. Entendido sin embargo por Freud el acto parricida como único e irrepetible, debió darse una condición de excepción que interpretara como insoportable el acto, transgresor y al tiempo fundante del nuevo orden.

Más que del asesinato, se trata entonces de su interrupción; y, entonces sí, de las consecuencias que ello comporta (el inconsciente y la cultura); y, desde allí, el resto de derivaciones posibles y pensables.

Y una vez se asume que al padre vencido, al padre no muerto, se le podía aislar; dejarlo morir, reemplazarle, el grupo podía de manera paulatina, hacerse conciente de que quien iba a suplirlo era en realidad un asesino y no el individuo más indicado para gobernar al resto; todo ello, independiente de que éste hubiese o no participado en el atentado. Desde que lo impedido, en silencio encarna en el gobernante, es el lugar reocupado cuanto confiere sentido transgresor a quien se atreve a asumirlo; y desde entonces, se impone allí una torsión de sentido, que en tanto devela la muerte como gesto inútil, deriva del lado de su condena; armando un poder equivalente o superior, y hace desde entonces posible, impedir la reposición del consabido acto transgresor y primario; reprimirlo y castigarlo; asumirlo como la más decisiva, constitutiva e inaugural prohibición grupal ¿Qué otra cosa, si no, es cuanto hace emerger el “Edipo” de Sófocles?

Vistas así las cosas, Edipo riñe menos con el mito del protopadre; incluso, pareciera ajustarse a una complementariedad no menos indispensable.

Muchos siglos debieron pasar antes de que -a partir de un poder creciente, fortalecido y renovante- se impusiera esa conciencia, y por sí sola se hiciera dominante; desde esa progresiva asunción se debieron consolidar muchas condiciones indispensables, a partir de las cuales se hiciera posible la integración grupal; el lenguaje, por decir algo;⁷³ pues éste se debió ir consolidando a su vez, tanto antes como después, del acontecimiento en cuanto tal.

Sin esto, cualquier organización grupal estaría impedida.

DIEZ. Más allá de debates y tomas de partido, al menos sirve este reordenamiento para reconocer cómo lo estético jugó a Freud una mala pasada; le hizo creer que -esto que como fuere se impone verlo como un largo proceso- se trató de un deslumbrante momento.

Tal cual Kafka, Freud hizo en ese punto exactamente lo mismo: literatura; y por supuesto, no está mal que ello hubiera acontecido así; ilustra hasta dónde lo literario resulta, a partir de un determinado punto, tan indispensable como puede serlo el riguroso proceder científico.

No ha de ser en ello, sin embargo, en cuanto se impone poner la atención de manera principal.

⁷³ Se dirá de nuevo “¿No es eso cuanto se deriva, sin tanta ostentación, de los desarrollos de Lacan?” La verdad es que -así se pueda disenter en esta o en aquella prelación, o se resalten posibles insuficiencias o importantes faltantes- todo lo formulado, tanto por Freud como por Lacan, no está puesto en duda aquí; se trata sí de cuanto dejaron, por una u otra causa, sin asumir. Y lo cierto es que, ni Freud ni Lacan incluyeron el despliegue de lo urbano, con todo el indispensable vigor que su prioridad actual impone; y que -fuese cual fuere la resultante de la cual se tratase- de manera inevitable se sucede hasta dar como modalidad suya la dimensión de lo psíquico. Lo psíquico como modo de lo urbano -se quiere decir- nunca pasó por sus cabezas.

Todo podría ser reacomodado con facilidad, sin armar revuelo, de no ser porque desde entonces conviene asumir el reconocimiento decisivo de que a su vez, la ley del más fuerte se alteró de modo radical; aunque, no por esto, desapareció su tiránica dominación.

La ley del más fuerte se refinó y se colocó afuera, decidiendo por ello tanto más el devenir de las humanas resultantes. Se hizo ruta aloplástica, antes de alternativa autoplástica; opción diversa de la animal, de la natural referencia inaugural; se abrió paso el camino de la Obra, la urgencia de la Ciudad; y, con ella, la señalada dimensión constitutiva, creciente, de lo urbano.

ONCE El énfasis pues que hace Freud en el asesinato del padre -más que acto ejercido cuya interrupción genera transgresión, prohibición- deja mal apuntalada la condición según la cual, sólo el acto habitual de sucesión animal, se hace asesinato a partir de allí.

Clave esta que ante todo debiera retratar el predominio de las formas envolventes; mientras que, al colocar el acento en la culpa y en la prohibición, deriva por un atajo, productivo pero incompleto.

Si bien una ley suple a otra, para Freud ha de ser en tanto con ello, de una parte se apuntala desde entonces colectiva cultura; intimidad inconsciente, de otra. Desde entonces, en esa escisión se oculta la estética clave -tan decisiva como silenciada- según la cual, más que de ética, moral y superyó, se trata de la Obra que les incluye y les descifra como efectos suyos ya.

Así recoja la idea de la cultura como efecto de esta progresión, Freud no sólo no pasa a pensar el indispensable despliegue de lo urbano como condición inevitable a partir de allí; de hecho, su empeño se agota más bien en la búsqueda integradora, entre lo pulsional y lo cultural; y, con ello, el modelo se aísla y especializa de un modo progresivo e irreversible⁷⁴.

Si la cultura fuera exterioridad decidiendo lo humano como Obra, las cosas serían a otro precio. Freud sólo lo taponó todo, dando vía libre al reconocimiento del malestar que, inevitable y creciente, se consolida por ello.⁷⁵

En ese punto, ya Freud se había olvidado de Darwin.

Convenga al menos señalar que no es bueno resucitar a los muertos sin justificarlo mínimamente; o -como de hecho acontece a Freud con Darwin- sin dejarles de manera desprevenida retornar a la tumba; al menos, sin ofrecer un aporte sostenido donde se hagan inocuos, o tanto más indispensables; únicas claves que convalidan tal proceder; pues, despertar a los muertos, puede implicar consecuencias acaso tanto más imprevisibles

⁷⁴ Es por eso que escritos como "Psicología de masas y análisis del yo" (Cf. Freud, S. Op. Cit.) antes que progresar en referencia con un develamiento de la Ciudad y de lo urbano, más bien hacen regresión del lado de formulaciones a propósito del yo; las cuales sin ser inútiles o equivocadas, no resultaba del todo indispensable incluirlas allí. (Es claro, que en otro escrito, o como obra aparte acompañada de nuevos desarrollos, tendría un lugar más pertinente).

⁷⁵ Freud es un pensador más del malestar que de la cultura; localizar, precisar el malestar, hizo que perdiera de vista las dimensiones decisivas que se vienen resaltando aquí.

SEGUNDA OPCIÓN (Conferencia Dos)

O bien:

UNO. El seminario alemán. Tres movimientos indispensables:

A. Primera escritura (para ser leída).

B. Segunda escritura adicional (que el grupo desconoce).

C. La exposición (que no puede ser mero resumen de lo escrito con antelación).

DOS. Una propuesta procedimental posible.

Toma de muestras (con criterio transdisciplinar). Los glosarios. La nota a pié de página. Los temas adicionales de discusión al final del escrito. (¿Cómo escribir de manera transdisciplinar, de tal modo que la forma habitual del modelo disciplinar quede atrás?)

Armar un monigote, que a partir de allí, lleve lo más lejos posible. Contención vs. Aventura. Mirar desde las orillas vs. Viaje asumido⁷⁶. Inclusión más allá de las trampas de la fácil subjetividad.

TRES. Otra opción posible: trabajar un asunto de modo renovado; por decir algo, si se piensa en el enlace Darwin-Marx, sumar la contraposición evolución-revolución; o bien, retomar el tema del terror (todo visto de nuevo, en tanto modalidad de terror; en cuanto subtendiendo y decidiendo siempre: el mono de Kafka, Mona Lisa, la pequeña bailarina de Degas; de igual modo a cómo se realizase ya con la oferta de Schopenhauer. Releerlo todo entonces, a partir de allí).

CUATRO. La música, Schopenhauer, y el maestro Rendón⁷⁷. La música del maestro. Su ausencia o su presencia, aquí y ahora. La historia de los búhos y la selva. Más allá de lo simio, lo animal. El piano, la noche, los vuelos de las aves, la mutabilidad de sus cantos. (Sinfonía, que en ese barrio, en la medida de su creación, dio paso a la modificación de la habitual banda sonora de las aves)

Música nueva, vista desde esa perspectiva.

Modelos de abordaje, a partir de allí posibles y renovados.

⁷⁶ Es claro que aquí se trata de anotaciones, frescas en la memoria entonces, apenas unos días antes de adelantar las charlas. Se las conserva, sin embargo, pues se busca corregir un documento a nivel estilístico, gramatical, ortográfico, sin modificarlo ni ampliarlo más allá de su inaugural pretensión; además porque contiene despliegues que no son, ni mucho menos, fáciles de desechar.

⁷⁷ El Maestro Rendón (Guillermo Rendón) es la persona amiga que me invitara a disertar sobre el tema Darwin y Freud, en la Universidad Nacional de Manizales. El Maestro es un consumado compositor musical, apenas conocido y reconocido en nuestro país, no así en diversos países europeos; profesor universitario con una amplia formación en varios frentes, además de manejar un número sorprendente de lenguas (incluidos dialectos aborígenes), su lugar pedagógico no es sólo profesoral.

OFERTA COMÚN⁷⁸

UNO. Kafka y el mono.

La versión en negativo ¿Por qué en la realidad empírica, el mono está impedido para hablar?

Si el mono hablara ¿qué podría acontecer a partir de allí?

Releer el texto de Kafka a la luz de este sesgo.

La imitación. Crítica y reconocimiento de la enseñanza. Atrofias e hipertrofias. El mono, imitación del habla, camuflada permanencia del simio. El terror contenido.

¿Qué significa imitar si se trata de una operación compartida desde lo animal-humano. A nivel colectivo ¿cómo se modifica? ¿qué asuntos nuevos puede implicar?

Más allá de la ilusión de su reposición, el mono como mera imitación donde lo humano falta. Kafka entonces estaría censurando así las pretensiones, presentes en la aspiración tecnológica que ignora sus reales impedimentos y que desconoce su real lugar de irremontable suplemento.

O sea, como un mono prepotente, el hombre estaría buscando suplantar la indiscifrible creatividad del conjunto que le incluye y le sobrepasa.

Incluso -yendo un tanto más allá- entre dos polos contrapuestos (animal y tecnológico) no es apenas que el mono de Kafka ilustre la condición, dual, linderal, de lo humano; de hecho, el mono kafkiano logra esto que cada vez parece más impedido a los humanos, sobre todo a nivel de pareja (hallar indispensable complemento).

Antes, el más fuerte -no es sino observar especies vecinas- vencía y se daba con ello derecho a la posesión del conjunto de las hembras. Desde que se suma la supuesta redistribución de los poderes, la prelación de lo tecnológico desdibuja, sobre todo, la mezcla erótica de conjunto, y la reposición -indispensable a partir de allí- de lo social, dado que se le asume desde el apuntalamiento y sostenimiento de lo familiar.

DOS. El mono de Kafka -lejos de estar impedido para obtener sin más, de un lado y otro, validado complemento- lo consigue de hecho sin uso alguno de poder, ni consecuente sometimiento decisivo sobre los otros.

En realidad, se trata de algo más bien situacional. El dominio de los otros en este caso está afuera; procede desde los humanos quienes le confieren, sin condición alguna, el beneficio de complemento. Se le hace entrega -como consecuencia de nuevo sometimiento- de una mona domesticada; de igual modo se le da dónde vivir y es seguro que hasta se le viste (ahora, que al decir “¡Hola!”, ha tornado productivo de manera imprevisible).

Debe decirse que con ello, Kafka da a entender una presuposición, no del todo completa. Kafka, en efecto, asume el lenguaje como paradigma de lo tecnológico.

¿No arma contradicción esto con formulaciones previas?

Es cierto que Kafka no lo explicita; no resulta ser menos válido, que ni siquiera le importa el sesgo polémico que se genera con ello; pero, desde que se asume el lenguaje como la condición a partir de la cual el resto se deriva, resulta ser éste, mucho más que una entre varias modalidades tecnológicas.

Quiéralo o no; asúmalo o no, en cambio de dar paso al reconocimiento de la Obra y del lenguaje como su modalidad, Kafka entra en el modelo del pensar preurbano, y rinde reconocimiento con ello a esa clave de impedimento.

⁷⁸ De darse tiempo, cabe retomar los abordajes que se siguen.

TRES. Kafka y Darwin (Lo metamórfico vs. la selección natural). Dos lecturas distintas de Darwin: desde lo estética y desde el poder; esta última, la ley del más fuerte (vía regia para la entronización de la versión nazi).

Despliegues a propósito de lo anamórfico, entendido como lo más metamórfico que lo metamórfico. No se trata de pérdida, cuando se asume el olvido del mono; se trata, en cambio, de una doble forclusión (la renegación anamórfica).

A partir de allí, posibles derivaciones en referencia con los mecanismos de defensa y su incidencia en la clasificatoria de las modalidades psicopatógenas. Inclusión de un envolvente criterio, indispensable ahora que se trata de lo clínico-estético.

CUATRO. Debates sobre la actualidad del tema.

El sida y la reeducación del sexo (necesidad de un decisivo factor externo para lograr desatascar el impedimento que la orientación aloplástica comporta frente a lo evolutivo).

Pepsi- Cola y Coca-Cola⁷⁹.

El camuflaje metamórfico. Bondades de Freud, quien supo incluir a Darwin allí donde Lacan se olvidó de él ¿Cuál, desde entonces, ha de ser su verdadera recuperación? ¿Cómo leyó Freud a Darwin? ¿Cómo, sin decirlo, Lacan en su lectura de Freud canceló a Darwin?

Darwin es naturalista, historicista; Lacan, el más tardío de los estructuralista. En la linderalidad de lo histórico vs. lo estructural, Freud ahora enlaza a Darwin con Lacan; por lo demás, de un modo promisorio, si e que se acierta a mirarle no en referencia con aportes personales, sí desde la renovada perspectiva que permite pensar lo humano como matriz formalizante: en tanto núcleo estético inagotable entre lo humano-animal y lo humano-tecnológico; desde lo humano-máquico.

Lo histórico vs. lo estructural. Lo filosófico vs. lo científico (el cambio que privilegia lo múltiple vs. lo permanente que sostiene lo uno. Parménides y Heráclito. Platón y Kafka. Creciente desequilibrio que da paso a la filosofía como metafísica).

Una posible filosofía estética que arma excepción: Nietzsche.

Evolución. Concepto histórico: el tiempo como dimensión prioritaria (Heráclito y el no ser). Estructura: lo que persiste; o bien, lo que permanece por encima de todo cambio (Parménides y el ser).

Freud a mitad de camino. Lacan, en el extremo parmenídeo. Darwin, más próximo del polo heraclíteo.

CINCO. Sentido del arte, al incluírselo ahí.

Leonardo o el olvido del simio (nuevo posible abordaje).

Degas. La recuperación del simio (nuevo posible abordaje).

Estos dos nombres se escogen porque el tema así lo impone.

La verdad de las periferias.

En ambos casos se ha tomado como tema a la mujer. La mujer máquica vs. La mujer humano-animal. El primer polo: mejor ilustrado por la mujer contemporánea; para localizar el segundo, se impone mira hacia la simia de Kafka. De hecho, “Mona Lisa” y “la pequeña bailarina” ocupan ahí lugares diversos. La segunda -la bailarina de Degas- ofrece el retrato del conflicto entre la incorporación de una técnica, en pugna con la bestia sexual, que se contiene antes de hacer plena emergencia.

⁷⁹. Cf. Adoum, J. E. “Mirando a todas partes”. Ps. 269 y sigs. Seix Barral. Quito, 1999.

Todo ello, recompuesto a partir de la más radical asunción, de la milagrosa animación, de las superficies.

En la primera (en “Mona Lisa”), se permite evidenciar lo humano, en tanto que a nivel antropocéntrico ha alcanzado el lugar desde donde es “medida para todas las cosas”. Lo tecnológico allí, entendido como mero suplemento de complemento, frente a la profunda verdad de lo puro interno (captado a su vez desde la más visible superficie que es la resultante).

SEIS. Sombras y luz. Caravaggio y Rembrandt. Tema nuevo. El arte (más allá de la ilusión). El arte (más allá de la especialización).

Manierismo y clasicismo.

(Demás posibles temas a desarrollar a partir de aquí).

CITAS DE FREUD SOBRE DARWIN Y SCHOPENHAUER

TOMO II. P. 16. S. y la represión (E. Jones)

P. 110. D. y la “derivación de la excitación” (Movimientos animales y humanos. La cola de los perros y la odontología)

P. 193. “Expresión de las emociones” (Pensamiento-alucinación. “Pendant” (homólogo) y “pendre” (colgar). Freud-Breuer. Sra. Cecilie. M.

TOMO IV. P. 61. S. y los sueños. (Estímulos transformados en figuras, en el tiempo y en el espacio, y guiados por la causalidad).

P. 89. Cintra Jessen, Radestock, Volkelt. Hablamos y actuamos en sueños, en perfecto acuerdo con nuestro carácter.

P. 112. S. llama al sueño locura breve y a la locura un largo sueño.

TOMO VI. P. 147. D. Olvido y trabajo científico. Motivos de displacer, para la explicación del olvido.

TOMO IX. P. 223. D. Su libro sobre el origen del hombre, entre los diez libros “más importantes”.

TOMO XII. S. Rank. De S. “El mundo como voluntad y representación”. Parte II. Cap. 32. Insanía y realidad objetiva.

TOMO XIII. P. 127-8. D. Incesto. El más fuerte: animales superiores.

TOMO XIV. P. 15. S. Deuda imprevista de Freud a S., allí donde éste busca dar cuenta de la locura.

TOMO XV. P. 68. D. Retoma del tema displacer-olvido.

TOMO XVI. P. 360. D. Retoma del tema “expresión de las emociones”. Ataques histéricos y afectos en general, relictos de acciones originalmente provistas de un significado.

P. 363. D. Fobia a las víboras. (Dato autobiográfico de D.).

TOMO XVII. P. 135. S. Inconsciente y sexualidad. Reconocimientos de Freud a estos antecedentes y a las claves del repudio común que ambas obras generan.

TOMO XVIII, P. 49. S. Vida y muerte. Deuda a S. en la teoría psicoanalítica de las pulsiones.

P. 96. S. Los puerco-espines y sus dardos.

TOMO XIX. P.231. S. y la vida sexual.

P. 236-7. Texto de S. sobre la vida sexual y su condición principal.

TOMO XX. P 80. D. Reminiscencia freudiana en enlace entre ataque histérico y coito.

P. 126. D. Afectos y ataques histéricos. Reminiscencias motoras.

TOMO XXIII. P. 77. D. Deuda de Freud en “Tótem y tabú”.

P. 126. D. Reunión de teorías de Darwin (imperio del macho viejo en primeras hordas), Atkinson (sublevación de hijos varones. Asesinato del padre y común ingesta suya) y Roberson Smith (tótem).

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

Adoum, J. E. “Mirando a todas partes”. Seix Barral, Ed. Quito. 1999.

Aristóteles. “Tratado del alma”. OBRAS COMPLETAS. Aguilar, Ed. Buenos Aires, 1966.

Canetti, E. “Masa y poder”. Alianza Editorial, Madrid, 1987.

Darwin, Ch. “El origen de las especies”. Biblioteca Edaf. 38. Madrid, 1968.

“El origen del hombre. La selección natural y la sexual”. F. Sempere y Compañía, Ed. Valencia. (Sin referencia cronológica).

Freud, S. OBRAS COMPLETAS. Amorrortu, Ed. Buenos Aires, 1978.

Kant, E. “Crítica de la razón pura”. Lozada, Ed. Buenos Aires, 1960.

Kafka, K. OBRAS COMPLETAS. Planeta, Ed. Barcelona, 1971.

Heidegger, M. “El ser y el tiempo”. F.C.E. Ed. México, 1995.

Ibsen, E. “Peer Gynt”. En “OBRAS”. Porrúa, Ed. México (sin más datas).

Lacan, J. “Escritos”. Siglo XXI, Ed. México, 1975.

Mann, T. “Schopenhauer, Nietzsche, Freud”. Bruguera, Ed. Barcelona 1984.

Otero, J. “El gato negro, análisis de un símbolo” Cuadernos Colombianos # 1.

Oveja Negra, Ed. Editorial Leabon. Medellín, 1975.

“Lo máquico, o de lo psíquico como artefacto” (Inédito)

“Psicosis escrita y psicosis recluida” (Inédito)

Platón. OBRAS COMPLETAS. Aguilar, Ed. Buenos Aires, 1969.

Poe, E. A. "Narraciones completas". Aguilar, Ed. Madrid, 1964.
Shirer, W. "Auge y caída del Tercer Reich". Luis de Caralt, Ed. Barcelona, 1962.
Schopenhauer, A. "El mundo como voluntad y representación" Editorial Porrúa.
México, 2005.